
HARLEQUIN
«Recrea el tiempo para ti»
Deseo
UNA NUEVA OPORTUNIDAD
Paula Detmer Riggs
$3.50 U.S.
LDS

A pesar del chirrido de ruedas y del parabrisas roto, Stacy Patterson fue consciente de que Boyd MacAuley la había sacado del coche. Pero estaba embarazada, no tenía dinero ni lugar donde ir y le sobraba orgullo como para pedir ayuda. Hasta que Boyd fue de nuevo a rescatarla.

Boyd, por su parte, se había prometido no dejar que nadie se le acercara demasiado. Pero Stacy necesitaba un lugar donde vivir. Durante el día se preparaban para el nacimiento del bebe, por la noche daban rienda suelta a sus pasiones. Él se había convencido de que sería algo únicamente temporal, ¿pero se estaba engañando a sí mismo?



Paula Detmer Riggs

Una nueva oportunidad

Deseo (Maternity row 1) - 178

ePub r1.0
LDS 19.03.16

Título original: *Daddy by accident*
Paula Detmer Riggs, 1999
Traducción: Teresa López López

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo Uno

Stacy Patterson agarró el cinturón de seguridad nerviosa y miró por la ventanilla.

—Len, por favor, ¡tienes que ir más despacio! —gritó desesperadamente, para hacerse oír por encima del ruido del motor—. Esta es una zona escolar.

Detrás del volante, su marido parecía no oír nada excepto una voz interior, que le decía que su vida estaba destrozada. Bajo la visera de la gorra del equipo SWAT, que ya no tenía derecho a llevar, su rostro, antaño atractivo, estaba grotescamente torcido. La máscara de la locura, según palabras de su psiquiatra.

—¡Te dije que te encontraría, zorra, y no voy a dejar que vuelvas a dejarme! —gritó él, antes de esbozar una sonrisa que daba miedo. Y, como para enfatizar su sensación de triunfo, aceleró deliberadamente haciendo que las ruedas del cupé deportivo derraparan. Stacy no pudo evitar un grito, al notar que el coche se descontrolaba.

Len soltó una obscenidad y giró bruscamente el volante. Por un instante, Stacy pensó que él había conseguido controlarlo, pero un instante después, el automóvil se fue directamente contra un pino. Demasiado aterrorizada para gritar, Stacy intentó acurrucarse en un intento desesperado por proteger la frágil vida que llevaba en su vientre.

El impacto la arrojó violentamente hacia adelante, contra el parabrisas. Sintió un golpe fuerte en la cabeza y su último pensamiento antes de sumergirse en la oscuridad fue para el niño que llevaba en su interior.

En el andamio que rodeaba el torreón victoriano de tres pisos, Boyd MacAuley estaba instalando cuidadosamente nuevas vidrieras

cuando escuchó el fuerte choque. Y pensó que era otro conductor desprevenido que desconocía la curva de Astoria Street y se había chocado contra el abeto de Douglas, lleno de cicatrices.

Con el sonido del automóvil todavía reverberando en su mente, bajó de la escalera y se dirigió rápidamente al pequeño chalet.

—¡Llama a la policía! —ordenó a la muchacha de nueve años que salió a la puerta. Sin decir nada, Heidi Lanier hizo una mueca y se metió en la casa.

Conforme caminaba sobre la hierba hacia el automóvil, Boyd se hizo cargo rápidamente de lo que iba a encontrarse. El deportivo que había chocado contra el enorme abeto era antiguo y, por tanto, no tendría air-bag. Y si los ocupantes no llevaban el cinturón de seguridad puesto… Confiaba en que hubiera sucedido lo mejor, pero se preparó para lo peor.

El coche se había chocado de frente, con tanta fuerza, que la parte delantera se había achatado como una lata de Coca-cola. En la colisión, el conductor había roto la ventanilla y yacía boca abajo, entre cristales rotos, sobre la capota torcida. El hombre era de estatura mayor a la media y parecía tener unos treinta y cinco años. Y por el ángulo en que tenía torcido el cuello, no estaba destinado a cumplir más.

Antes de detenerse al lado del coche, Boyd se empezó a quitar un guante mugriento. Intentando respirar profundamente, para mantener la calma, tocó con dos dedos la arteria carótida del hombre y rezó por notar el pulso. Pero como sospechaba, el hombre estaba muerto o casi muerto y dudaba que un equipo de urgencias pudiera salvarle la vida.

Maldiciendo la. estupidez del conductor por no llevar el cinturón puesto, Boyd miró a través del parabrisas y vio a la mujer que estaba sentada en el

asiento del copiloto. Estaba echada hacia adelante, con el rostro tapado por los rizos de color castaño.

Era una mujer menuda de hombros estrechos, vestida con una camisa de hombre ancha y unos pantalones cortos. Su edad oscilaba entre los veinticinco y los treinta años. Tenía una mancha de sangre en la cabeza y no se movía.

El hombre se apresuró a abrir la puerta del lado de la mujer. Pero, ya fuera porque estaba cerrada con el seguro o porque se

había trabado en la colisión, no pudo abrirla. Estaba a punto de ir a buscar herramientas a su camión, cuando vio a la mujer moverse.

—¿Señora? ¿Puede oírme? —gritó, a través del cristal—. ¿Señora?

¿La llamaba alguien? Stacy alzó la cabeza e intentó ver qué pasaba, a pesar del mareo y el dolor que sentía. Le costaba abrir los ojos y también respirar. Vio frente a ella ramas del árbol con el que se habían chocado.

A pesar del intenso dolor, intentó girar la cabeza hacia el asiento del conductor. Entonces deseó no haberlo hecho. Notó un zumbido en su cabeza y sintió frío. Se había desmayado una vez al principio de su embarazo y reconoció la sensación.

—¿Señora? Escuche.

La voz parecía venir de muy lejos. Stacy parpadeó y miró hacia la ventanilla. Por un momento, se olvidó del hombre que había a su lado y se concentró en la voz que oía al otro lado del cristal.

Lo primero que vio fue la hebilla de su cinturón, que ceñía unos pantalones vaqueros gastados y sucios. Luego vio el torso masculino de color bronce viejo, que brillaba bajo una capa fina de sudor. Su pecho era impresionante y de evidente musculatura, sólo suavizada por un triángulo de vello de color claro. Sus musculosos brazos estaban en tensión, debido al esfuerzo de intentar abrir la puerta. Finalmente, se dio cuenta de que estaba tratando de ayudarla.

—¡Por favor, ayude a mi ex-marido! —gritó, llorando.

El hombre miró al conductor y su cara se tensó, antes de volver a mirarla a ella. Stacy vio la verdad en sus ojos y notó que un sollozo amenazaba con subir de su pecho. Provocado en parte por la rabia y en parte por el dolor.

—Está muerto, ¿verdad? —dijo, con voz temblorosa.

Por la expresión del rostro del hombre, se dio cuenta de que no la había oído.

—¿Señora, puede abrir la puerta?

Stacy trató de ver los rasgos de su salvador a través de la ventanilla golpeada. A pesar de que su rostro estaba parcialmente ensombrecido por el ala de un sombrero de paja, la mujer pudo ver las pobladas cejas marrones, los penetrantes ojos de color del acero templado y la nariz no del todo recta. Su boca era ancha y estaba cerrada, formando una línea dura.

—La puerta, señora.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, intentó concentrarse en el hombre.

—No… está cerrada con seguro —declaró.

El hombre la miró unos segundos y luego sacó algo de su cinturón. La mujer vio que era un martillo.

—Voy a tener que romper el cristal. Usted cúbrase la cara.

¿Romper el cristal? La mujer finalmente entendió y consiguió asentir con un gesto. Luego enterró la cara entre sus manos heladas. Oyó un golpe y notó una lluvia de cristales rotos. Segundos después, levantó la cara y vio que el hombre quitaba los restos de cristales de la ventanilla con unas enormes manos protegidas por guantes. Luego, con un tremendo esfuerzo, agarró la puerta, puso el pie izquierdo a un lado y tiró. El metal chirrió, pero la puerta se negó a abrirse.

—¡Caramba! —murmuró, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Intentó de nuevo y, justo cuando la mujer creía que el hombre iba a resultar herido del esfuerzo, la puerta se movió. Un instante después, Stacy sintió que el aire caliente golpeaba su cara con la fuerza de un horno encendido. Cerró los ojos unos segundos y luego los abrió, tratando de pensar en qué tenía que hacer después.

Como si sintiera su confusión, su salvador se agachó despacio y desabrochó el cinturón de seguridad. Se había quitado los guantes y los había puesto en su cinturón, notó Stacy. Tenía unas manos grandes y duras, con cicatrices aquí y allá, y los brazos de un hombre que vivía del trabajo físico.

Stacy se humedeció los labios y trató de agradecerle su ayuda, pero antes de decir nada, fue interrumpida por otra voz.

—¿Está bien?

Otro rostro apareció en su campo de visión. Una niña pequeña y delgada se puso al lado del desconocido. Parecía tener nueve o diez años, y estaba aterrorizada. Stacy trató de tranquilizarla, pero vio que no tenía fuerzas.

—Va a ponerse bien —contestó el hombre—. ¿Viene ya la ambulancia?

—Sí, me dijeron que en cinco minutos estaría aquí.

—Que significan diez como mínimo por las obras que hay en la

Quinta —dijo él, con impaciencia.

—La mujer me dijo que no tocáramos ni moviéramos a los pasajeros.

—De acuerdo —contestó el hombre, protegiendo con su cuerpo a Stacy de los rayos del sol.

A ella le dolía respirar aquel aire abrasador, y aún así, nunca había sentido tanto frío. Comenzó a tiritar como si por sus venas corriera sangre helada y no pudo evitar que los dientes le castañetearan.

—Heidi, corre a la casa y trae una manta.

—Ahora mismo —dijo la niña, antes de salir corriendo.

—No… no debería de tener… tanto frío —dijo Stacy, haciendo un tremendo esfuerzo.

—En seguida vendrá la ambulancia —replicó el hombre, quitándose el sombrero y dejándolo en el suelo, al lado del coche.

Su cabello era espeso y rubio y lo tenía mojado por el sudor.

—Hace una hora deseaba que… fuera invierno.

El hombre esbozó una sonrisa, aunque sus ojos grises permanecieron serios, al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo posterior de los pantalones y secaba las manchas de la frente de la mujer. Cuando la mujer vio que la tela se manchaba de sangre, miró al hombre asombrada.

—¿Siente algún dolor en el cuello o en la espalda?

—No —murmuró ella, a la vez que sentía un pinchazo en la sien.

La mirada del hombre descendió hacia los pechos hinchados de la mujer, para pasar luego al vientre abultado cubierto por una camisa ancha.

—¡Está embarazada!

—Sí, ¿no es maravilloso?

La expresión de él dejó ver que no compartía su alegría.

—¿De cuántos meses?

Ella trató de sonreír, como siempre que pensaba en la pequeña criatura que crecía dentro de ella.

—De siete meses.

La mandíbula del hombre se tensó.

—¿Quién es su obstetricia?

—Todavía no tengo ninguno —admitió, advirtiendo la sorpresa del hombre—. Vivo en la ciudad desde hace pocas semanas —

explicó, sin confesar que la fecha de su llegada fue al poco de que los médicos de Len le aconsejaran que se marchase por su propia seguridad.

—¿Cuándo fue la última vez que se hizo una ecografía? —preguntó, un instante antes de que la niña llamada Heidi apareciera con una manta. Stacy trató de sonreír en agradecimiento, pero sus labios permanecieron inamovibles.

—¡Dios mío, hay un hombre! ¿Está muerto? —gritó la niña asustada.

Boyd se cambió de posición, para evitar que la niña viera la imagen del conductor sobre la capota.

—Heidi, necesito que estés tranquila, por favor —dijo el hombre, con un tono de voz suave.

—Lo voy a intentar, lo prometo —dijo la niña, temblorosa.

—Lo siento —dijo Stacy, emocionada por la reacción de la niña.

—No se puede hacer nada, ¿verdad? —replicó el hombre, abrazando a la niña, antes de soltarla de nuevo—. Llama otra vez a la policía y quédate en casa, por si llaman. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Stacy vio a la niña cruzar la calle, con el pelo rubio volando al viento.

—¿Es su hija? —quiso saber Stacy, notando su voz muy distante.

—No, es una niña que vive al lado de la casa donde estoy trabajando. Suele venir a verme de vez en cuando.

El hombre se puso serio. Luego se inclinó y colocó la manta de lana alrededor del cuerpo tembloroso de Stacy.

Ésta vio que el cabello rubio del hombre tenía mechones grises y que olía a serrín. Sus anchos hombros estaban cubiertos por una mezcla de pecas doradas y una capa fina de arenilla.

—¿Está ahora más caliente?

Stacy trató de hacer un gesto afirmativo, pero cualquier movimiento le provocaba un dolor tremendo.

—Gra… gracias.

—¿Dice que acaba de mudarse a la ciudad?

—Después de divorciarme —comenzó a decir, al tiempo que comenzaba a girar la cabeza hacia su derecha. El hombre se lo impidió con suavidad—. Len nunca aceptó el divorcio. Pero los médicos que le trataban pensaron que era mejor hacer una

separación definitiva.

—¿Los médicos?

—Estuvo en un… hospital mental en Washington durante los últimos dos años. Creí que había vuelto allí hasta que apareció en mi apartamento con un revólver y me obligó a irme con él.

El desconocido susurró algo al tiempo que miraba rápidamente al hombre. En el suelo, al lado del volante, había un revólver de nueve milímetros. En ese momento se oyó una sirena en la distancia, que se acercaba rápidamente.

—Al fin llegan —dijo el hombre—. En seguida estará en buenas manos.

—Ha sido muy… amable, señor… —Stacy intentó buscar en su mente, pero se dio cuenta de que no sabía el nombre.

—Boyd MacAuley.

—Yo soy… Stacy Patterson —contestó, sacando una mano de debajo de la manta.

La enorme mano del hombre agarró la suya, y ella sintió el calor y la seguridad que desprendía. Cerró los ojos brevemente, sintiéndose mejor.

—Cálmese, señora Patterson.

Por primera vez en muchos meses, ella se sintió a salvo.

El Hospital General de Portland era sólido y tenía aspecto de fortaleza hecha de ladrillo. Situado en la parte baja de la ciudad, entre el Río Willamette y la majestuosa Columbia, había sido un hogar para Boyd desde que cruzó sus puertas por primera vez, ocho días antes de que empezara a trabajar como interno. En ese momento, sin embargo, lo veía como un lugar al que no quería volver.

Tan pronto como la ambulancia llegó a la puerta del servicio de urgencias, Boyd salió de la parte trasera y se puso rígido. A pesar de que la señora Patterson se había desmayado momentos antes de que la ayuda llegara, y todavía siguiera inconsciente, sus constantes vitales eran estables y no parecía correr peligro. De todos modos, eso ya no, era responsabilidad suya.

Entraría sólo diez minutos, se dijo, mientras seguía a los dos enfermeros que llevaban la camilla. Lo suficiente para contar a la

enfermera de guardia lo que había visto y para cerciorarse de que iba a estar bien atendida.

Dentro, las enfermeras y los médicos con mascarillas se movían rápidamente de un modo que Boyd conocía perfectamente. Poco había cambiado en el hospital en aquellos tres años, pensó, mientras respiraba el aire del edificio. Olía igual, a polvo y a cera mezclados con desinfectante. Una serie de recuerdos no deseados lo invadieron.

Cerró los puños a ambos lados del cuerpo y tomó aire, luchando contra cierta sensación de rabia. Poco a poco la sensación fue remitiendo, hasta que pudo respirar de nuevo con normalidad.

—Cabina cuatro, señor —le dijo la asistente.

Boyd no reconoció a la mujer, pero conocía ese tipo de persona: una trabajadora eficaz y sin ningún sentido del humor.

—¿Es usted pariente suyo, señor? —preguntó la muchacha, mirando con desaprobación su pecho desnudo.

—No, vengo como testigo.

Boyd vio el brillo en los ojos de la asistente y estaba a punto de decir algo, cuando oyó una voz familiar que lo llamaba. Se dio la vuelta y no pudo evitar sentir alivio al ver a Prudente Randolph, la mejor enfermera que había conocido después de pasar cinco años ejerciendo la medicina. También era amiga y vecina.

—¿Es posible que seas Boyd MacAuley, tan bronceado?

Prudy era una provocadora maravillosa, pero sólo con hombres a los que consideraba verdaderos amigos. Se había divorciado varios años antes y decía que nunca más se volvería a casar.

—Casi todo es polvo —replicó él, consciente de repente de sus pantalones manchados y su piel sucia. Sin duda, debía de oler también bastante mal, pensó.

Prudy lo miró con curiosidad, al tiempo que miraba a la paciente.

—¿Es una amiga?

—No la había visto en mi vida. Dice llamarse Stacy Patterson, pero no hemos encontrado su cartera o algo que la identifique.

—¿Un accidente de tráfico?

El hombre asintió.

—Se golpearon contra un árbol en la calle Astoria. Ella iba en el asiento del copiloto. Al parecer chocó la cabeza contra el cristal.

Está embarazada —añadió, dando un suspiro—. De siete meses, y no tiene obstetricia.

—¿Cuáles son sus constantes vitales? —preguntó Prudy a los de la ambulancia.

Mientras los enfermeros hablaban con ella, Boyd miró a la mujer para ver si recuperaba la consciencia. Le habían puesto una venda en la frente y alrededor su piel aparecía roja.

Era pequeña y demasiado delgada , lo cuál le hizo recordar la muñeca de porcelana que su abuela guardaba en el armario. La piel de aquella mujer tenía la misma transparencia y sus pestañas eran igual de largas y espesas. Sumergida en el sueño, parecía muy joven y frágil.., y terriblemente sola. Le hería mirarla, pero tampoco podía apartar los ojos de ella.

—Ponme con el doctor Hoy —ordenó Prudy a la asistente—. Llama también al laboratorio. Vamos a necesitar sangre para una transfusión.

La asistente miró brevemente a Boyd antes de salir de la habitación.

—¿Dónde está el conductor? —preguntó Prudy, al tiempo que cerraba la cortina de la cabina.

—Salió despedido por el parabrisas y parece que se rompió el cuello.

—¿Era su marido?

—Creo que sí.

—¿El padre del niño?

Boyd se echó el pelo hacia atrás.

—Ella se quedó un poco atontada con el golpe y no dio muchos detalles, pero imagino que debe ser así.

—Fuera su ex-marido o no, seguro que le va a ser duro despertarse. Especialmente, si también pierde al niño —comentó Prudy, con el ceño fruncido.

Boyd pensó que ella llevaba razón. El «afortunado» que salía con vida de un accidente solía pasarlo mal al principio.

—¡Oops, perdón! —Jenkins, uno de los doctores del hospital, lo miró con un gesto de disculpa en sus ojos. Boyd se dio cuenta de que estaba en todo el medio. Se había olvidado de que en esos momentos era más un carpintero que un médico. Pero a pesar de que su profesión había cambiado, sus conocimientos médicos no

habían desaparecido.

—¿Quién es el médico de guardia?

—Jarrod —Prudy se giró hacia él, mientras se disponía a tomar la tensión a la paciente—. Pero no te preocupes, cuidaremos bien de ella, Boyd.

—De acuerdo, ya sé que será así —dijo él. Después tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Ya había oído eso antes. E incluso se lo había creído. Pero actualmente sabía a qué debía atenerse—. Creo que entonces me voy a marchar.

Dio un paso para apartarse de la cama y estuvo a punto de chocarse con una enfermera.

—Lo siento —murmuró Boyd.

—Señor, tendrá que esperar fuera hasta que el doctor examine a su mujer —le dijo la enfermera.

—Ella no es… —se detuvo, al darse cuenta de que la enfermera no lo estaba escuchando. Frunciendo el. ceño, se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo al oír la voz de la señora Patterson.

—No, espere… no quiero que se marche —la señora Patterson estaba despierta y lo estaba mirando desde su cama con los ojos amoratados. La mujer trató de sonreírle—. No le he dado las gracias.

—No es necesario —contestó él, después de aclararse la garganta—. Lo único que hice fue acompañarla hasta que llegó la ambulancia.

Stacy se humedeció los labios y trató de buscar las palabras adecuadas, luchando contra el fuerte dolor que sentía en su cabeza. La imagen de él se enfocaba y se desenfocaba mientras todo le daba vueltas. Sólo podía ver claramente sus ojos grises. Unos ojos tristes, que parecían encerrar recuerdos que él no deseaba tener. Parecía haber en ellos sombras de un horrible sufrimiento. Y por un instante ella pensó que estaba viendo en sus ojos la angustia del que debía ser su marido.

—¿Boyd? —murmuró ella, y oyó cómo le contestaba su voz grave. Las palabras eran lo de menos, lo importante era que la confortaba el oír su voz.

De pronto, apareció otro rostro dentro de su campo de visión. Un rostro con rasgos femeninos y una sonrisa agradable. Debía de

ser una enfermera.

—¿Hay alguien a quien quiera que llamemos de su parte, señora Patterson? ¿Algún familiar? ¿Algún amigo?

Stacy se concentró durante unos momentos.

—Alguien debería llamar a los padres de mi exmarido. Mi suegro se llama Leonard Patterson. Viven en la calle Stanton.

Los padres de su exmarido, ya viejos y frágiles, nunca le habían perdonado que firmara los papeles para divorciarse de su único hijo.

Alguien repitió la información. Luego le preguntaron si había alguien más a quien quisiera avisar. Quizá a algún otro familiar… Quizá al padre del niño…

—Len…

—¿Len era el padre del niño? —preguntó una voz con tono tranquilo.

—Sí —Len había deseado tener un hijo, pero eso fue antes de que un ladronzuelo le golpeara el cráneo con un bate de béisbol. Después de eso, se convirtió en un hombre irascible con continuos accesos de violencia. Ella, a partir de eso, dejó de amarlo.

—¿Alguien más? ¿Algún vecino? ¿Algún compañero de trabajo?

Stacy se aclaró la garganta y buscó en el recuerdo algún nombre. Le vino a la mente el rostro rollizo de una mujer de pelo blanco.

—Adeline… Marsh.

—¿Es una amiga?

—Es la directora de la escuela de primaria Lewis y Clark. Yo soy profesora suplente allí —Stacy se dio cuenta de que su mano estaba agarrando de nuevo a Boyd. No sabía si ella se había acercado hasta él o él se había acercado hasta ella. En cualquier caso, ella agradecía el contacto humano y entrelazaba los dedos de su mano con fuerza con los de la mano de él.

—Siento haber interrumpido tu jornada de trabajo —murmuró ella con un hilo de voz.

—No te preocupes —se inclinó sobre ella.

—¿No se enfadará tu jefe?

—No tengo ningún jefe. Trabajo solo.

Ella oyó conversar a alguien y al girarse para ver quien era,

sintió un dolor en la sien que le hizo respirar hondo.

—Tranquila —dijo él en voz baja.

—¿Señora Patterson? —oyó decir a otra persona.

Tengo que hacerle unos análisis.

Boyd se retiró, dejando pasar a una mujer, vestida con una bata azul. Stacy observó con ansiedad como la mujer preparaba una jeringuilla. Esperaba no desmayarse. Por si acaso, apartó la vista para no ver como la aguja penetraba en su brazo.

Sintió un pinchazo y luego, la presión. La cabeza comenzó a darle vueltas de nuevo, pero se obligó a permanecer con los ojos abiertos. Era importante seguir despierta y alerta.

—¿Boyd? —sin importarle el dolor, comenzó a girar la cabeza, buscándolo con la mirada.

—Estoy aquí, Stacy —le tomó la mano de nuevo y ella se sintió mucho mejor.

¿Qué clase de mujer independiente era?, pensó disgustada por su falta de carácter. Una futura madre, y allí estaba ella, deseando arrojarse en los brazos del primer hombre que se encontraba.

Comenzó a darle las gracias de nuevo, cuando sintió un fuerte dolor en la espalda. El dolor se extendió hacia el vientre y parecía que la fuese a partir en dos.

—¡No! —chilló ella—. Es demasiado pronto.

—Ve a llamar al doctor Jarrod —oyó a la enfermera—. Dile que parece que a la paciente se le ha adelantado el parto. Stacy sintió cómo la adrenalina corría por sus venas y se agarró todavía más fuertemente a la mano sólida de Boyd.

—Intenta relajarte, Stacy. Respira hondo.

—Diles que salven al niño —le rogó ella—. Haz que lo prometan. Si existe la más mínima posibilidad de salvarlo, el niño tiene que vivir.

—No te preocupes, los niños son increíblemente resistentes. Especialmente, cuando todavía están en el útero.

—Pero ¿y si ella no lo es? .Y si ella…

—Oye, deja eso, ¿de acuerdo? —Boyd le apartó un mechón de pelo con gesto delicado—. Las dos vais a salir bien de esto.

—¿Me lo prometes?

Él dudó un momento. Ella se preguntó si sería porque no quería mentirle.

—Te lo prometo.

En ese momento las cortinas que rodeaban la cama se corrieron y apareció un hombre alto, que en vez de un médico parecía un vaquero.

—¿MacAuley? ¿Qué diablos…?

—Después —le interrumpió Boyd, retrocediendo. El ya había hecho todo lo que podía por ese ángel de cabello oscuro y preciosos ojos. A partir de ese momento les tocaba a los profesionales. Y él hacía mucho tiempo que había dejado de creer en ellos.

Capítulo Dos

Boyd abrió otra lata de cerveza. Era la tercera. Le dio un buen trago y salió al porche. Eran cerca de las siete y el sol estaba comenzando a ocultarse en el horizonte, inflamando el cielo. Se podía ver el río Columbia reflejando los rayos de sol, que convertían el agua en lava.

Apoyando un pie desnudo sobre la barandilla, se echó hacia adelante, buscando algo de brisa inútilmente. En la casa de la izquierda, Linda y Marshall Ladd estaban friendo hamburguesas en la barbacoa. Y al final de la pequeña calle, el bombero de Portland, Cliff Balisky, estaba jugando con sus dos chicos.

De pronto, Boyd se bebió el resto de la cerveza de un trago y comenzó a pensar en abrir otra lata. ¿Cuánto hacía que no bebía lo suficiente para calmar su mente inquieta? ¿Cuatro o cinco meses? ¿O quizá más?

Antes de que murieran Karen y el niño, él nunca había bebido demasiado. Puede que porque no le gustara el lado temerario de su carácter que le revelaba el alcohol. Pero esa noche necesitaba calmarse.

Sabía la causa de su estado de ánimo. El viaje en la ambulancia. El hecho de que hubiera un bebé en peligro y esa mujer de ojos verdes, habían despertado algo dentro de él que Boyd pensaba que había desaparecido para siempre.

La mujer estaba en buenas manos, trató de convencerse, mientras se dirigía a por otra lata de cerveza. Seguro que estaría bien. Dos horas antes, la había dejado durmiendo plácidamente. Aún así, se encontró con que se dirigía hacia el teléfono de la cocina.

A pesar de que la centralita del hospital tenía fama por su

eficiencia, tuvo que esperar cinco minutos hasta que oyó la voz de Prudy.

—Ya me imaginaba que llamarías.

—Al diablo… —Boyd comenzó a arrepentirse de haber llamado.

—Y en respuesta a tu pregunta…

—¿Qué pregunta? Si sólo te he saludado. —Ella está descansando plácidamente.

Boyd notó el tono de broma de la voz cansada de

Prudy y sintió que se le estaba agotando la paciencia. —¿Y también puedes decirme lo que querré saber dentro de una semana cuando vaya a aporrear tu puerta a las cinco de la mañana?

—Seguro que sabes sacar partido de tu fuerza, canalla.

—Un hombre tiene que saber hacerlo…

—Muy bien, muy bien —él se relajó ante el buen humor de la mujer—. Ella está exactamente como la dejaste. Con un esguince en su tobillo izquierdo y una buena colección de cardenales.

—¿Y el bebé? —preguntó Boyd, después de aclararse la garganta.

—Está bien. Jarrod dice que sus constantes vitales son buenas.

—¿Cuál es su pronóstico? —Prudentemente optimista.

Él comenzó a masajearse el cuello, tratando de liberar la tensión.

—Haz el favor de leerme el informe de Jarrod, ¿de acuerdo?

—Sabes que no puedo hacer eso. —¿Y por qué no?

—Vamos, Boyd, conoces las reglas tan bien como yo. No eres su pariente y tampoco perteneces al hospital, así que…

—Olvídate del reglamento. —No.

—¿Y se puede saber desde cuándo eres tan estricta? dijo, con tono de enojo.

Inmediatamente se arrepintió de haber dicho eso. Prudy era la última persona a la que querría hacer daño. Era su mejor amiga y después del accidente, se había hecho cargo de él. Y siempre que la había necesitado, ella le había ayudado.

—Lo siento, no quise decir eso —se excusó.

—Esa chica te tiene atrapado, ¿verdad? —preguntó Prudy con voz tranquila.

—Sí, me parece que así es.

—Boyd…

Él notó el tono amable de Prudy y quiso cortarla. La única forma

de convivir con el pasado era tenerlo enterrado.

—Salúdala de mi parte, ¿de acuerdo? —la interrumpió. Luego colgó, antes de que Prudy pudiera decir nada más.

Stacy se despertó sobresaltada por el eco de un grito. Luego se dio cuenta de que había sido ella quien había gritado. Se sentía mal. Tenía náuseas y le dolía el tobillo. Desorientada, giró la cabeza hacia un haz de luz a su izquierda. Pronto deseó no haberlo hecho ante el dolor que sintió en su cabeza.

Las paredes blancas de la habitación estaban cubiertas por la oscuridad. La cama era muy dura y la almohada no era mucho más blanda. Pero al menos, ella y la niña estaban en buenas manos.

Recordó con alivio que se encontraban en el hospital. Y a salvo, de momento. Le vino a la mente la imagen de Len muerto y se estremeció. Pero lo más importante era el bebé. Eso era lo que importaba.

«Los niños son increíblemente resistentes. Especialmente, cuando todavía están en el útero».

Se acordó del hombre que le había hablado así. Había utilizado un tono dulce para calmarla. Era un hombre acostumbrado a hacerse cargo de las situaciones difíciles. Era un hombre fuerte con una boca dura y arrogante, pero las comisuras de su boca le delataban como un hombre sensible que acostumbraba a reírse. No había ninguna razón para que se sintiera con él como si lo conociese de mucho tiempo atrás ni para que confiara en él, pero así era como se sentía.

Adormilada, dejó que su mente recordara el rostro bronceado de ese hombre, sonriéndole con esos ojos amables e inteligentes, pero que delataban lo mucho que ese hombre debía haber sufrido. También delataban que tenía sentido del humor, al igual que las comisuras de sus labios. Labios, por otra parte, agresivos y que revelaban una intensa sensualidad masculina, que le había hecho fantasear con la idea de caer en brazos de ese hombre y notar sus labios contra los de ella.

Ya casi dormida, se llevó los dedos a los labios, sonriendo. No estaba segura de si volvería a ver a ese hombre, pero ocuparía ya para siempre un lugar muy especial dentro de su corazón. Y seguía pensando en su buen samaritano cuando se durmió de nuevo.

—La harina de avena es estupenda. Me encanta la harina de

avena, de veras.

Stacy dio un suspiro y volvió a remover con la cuchara la masa grumosa que había en el plato. Estaba hambrienta y notaba que la niña, dentro de ella, también lo estaba. Notaba como golpeaba con sus puños, pero Stacy no se decidía a dar su primer bocado.

—Si sólo sabe como si fuera cemento… —murmuró, mirando el vaso vacío, que poco antes había contenido un poco de leche.

—Bueno, esto es un cambio, definitivamente.

Presionó el botón que había en la cabecera de su cama. Luego se pasó la lengua por los labios. De acuerdo, iba a hacerlo por el niño. Cargó una cucharada hasta arriba y se la estaba acercando a la boca cuando se dio cuenta de que tenía un espectador.

El «buen samaritano» estaba de pie en la puerta con un ramo de rosas en sus manos. Se había afeitado y llevaba el pelo limpio y bien peinado.

Ya diferencia del día anterior, iba completamente vestido. Llevaba una camiseta de tirantes y unos vaqueros que remarcaban sus piernas musculosas.

—Me da la impresión de que el desayuno no te está pareciendo muy apetitoso.

—Estaba pensando si habría alguien que se pudiera comer esto voluntariamente.

Él se rió entre dientes. Luego sus miradas se encontraron y ella tuvo que contener el aliento. La experiencia le había enseñado que debía disimular sus sentimientos, así que fingió indignación ante la risa de él.

—Me estoy muriendo de hambre y él venga a reírse.

—Lo siento —dijo él, acercándose.

Stacy sintió que su espíritu revivía. Después de meses de tensión y miedos, le encantaba poder sonreír de nuevo, aunque eso hiciera que le dolieran los músculos de la cara.

—Está bien, te perdono. Pero sólo porque me salvaste ayer la vida.

—Lo que te salvó la vida fue el cinturón de seguridad.

Ella no quería discutir con un hombre con una mandíbula que parecía una montaña de granito. Prefirió concentrar su atención en el ramo de rosas que él sostenía junto a su vientre liso.

—Me encantan las flores —dijo ella. Luego se dio cuenta de que

todavía tenía la cuchara en las manos y la dejó otra vez sobre la bandeja del desayuno—. Sólo de verlas, me siento mejor.

Ella sonrió, haciendo que la mirada de Boyd se fijara en sus labios. Esos labios despertarían el deseo de la mayoría de los tipos que él conocía. Gracias a Dios él era inmune a eso, pensó, y poco después se encontró a sí mismo preguntándose a qué sabrían esos labios carnosos.

Al sentir que una ola de calor le subía por la espalda hasta el cuello, desvió la mirada hacia el ramo de flores. Alguna vez había enviado flores a algún paciente, pero nunca se las había llevado en persona.

—Quizá la enfermera encuentre algún recipiente —dijo ella, intentando alcanzar el botón para llamar.

—No es necesario. Esto nos servirá —contestó él, metiendo las flores en la jarra del agua de ella, sin darle tiempo a rechistar. Luego, algo avergonzado, se echó hacia atrás, metiéndose las manos en los bolsillos. Ya era hora de marcharse a trabajar.

—Me alegro de que hayas venido. Quería preguntarte por esa niña pequeña que me dijiste que era tan dulce y educada. Me dijiste que se llamaba Heidi, ¿no es así?

Él asintió.

—¿Qué puedo decirte? Es una niña pequeña que está muy sola y que tiene mucha imaginación, aunque carece de algunas cosas que se supone que los padres deben proporcionar a sus hijos.

—Me gustaría demostrarle lo agradecida que le estoy tan pronto como… como… —dio un suspiro, como para cobrar fuerzas—. ¿Qué crees que podría gustarle?

«Con una de tus sonrisas bastaría», pensó Boyd.

—No tengo ni idea —contestó.

—Estaba pensando en regalarle algo de música, pero no tengo ni idea de sus gustos.

—Sólo sé que odia la música country.

—¿Por qué?

—Porque siempre hace alusiones a mi mal gusto para seleccionar las emisoras de radio.

—¿Así que te gusta la música country?

—Sí, para trabajar sí que me gusta —contestó él, pensando en que esos ojos verdes de ella parecían tener brillos dorados en las

profundidades. Transmitían una calidez que recordaba al sol del verano—. Bueno, en cualquier caso intentaré averiguar qué música le gusta a ella.

—Eso estaría muy bien, gracias.

—De nada. Ahora tengo que irme. Prometí a los dueños que terminaría el trabajo puntualmente para su décimo aniversario y el tiempo pasa deprisa.

¿Había cierta decepción en la mirada de ella? ¿O sería alivio por librarse de él? Lo cierto era que nunca se le había dado muy bien lo de entretener a las mujeres. Cuando estaba en la escuela tenía que trabajar a tiempo partido para pagarse los estudios, así que no había podido aprender los trucos que los adolescentes solían utilizar para conquistar a las chicas.

Incluso Karen le había dicho que algunas veces no sabía cómo le aguantaba.

Después de que ella muriera, Boyd tampoco se había preocupado de mejorar su destreza para atraer a las mujeres. Así que en ese momento echaba de menos poder gastar alguna broma como hacía su hermano pequeño, Ben, o poder flirtear sin resultar demasiado brusco, como su amigo Luke Jarrod, o hacer cualquier cosa que la hiciera sonreír de nuevo. —Gracias por las flores —murmuró ella. —Siento lo de tu ex marido. —Yo también.

—¿Me dijiste que estuvo en el hospital?

—Sí, le hirieron mientras hacía lo que más le gustaba… proteger a los demás. Un día Len entró a una tienda cerca de casa a comprar cigarrillos. Unos jóvenes estaban golpeando al tendero con un bate para robarle El saco su pistola pero se dio cuenta de que los chicos eran muy jóvenes.

Ella hizo una pausa.

—Y aunque nunca me dijo lo que pasó exactamente, uno debió aprovechar su confusión para golpearlo con el bate. Encontraron a Len tendido bajo el mostrador. Cuando llegué al hospital, él estaba siendo operado. Y después de eso nunca volvió a ser el mismo.

—¿Le dañaron el cerebro?

Ella asintió.

—Sé que todos los policías tienen cierta capacidad para ser violentos. Si no, no serían policías. Pero mientras distinguen entre lo que está bien o lo que está mal, sólo utilizan esa violencia para

proteger a los demás. Pero después de su lesión, Len se volvió muy violento y comenzó a disfrutar haciendo daño a los demás.

—¿Te dañó a ti? —dijo él. Su voz fue demasiado brusca, aunque ya no pudiera hacer nada para remediarlo.

—No al principio, se comportaba más bien como un niño perdido. Pero después… cuando se recuperó físicamente, tenía crisis.

Ella recordó la mirada de temor que tenía a veces cuando pensaba que le perseguía un enemigo desconocido. Algunas noches se sentaba con un revólver en las manos y esperaba pacientemente. Ella suspiraba resignada, sabiendo que no podía hacer nada.

—Pensé en dejarle dos veces. Una vez, cuando dejó de tomar su medicación y comenzó a beber y otra, seis meses después, cuando comenzó a aparecer en el colegio donde yo enseñaba. Varias veces se puso violento habiendo algún niño delante, que estaba esperando el autobús. Cuando lo amenacé con llamar a la policía, se echó a llorar y prometió portarse bien. Pareció tranquilizarse por un tiempo y yo comencé a pensar que se estaba recuperando, pero cuando descubrí que estaba embarazada, él empezó a decir que no era el padre y… —no pudo continuar. Los recuerdos estaban demasiado vivos, eran demasiado dolorosos.

—Lo siento, Stacy.

—No era culpa suya, lo sé —continuó, con una sonrisa forzada —. Len siempre quiso tener una hija.

Boyd sintió un vacío en su interior, un vacío que creía haber cubierto ya. De repente, la habitación le pareció muy pequeña y el aire espeso. Había sido un estúpido al volver allí, pensó, dando un suspiro profundo.

—Creo que te dejaré para que tomes el desayuno —dijo, con un tono de voz bastante normal.

—Creí que eras mi amigo —murmuró ella, mirando el desayuno frío.

—Sólo vine para ver cómo estabas. Cómo estabais las dos.

—Las dos estamos mucho mejor esta mañana. El doctor Jarrod me hizo una ecografía esta mañana y Tory ha vuelto a hacer travesuras. Espero que algún día sea una gimnasta importante.

—¿Tory?

—Sí, es el diminutivo de Victoria.

—Es un nombre bonito. Muy elegante.

—¿No crees que puede ser un poco anticuado para estos tiempos? Lo digo porque he leído que el nombre puede ser muy importante para el desarrollo del niño.

—A mí no me parece anticuado.

Stacy notó una repentina frialdad en su voz y vio como su mirada se extraviaba. Como si se quisiera escapar de la amistad que ella le ofrecía. Por eso le extrañó cuando le tocó la mejilla suavemente. El gesto fue tan tierno, el momento tan íntimo, que casi olvidó respirar.

—Me alegro de que estés bien.

Ella tragó saliva.

—Créeme, yo también.

—¿Necesitas algo en concreto? ¿Quieres que… ?

—No, pero gracias de todos modos.

—Cuídate y cuida a Victoria —dijo bruscamente, antes de darse la vuelta.

El hombre dio dos pasos y se quedó inmóvil, mirando al suelo, como si estuviera buscando la respuesta a alguna pregunta molesta.

Stacy iba a preguntarle si ella podía ayudarle en algo, cuando vio que retrocedía. Se inclinó sobre la cama y apoyó una mano en el colchón, la otra sobre el hombro de ella.

—Para que tengas suerte —dijo, antes de cubrir la boca de Stacy con la suya.

La besó tiernamente, sin exigencias, con suavidad. Olía a café fuerte y a pasta de dientes.

Un momento después se fue por los pasillos tristes del hospital, dejándola sorprendida y confusa. Sólo se dio cuenta de que estaba llorando cuando notó las lágrimas sobre su pecho.

Capítulo Tres

Stacy estaba todavía un poco adormilada después de la siesta, cuando una cabeza de color cobrizo se asomó a la puerta. Era una mujer pequeña con una bata rosa, unos pantalones rosas y unas zapatillas amarillas, que recordó a Stacy a un crepúsculo de invierno. —Hola, soy Prudy Randolph. Nos conocimos ayer

—dijo, cuando vio que Stacy estaba despierta.

—Sí, estaba deseando verte para darte las gracias por tu ayuda.

La enfermera Randolph se encogió de hombros con una sonrisa maravillosa que animó a Stacy. —¿Cómo te encuentras? —Odio los hospitales. —En días como éste, yo también. Stacy rió y se dio cuenta que le iba bien.

—Puedes venir a esconderte aquí conmigo. Prometo que no se lo diré a nadie.

—Me parece un ofrecimiento difícil de rechazar

—contestó la enfermera, con gesto de niña traviesa.

La mujer tomó una silla y se sentó—. Dios, es un día terrible y ni siquiera es luna llena.

—Hablas como si el hospital hubiera sido invadido por víctimas de accidentes.

—No te puedes imaginar —continuó, apartándose un mechón de pelo de la frente antes de hacer una mueca—. Nos acaba de llegar una víctima que ha sido atacada por un loro.

—¿Por un loro?

—Sí, el propietario. Un caso de rebelión adolescente, mezclado con una subida hormonal.

—¿El propietario es un adolescente?

—No, el loro. Un macho, evidentemente, y no muy contento de que le tuvieran alejado de la nueva adquisición de su amo… por

cierto, una atractiva lora.

—Naturalmente.

Prudy se pasó la mano por el cabello rizado.

—Siento estarte molestando con mis problemas. A veces creo que me equivoqué por no seguir los consejos de mi madre y hacerme una dependienta de supermercado.

—Por los menos el horario es mejor.

—Sin mencionar el sueldo.

Stacy se echó a reír, pero seguidamente soltó un gemido al notar el dolor en toda la parte superior de la cabeza.

—¿Te sigue doliendo?

—Digamos que me falta todavía bastante para poderme relajar completamente.

Los ojos de color chocolate la miraron con profesionalidad.

—¿Sabes cuándo te dará el alta el doctor Jarrod?

—Esta mañana me ha dicho que tengo que estar aquí tres o cuatro días más, si continuo mejorando y si no vuelven a darme dolores de parto —la muchacha dio un suspiro—. Cruza los dedos por mí.

—¡Oye, lo dices como si no te gustara la lujosísima habitación que tienes!

—No puedo permitirme el lujo, ni siquiera la habitación más económica. Creo que no puedo pagar ni siquiera el coste de esta caja de pañuelos.

La enfermera pareció sorprendida, luego incómoda.

—Si hay un problema, podemos hablar con los Servicios Sociales para que vengan a verte.

Stacy notó que se ruborizaba repentinamente.

—No me hagas caso —dijo riendo, para demostrar que no estaba en realidad preocupada—. Me gusta preocuparme. Es mi droga.

—Te pareces a mi madre —dijo Prudy, con una mueca irónica. Luego se echó hacia delante y puso los pies sobre el borde inferior de la cama y bostezó—. Lo siento, estoy cansada, no es por la compañía.

Una ambulancia se oyó en la distancia. El ruido de la sirena fue aumentando. Abajo en el vestíbulo, un bebé lloraba y una mujer protestaba. Según la auxiliar que había servido el desayuno, las habitaciones de recién nacidos estaban llenas. Había cinco

habitaciones, luego debía de haber cinco madres de parto.

—Son bonitas —afirmó Prudy, mirando las flores—. Tengo algunas como éstas en mi jardín. O por lo menos tenía cuando salí esta mañana.

Stacy movió la cabeza sobre la almohada para ponerse más cómoda y trató de ignorar el repentino deseo de comerse un sándwich de beicon y un pepinillo en escabeche.

—Mi buen samaritano me las trajo esta mañana. ¿Lo recuerdas? El hombre que me acompañó en la ambulancia.

Prudy frunció el ceño y estiró las piernas.

—Sí, claro que lo recuerdo. Boyd MacAuley, el canalla que se dedica a robar flores.

—¿Lo conoces?

—Es mi vecino y voy a matarlo por robarme mis maravillosas flores, eso es lo que voy a hacer —la enfermera miró a Stacy—. No es que no le hubiera dado permiso para ello, pero habría sido un detalle que me preguntara. Un poco difícil, claro, ya que a Boyd no le gusta andarse con delicadezas.

Stacy luchó consigo misma y perdió. La curiosidad fue más fuerte.

—Me imagino que… vive solo.

—No, vive con un fantasma.

—¿Perdón?

—Boyd es viudo. Hace más de tres años, pero es como si Karen siguiera viviendo con él.

—¿Su esposa?

La enfermera asintió.

—Era de la familia de los Waverly. Poseían molinos. La zona donde vivimos Boyd y yo pertenecía al abuelo… junto con medio Portland.

—¿Qué le ocurrió?

—Un accidente de coche, ¿qué si no? —la expresión de Prudy era triste—. Karen estaba embarazada de siete meses. Luke Jarrod trató de salvar al bebé, una niña preciosa que era igual que su padre, pero la pequeña sólo pudo vivir unos pocos minutos más que la madre. Después de aquello, Boyd se hundió emocionalmente. Yo pensé durante mucho tiempo que también le perderíamos a él.

Stacy recordó la conversación que había tenido aquella mañana

con Boyd y el cambio que se había operado en él al comenzar a hablar del bebé. No le extrañaba que hubiera cambiado su comportamiento hacia ella.

—Es un hombre agradable —murmuró, con voz ronca.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí, mucho —admitió, porque era inútil negarlo—. Creo que me habría gustado aunque no me hubiera salvado.

—Stacy…

—No te preocupes. No me hago ilusiones —le aseguró a la mujer, que la miraba con gesto de preocupación y tristeza—. Hace mucho tiempo que no creo en príncipes azules y finales felices.

La enfermera se quedó mirándola unos segundos y luego se levantó, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—Aunque lo odie, será mejor que vuelva al zoológico. Ahora los animales deberían estar ya tranquilos.

Stacy, a pesar del dolor de cabeza, no reprimió una carcajada y una mirada de conmiseración a Prudy, que se volvió y se dio una palmada en la frente.

—¡Dios santo! Me olvidaba por completo del motivo de mi visita. Ayer, cuando llamé a la directora del colegio donde trabajas, me dio para ti recuerdos y me aseguró que no tuvieras prisa en volver hasta recuperarte del todo. También me dijo que contaba contigo para septiembre del curso que viene. Quizá con un contrato fijo. Pensé que te gustaría saberlo. No hay nada peor que estar enfermo y no poderse relajar uno por las obligaciones.

—Cuando empiezan los problemas… —dijo Stacy, con rostro serio.

—¿No son buenas noticias? Lo siento, pensé… Bueno, está claro lo que pensé. Normalmente es una preocupación tener que volver a trabajar cuanto antes y pensé que te tranquilizaría —la enfermera hizo un gesto con los ojos—. Está bien, Prudy, ya lo has hecho mal otra vez, preocupando a una paciente que necesita descansar. Y ahora me voy, Jarrod me estará buscando.

Stacy no pudo reprimir una sonrisa.

—No te preocupes. En circunstancias normales me habría tranquilizado saber que no me necesitaban en el trabajo.

—¿Y tus circunstancias no son normales?

—¿Y de quién son normales? —preguntó Stacy, en un tono

ligero que estaba lejos de sentir—. Las mujeres somos el sexo fuerte, recuerda. Sobreviviré.

Stacy, pensativa, observó cómo salía la enfermera. Había estado esperando impacientemente el sueldo mensual de un contrato fijo, así como la asistencia médica para ella y su hija. En ese momento no tenía ninguna de las dos cosas y cada segundo que pasara en aquella cama de hospital le iba a costar una fortuna de la que no disponía.

Cerró los ojos, pero la preocupación de los últimos seis meses seguía allí en su mente, recordándole que no estaba sola, que tenía otra vida que alimentar.

Se tocó el vientre con suavidad y trató de imaginar la cara del bebé. Len había sido un hombre extraordinariamente guapo. De pelo negro y ojos azules enormes. Ella tenía los ojos de un color verde, que siempre había maravillado a todo el mundo, así corno sus espesas pestañas.

Siempre habían dicho que era lo que tenía más bonito y era el único atributo físico suyo que querría que su hija heredara. El resto era bastante normal, excepto su altura, que era unos tres centímetros más aja de la media.

No, Victoria sería alta y delgada, con la agilidad de una bailarina. Y no como su madre, bajita y con cuerpo en forma de pera.

La sonrisa que siempre se formaba en el rostro de Stacy cuando pensaba en su hija, se convirtió en una expresión seria que le produjo dolor en las partes heridas. Tenía exactamente doscientos veintiséis dólares en su cuenta bancaria, un pequeño apartamento, cuyo alquiler estaba pagado sólo hasta final de mes y una maleta de ropa suya y de la niña. Todo lo demás había quedado en su casa de Wenatchee Falls. Así que todo se había perdido después del incendio que Len provocó al enterarse que quería divorciarse de él.

«¡Oh, Tory! ¿Qué vamos a hacer?», lloró en silencio. Incluso aunque se recuperara pronto, por lo menos pasaría una semana antes de estar presentable y poder entrar en una clase sin asustar a los niños. Y lo peor de todo era que el año escolar iba a terminar en seguida.

¿Admitirían madres en el McDonald's?, se preguntó. ¿La contrataría alguna empresa?

La idea de tener que pedir una ayuda estatal era desagradable, su orgullo se lo impedía. ¿Pero qué otra cosa podía hacer si no encontraba trabajo? Era hija única y sus padres habían muerto. Los padres de Len estaban en la ruina, así que tampoco podrían ayudarla.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se las limpió. Necesitaba confeccionar un plan de actuación, una estrategia para poder vivir los siguientes tres meses hasta que el niño naciera y por lo menos seis semanas más. ¿Luego qué?

«Piensa, Stacy», se dijo en silencio. «Usa esa mente brillante para encontrar… una idea brillante. Está bien, no brillante. Bastará con que funcione».

Diez minutos después seguía pensando, cuando oyó un ruido en la puerta. Abrió los ojos despacio y vio a un policía uniformado en la entrada, mirándola. Por un momento pensó que era Len, que volvía para burlarse de ella.

—¿Señora Patterson? Soy el inspector Klein, del departamento de tráfico de Portland. ¿Se siente con fuerzas para relatarme lo que sucedió ayer?

—No hay mucho que contar, inspector. Mi exmarido iba conduciendo demasiado rápido y no pudo evitar salirse en una curva y chocarse contra un árbol… Len murió. Era un policía retirado. Había pertenecido al cuerpo de Wenatchee Falls, en Washington.

El inspector se acercó despacio, observándola.

—Sí, señora. Me he puesto en contacto con Washington y he hablado con un testigo, el doctor MacAuley, pero…

—No, inspector. El señor MacAuley es carpintero, no doctor —en ese momento le llegó la imagen del pecho de Boyd, inclinándose sobre ella. Aquellos músculos sólo se podían deber al trabajo físico.

—Si usted lo dice… Aunque en su carné decía que era médico.

Stacy frunció el ceño y pensó en la manera segura de hablar de su buen samaritano, así como en el vocabulario que utilizaba. Había utilizado la palabra «útero». En ese momento no se había dado cuenta de la incoherencia de aquella palabra con el polvo que cubría sus hombros y pecho.

—Quizá esté equivocada —admitió.

El oficial sacó un papel amarillo del bolsillo.

—Señora, de acuerdo a los documentos que encontramos en la guantera del coche, éste estaba a nombre de su marido y suyo. ¿Es correcto?

—No lo sé. Creía que Len había cambiado algunas cosas cuando nos divorciamos.

El oficial asintió, antes de consultar el cuaderno de notas que llevaba.

—Tiene que pagar los gastos de remolque. Como el seguro ha caducado, el propietario es el responsable. Stacy miró al hombre con la boca abierta, sin atreverse a respirar. Después de unos minutos, entendió lo que el oficial le había dicho.

—¿Cuánto tengo que pagar? —Ciento setenta dólares.

—Déme la factura y le enviaré un cheque tan pronto como vuelva a mi apartamento —dijo finalmente.

—Sí, señora.

Pero en vez de darle la factura, el hombre se quedó inmóvil, con expresión preocupada.

—¿Hay algo más? —preguntó, resignada a recibir una noticia peor, como se toma la medicina que sabe mal. El oficial miró alrededor, como si buscara un lugar donde apoyarse. El corazón de Stacy se aceleró. —De acuerdo, prometo que no voy a hacerle nada, inspector.

Eso le hizo ganar como premio una sonrisa y una mirada agradable de aquellos ojos azules.

—Hay también otro gasto por almacenaje. —¿Cuánto?

—Veinticinco dólares al día.

Stacy no sabía si reír o llorar. Se imaginó que el bebé disfrutaría más de la risa e intentó sonreír, pero notaba en los ojos la humedad de las lágrimas.

—Deje también esa factura. —Sí, señora.

—Y luego hágame un favor, ¿quiere? Queme el maldito coche hasta que no quede nada.

El oficial dejó el papel sobre la cama y salió rápidamente. Stacy tardó bastante tiempo en dejar de temblar.

Capítulo Cuatro

—Por favor, contésteme —suplicó Stacy, pero nadie contestaba al otro lado. Estuvo unos minutos más y dejó por fin el teléfono sobre la mesilla.

—¿Nadie en casa?

La voz era familiar. Su corazón palpitó con velocidad antes que pudiera ver al hombre que había hablado.

Boyd estaba en la entrada, como si no supiera si iba a ser bien recibido. ¿Por el beso? ¿Se había arrepentido de su impulso? ¿O esperaba que ella se hubiera enfadado y le iba a pedir que se disculpara?

La mujer notó que su rostro ardía, al pensar en aquella boca besando de nuevo la suya. Había sido un contacto breve, aunque apasionado, como si hubiera sido él quien necesitara ayuda.

Stacy contuvo el aliento, luego trató de actuar con normalidad. Era estúpido sentirse así por el recuerdo de un simple beso. Un beso que ella no había lamentado… ni olvidado.

—Nadie en casa —repitió ella, esbozando una sonrisa.

—¿A quién llamabas?

—Al vecino que vive debajo de mi apartamento. Le quería pedir que me trajera el bolso y una muda de ropa —dijo, con un gesto que demostraba la poca importancia que tenía—. Lo intentaré después.

El asintió y se acercó, llenando la habitación de aroma fresco. El aspecto arrugado de su camiseta y los pantalones viejos sugerían que acababa de terminar de trabajar. Necesitaba afeitarse, pensó Stacy, observando el aspecto que la incipiente barba daba a su fuerte mandíbula.

—¿Cómo estás?

—Un poco psicodélica. Es una pena que no sea carnaval, no tendría que disfrazarme.

—Espera una semana y todo se normalizará.

—Me conformo con estar presentable —replicó, con una sonrisa vaga que provocó dolor en su sien derecha—. ¡Ay! —murmuró, tocándose el chichón y sosteniendo el aliento hasta que el dolor desapareció.

Con cuidado de mantener la cabeza completamente quieta, alzó las" pestañas y vio que él la estaba mirando.

—Todos me dicen que tengo que tener cuidado, pero ¿quién me iba a decir que una simple sonrisa podía ser peligrosa?

—Depende quien sonría —repuso él, mirando brevemente la boca de ella.

Stacy notó que los labios comenzaban a temblarle. Entonces él apartó la vista y miró hacia la puerta, como buscando una salida.

Ese hombre tan masculino que había abordado con tanta calma una situación de emergencia no podía ser tímido, pensó ella. ¿O sí? Ese pensamiento hizo que se quedara pensativa.

—¿Te quieres… sentar?

—Claro. Creo que me podré quedar unos minutos —contestó él.

Luego miró alrededor y tomó una silla que acercó a la cama.

—¿Es para mí? —preguntó ella, tocando la bolsa.

Era de una cadena famosa de restaurantes y la idea de comida normal hizo que le entrara hambre.

—Sí. Me imaginé que estarías un poco cansada de la comida del hospital.

—Te imaginaste bien —admitió, riendo—. Cuatro días comiendo alimentos suaves y aburridos es mi límite, incluso aunque sea bueno para Tory y para mí.

Y sin intentar esconder su impaciencia, abrió la bolsa y olió el maravilloso aroma de una hamburguesa.

Los ojos de Boyd sonrieron, dando a su rostro un encanto irresistible.

—Espero que la habrás pedido con todo —dijo, mientras sacaba la hamburguesa.

—¿Hay otra manera de pedirla?

—No, que yo sepa —dijo, tomando aire antes de dar un bocado.

La hamburguesa sabía estupendamente. Aunque le hubiera

gustado de postre un helado de pipermín con caramelo.

Dándose cuenta de que Boyd la estaba mirando más atentamente de lo que ella se esperaba, intentó comer despacio, a pesar de que su estómago se rebelaba y quería terminarlo todo cuanto antes. No quería resultar desagradecida por su amabilidad, pensó, al tiempo que se limpiaba los labios con la servilleta que encontró doblada en la bolsa.

Deseó decirle que entendía lo difícil que le estaría resultando aquello, después de haber perdido a su esposa e hija, pero tuvo dudas de la conveniencia de sacar a relucir un episodio tan doloroso, especialmente cuando ella lo había sabido por una tercera persona.

Así que simplemente esbozó una sonrisa, esperando que ésta demostrara la profundidad de sus sentimientos hacia lo que el hombre estaba haciendo.

—¿Cómo está la pequeña?

La pregunta fue pronunciada con ligereza, pero Stacy notó la intensidad de la mirada de él al descansar los ojos en el vientre abultado.

—Hoy ha estado muy tranquila —dijo, tratando de parecer alegre—. El doctor Jarrod me ha dicho que no es muy grave dar a luz antes de tiempo, aunque es preferible que espere a los nueve meses.

Boyd notó el temblor en su voz y la humedad que nubló los ojos de la mujer por un segundo y deseó marcharse. Por mucho que lo había intentado, nunca había sido capaz de resistir el sufrimiento ajeno, por eso había dejado su profesión.

Incómodo, se movió en la silla. Desde luego, unas cuantas horas en aquella silla de plástico sería eficaz para obtener la confesión de un santo, pensó. Sólo que él en ese momento estaba bastante lejos de la santidad.

—Jarrod es el mejor —dijo sinceramente—. Si alguien puede hacer que esa pequeña se quede un mes más donde tiene que estar, es el doctor Jarrod.

—Sí, todos me lo dicen.

—¿Y no lo crees?

—Sí, lo creo. Pero por otro lado…

La mujer dio un suspiro y luego otro, luchando claramente por

controlarse. Hizo lo que pudo por evitar las lágrimas, pero le fue imposible.

Él sintió que se le secaba la boca. La sonrisa breve eliminó los muros que él creía invulnerables. Peor que eso, sentía una fuerte tentación de abrazar aquel cuerpo herido hasta que ella pudiera sentirse de nuevo a salvo. No lo hizo, recordó la última vez que había tomado en sus brazos a una mujer.

—Debe de haber pañuelos de papel por aquí —murmuró ella, limpiándose las mejillas con la mano.

Boyd agarró una cajita y le ofreció uno.

—Toma, suénate.

—Fui una vez al psicólogo, justo después de terminar la universidad —dijo entre gemidos—. Me dijo que era una persona muy sensible a las cosas.

Stacy tiró el pañuelo a la papelera.

Boyd oyó ruido de bandejas y se dio cuenta de que había estado más tiempo del que pensaba. Decidido a despedirse, miró su reloj y, justo cuando iba a decir adiós, entró una enfermera.

Maureen Schultz era toda una profesional y en la misma medida una irreverente. Para ella no había nada sagrado, excepto la vida humana. Como enfermera no tenía igual. Lo mismo se podía decir de su descaro.

—¡Cielo santo, el doctor MacAuley de nuevo en el hospital!

Aunque lo había dicho a la ligera, Boyd entendió las preguntas implícitas que esa frase llevaba consigo. ¿Seguía sufriendo? ¿Teniendo pesadillas? ¿Continuaba sin contestar a las llamadas de los buenos amigos?

—¿Todavía aterrorizando a los internos? —replicó él, levantándose.

—Sólo a los perezosos —contestó ella, tomando el aparato de medir la presión. Luego se volvió hacia Stacy, quien levantó obedientemente el brazo—. ¿Puede usted creerse que este hombre fue en un tiempo el mejor cirujano del hospital?

—Sé que soporta bien los momentos difíciles.

Boyd miró inquieto a la ventana. Las luces de mercurio envolvían los coches aparcados ordenadamente de una manera casi fantasmagórica. ¿Cuántos de aquellos coches habrían llevado personas que visitaban desconocidos? Se preguntó. ¿Media docena,

un par? ¿Una?

De manera que él tenía un sitio en su cínico corazón para una mujer menuda y valiente. No había problema, también tenía un sitio para una niña solitaria como Heidi. ¿Quién podría no tenerlo? ¡Pero bueno, él no era un asistente social!

Cuando terminara de trabajar en el torreón de la calle Astoria, iría a otra parte y Heidi encontraría otro amigo para aliviar su soledad. Cuando las heridas de Stacy desaparecieran y su estado mejorara, ella volvería a su mundo y él la borraría de su memoria.

—¿Alguna contracción desde la última vez que estuve? —preguntó, sin darse cuenta, a la enfermera.

—Una pequeña, casi una punzada.

—¿Hace cuánto? —preguntó.

—Más o menos dos horas. No hay por qué preocuparse, ¿no es cierto?

Boyd se llevó una mano al cuello, donde se le había formado un nudo repentino.

—Como alguien me dijo una vez, preocuparse es la emoción más inútil del mundo.

La enfermera terminó de examinar a la paciente, a la que dio una palmadita en el hombro.

—Tiene razón, señora Patterson. Lo que necesita ahora es descansar.

—Me parece que es lo único que he hecho desde que estoy aquí.

La enfermera sonrió.

—No se preocupe por esos calambres. Es probable que sólo se deban al bebé, que se está moviendo. Stacy alisó la sábana que cubría su barriga y se preguntó si Tory estaría dormida o despierta. —Intentaré no preocuparme.

La enfermera Schultz asintió. Luego devolvió su atención a Boyd.

—El doctor Evans se va a jubilar a finales de año. —Me alegro por él.

—Los rumores dicen que te ofreció una parte de su clientela —comentó Schultz—, en el caso de que decidieras regresar.

—¿Y desde cuándo una chica inteligente como tú hace caso de los rumores?

Stacy vio como la mujer daba un suspiro de resignación y se

sintió identificada con lo que esa mujer estaba pensando. Boyd MacAuley era tan bondadoso como terco.

—Me rindo —murmuró la enfermera antes de volverse de nuevo hacia Stacy—. ¿Necesita usted alguna otra cosa?

Stacy no sabría por dónde empezar. Quizá por el dinero para pagar el alquiler del mes que viene…

—Nada, gracias.

—Sólo tiene que llamar si necesita usted algo —dijo la enfermera antes de marcharse.

Boyd se quedó un rato mirando la puerta por la que la mujer salió. Luego se giró hacia Stacy. Ella tenía una manera de mirar que le invitaba a apoyar la cabeza sobre sus pechos y confesar sus más íntimos y oscuros secretos.

—Me da la impresión de que tu decisión de abandonar momentáneamente la práctica de la medicina no ha sido muy bien recibida.

—Nada de momentáneamente. La he abandonado para siempre.

—¿Y sigues pensando que has hecho bien?

—Así es mejor para mis pacientes.

—Pues yo creo que debes de ser un doctor maravilloso.

Boyd sintió que le dolía el pecho. Oyó que ya estaban repartiendo la cena. Se oía el sonido de las bandejas y cómo los pacientes daban las gracias. El aroma de la comida invadió toda la sala.

El odiaba ese lugar. El aspecto, el olor… La culpa… Se le aceleró el corazón y sintió la necesidad de escapar. Se aclaró la garganta e intentó sonreír.

—Bueno, cuídate.

—Lo intentaré. Y gracias por traerme algo de comida de verdad. Estaba divina.

—De nada —volvió a sonreír y se marchó. Rápidamente. Cuando llegó al ascensor, ya se había convencido de que no iba a volver a visitarla nunca más.

Capítulo Cinco

Boyd se despertó con un sobresalto. Tenía el corazón alterado y el cuerpo húmedo. Incluso a pesar de tener los ojos muy abiertos, le llevó un rato darse cuenta de que estaba en su cuarto, tumbado boca abajo sobre la cama y agarrando con un brazo la almohada.

Era de noche, pero pudo entrever a través de la ventana que había luna llena. Echó un vistazo al reloj. Llevaba cuatro horas acostado. Desde las doce.

No sabía cuánto tiempo había estado soñando, pero lo que sí sabía era que había estado haciendo el amor a Stacy Patterson en ese sueño. Por eso se encontraba todavía tan excitado.

Eso no lo sorprendió, ya que se había ido a la cama pensando en ella. Preguntándose si su piel sería tan suave como parecía. Recordando el contacto de sus pechos contra él, mientras la abrazaba. Pechos cálidos y delicados, perfectamente formados, con los pezones duros y pequeños, que él se moría por chupar. Pechos que ya olían a miel y que debían de ser muy dulces.

En el sueño, ella había gemido al acercar él la boca a uno de sus pezones hinchados. Y al levantar la cabeza, pudo ver que había dibujada una sonrisa en sus labios y que sus increíbles ojos verdes delataban un deseo tan intenso como el suyo propio.

Sólo de recordarlo se estremecía más y más, de modo que apenas podía soportar la presión. Sentía esa clase de necesidad que va más allá de lo físico y que afecta al alma de los hombres y que sólo se puede calmar cuando una parte de ellos se encuentra dentro de la mujer amada.

Luego recordó cómo se habían besado en el sueño. Al principio, la boca de ella se había mostrado vulnerable y dubitativa, pero después del primer contacto con la lengua de él, su boca se volvió

cálida y sedienta de la suya.

Se le escapó un gemido mientras se tumbaba de lado, intentando disminuir la presión de sus costados. Pero eso fue peor, debido a la fricción de la carne rígida contra las sábanas. Todavía saboreando el beso, cerró los ojos y se obligó a seguir durmiendo.

Por primera vez, desde sus tiempos de adolescente, Boyd se quedó durmiendo más de la cuenta. Eran ya casi las siete y media cuando salió de la ducha. Mientras se dirigía a su cuarto, repasó, como era su costumbre, los detalles de lo que tenía que hacer ese día. Y para cuando había terminado el plan de acción ya estaba vestido, había cubierto las sábanas revueltas de la cama con el edredón y se había tomado una taza del café que había preparado la noche anterior.

Después de mirar el reloj de la cocina, decidió que no había tiempo para desayunar. Y después de enjuagar la taza volvió a mirarlo, prometiendo que estaría trabajando a las ocho y cuarto, con cuarenta y cinco minutos de retraso. No estaba mal, se dijo a sí mismo mientras agarraba un plátano. Aunque llegar tarde a trabajar no le convenía en absoluto. La única manera de forjarse una buena reputación como carpintero era haciendo feliz a la gente. Yeso era imprescindible para pagar las facturas del préstamo que había pedido para pagarse los estudios como médico.

Después de que hubiera pagado sus deudas quería marcharse hacia el sur. Quizá a California o a Méjico o a cualquier sitio donde no lloviera durante nueve meses al año. A cualquier sitio que no le recordara continuamente su pasado.

Mill Works Ridge parecía desierto cuando salió por la puerta de atrás para buscar su camión. Ya no llovía, pero el cielo todavía estaba oscuro hacia el oeste.

Prudy salió corriendo de su casa, cubierta con una capa roja para la lluvia y tan pronto como lo vio, se dirigió hacia él.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo con un tono de voz excitado. Boyd, al ver cierta tensión en el rostro de ella, pensó en Stacy y sintió que lo invadía un miedo frío.

—¿Algún problema? —pudo preguntar, con un tono asombrosamente tranquilo.

—Ha habido un accidente en la cuatrocientos cinco. Un camión patinó, chocándose contra una furgoneta.

Al principio se tranquilizó al enterarse de que Stacy estaba fuera de peligro, pero luego sintió un ataque de pavor.

—¿Algún herido? —él ya sabía la respuesta. Lo único que esperaba era que la furgoneta no estuviera llena de niños.

—Muchos. Especialmente en el autobús. Suerte que estaba de guardia.

—No me vengas con ésas. Habrías ido de todos modos.

—¿Y tú no? —preguntó ella, enojada.

El se acordó de la última vez que estuvo de guardia.

—¿Y qué favor quieres que te haga? —preguntó en un tono de voz más brusco de lo que hubiera querido.

Prudy no pareció notar la tensión en su voz. Se metió la mano en el bolsillo de la gabardina y sacó un papel.

—Le prometí a Stacy Patterson que me pasaría por su apartamento a recoger algunas cosas que me pidió.

—¿Qué ocurrió con el vecino de abajo?

—Por lo que parece, no pudo localizarlo —dijo, dándole el papel —. Aquí está la dirección y la lista de cosas que ella necesita. Su apartamento es el único que hay en el segundo piso.

Boyd quería negarse. Pero en vez de eso, se metió el papel en el bolsillo y se dirigió junto a Prudy a por el camión.

—¿Cómo está ella?

—Está bien, dada su situación. Sus suegros estuvieron ayer en el hospital para reclamar el cuerpo de su hijo. Luego visitaron a Stacy durante media hora y la acusaron de ser la causante de la muerte de su precioso hijo.

Boyd hizo un breve comentario acerca de lo que pensaba de los Patterson y Prudy asintió.

—¿Sabes cuándo piensa darle el alta Jarrod? —preguntó Boyd, mientras llegaban a sus plazas de aparcamiento contiguas.

—Pasado mañana, si sigue mejorando.

«Si», pensó mientras abría la puerta a Prudy de su viejo Volvo. Sólo Dios sabía cómo odiaba esos «síes».

La casa de ella estaba en el casco antiguo de la ciudad. Y algunos edificios atestiguaban su edad. La casa enfrente de la de Stacy parecía a punto de derrumbarse.

Boyd aparcó enfrente de una valla destartalada y entró a la casa, subiendo los viejos escalones de dos en dos. Al llegar arriba vio que el buzón estaba lleno. Casi todo era publicidad. Aún así, agarró todo y entró al apartamento.

Este estaba formado por una habitación grande con la cocina a un extremo y lo que debía ser un baño adjunto al otro.

Las paredes tenían un aspecto desastroso. La casa olía a pintura fresca. Stacy debía haber Pintado recientemente, sólo que debía haberlo hecho sobre la pintura antigua y el resultado era una masa grumosa que no tenía muy buen aspecto. Los muebles eran escasos y muy viejos.

Boyd se dirigió a la cocina y vio un cubo de pintura amarilla sobre un periódico. Las paredes estaban a medio pintar. Seguramente, Stacy debía de haber estado pintándolas el día del accidente y por eso sus ropas y cara estaban manchadas de pintura amarilla.

Boyd se conmovió ante el vano intento de ella de mejorar el aspecto de esa casa. Presintió que con tiempo, pintura e imaginación habría conseguido dejarla brillante como un día de sol.

Echó un vistazo a la lista para ver qué tenía que llevarse. Vio que estaba escrita con una letra perfecta, como sólo podía tenerla una maestra. Le recordó a sus tiempos de escolar con esas aulas llenas de polvo y las tardes interminables, en las que él deseaba estar fuera, a la luz del sol. Pero su maestra tenía una voz chillona que utilizaba a la más mínima muestra de rebeldía por parte de sus alumnos. No como Stacy, que tenía una voz suave y grave quizá demasiado para una chica tan menuda.

Volvió a la habitación y buscó una maleta. Encontró una dentro del armario y la llevó al sofá_ Luego miró la lista y vio que tenía que llevar ropa interior. Se dirigió al armario y abrió un cajón lleno de braguitas y sujetadores. Las prendas eran todas blancas. Boyd sintió el aroma provocativo que desprendía la ropa íntima. Era un aroma que despertaba sus fantasías y deseos. Pero para un hombre que había estado tanto tiempo solo, eso suponía una tortura insoportable. Agarró varios conjuntos y los colocó en la maleta.

Luego se acercó a un escritorio sobre el que podía verse una foto de Stacy en bañador de cuando debía de tener unos diecinueve años. Le conmovió la frescura de sus rasgos. Estaba guapísima y

muy natural. No intentaba parecer provocativa y aún así lo era. Boyd comenzó a pensar en lo que sería tener ese pequeño y delicado cuerpo entre sus brazos.

¿Y luego qué, MacAuley? ¿Le explicarías que lo único que te interesaba era el sexo? ¿Un romance intenso, tras el que os despediríais para no volver a veros? No, eso no estaría bien para ella. Especialmente, después de todo lo que había pasado.

Se dio la vuelta, disgustado consigo mismo, y se dirigió de nuevo al armario. Allí vio dos camisones. Uno largo y de franela y el otro corto y de seda. Se la imaginó con ambos y eligió el corto. Y no porque se la hubiera imaginado con el camisón corto, dejando entrever sus pechos y sus muslos, sino porque la franela no era adecuada para el calor que hacía ya.

Decidió que debía ir más deprisa. Encontró un albornoz blanco, que ella quería, colgado tras la puerta del cuarto de baño. Allí encontró también los útiles de baño que ella necesitaba y lo metió todo a la maleta. Revisó una vez más la lista. Metió un bolso, que encontró en la cocina, y el correo en la maleta y la cerró.

Salió del apartamento y echó la llave a la puerta, aunque era tan delgada que suponía poco más que una barrera contra el viento. Bajó las escaleras y se encontró a un hombre gordo husmeando de un modo sospechoso en su camión.

—¿Puedo hacer algo por usted, amigo? —le preguntó Boyd. El hombre se giró y le clavó sus ojos oscuros y duros.

—¿Es suyo este trasto?

—Eso creo.

El hombre se lo quedó mirando un momento. Luego hizo un gesto, señalando un letrero que había colgado en la pared que había a la izquierda.

—¿Es que no ha leído que este sitio es sólo para residentes?

—Lo siento. Pensé que este aparcamiento correspondía al apartamento de ahí arriba.

—Así es. Pero usted no vive ahí.

—Bueno, no pasa nada. Ya me voy —Boyd dejó la maleta en la parte trasera del camión y abrió la puerta del conductor.

—¿Es usted amigo de la señora Patterson?

—Puede ser. ¿Quiere saberlo por algún motivo en especial?

—Sí. Quiero saberlo porque esta casa es mía y no quiero que

nadie ande robando a mis inquilinos. A pesar de que, como en el caso de la señora Patterson, no haya mucho que robar.

Boyd pensó en la casa ruinosa y en los intentos de Stacy de convertirla en un sitio habitable. Había tenido suerte de que no entrara nadie a robar. O de que el animal que tenía delante no hubiera vendido sus cosas, después de denunciar que se las habían robado.

—Le diré a la señora Patterson que está usted vigilando sus pertenencias.

El casero de Stacy no dio importancia al tono irónico de Boyd o quizá estaba demasiado borracho para notarlo.

—Y si usted no es un ladrón, ¿por que se lleva eso? —preguntó, señalando la maleta.

—La señora Patterson está en el hospital y necesita esas cosas.

—¿Va a deshacerse del bebé? —preguntó, echando una carcajada—. Sabía que tarde o temprano lo haría.

—Pues se equivoca —Boyd tuvo que recordarse que ya habían pasado sus días de pelearse—. La señora Patterson se vio envuelta en un accidente.

—No me sorprende nada oír eso por el modo en el que conducía su amigo. El muy canalla casi golpea mi camión al salir. Me dieron ganas de denunciarlo.

—¿Y no pensó que la señora Patterson podía estar en peligro?

—No soy ningún cotilla —contestó, encogiéndose de hombros.

—Me aseguraré de decirle lo mucho que se preocupa por ella —dijo Boyd, subiéndose al camión.

—Sí, muy bien, pero antes dígale que me tiene que pagar el alquiler por mucho accidente que haya tenido.

—Ya veo que la compasión no es su fuerte —Boyd dio un portazo y giró la llave de contacto.

El hombre dijo algo que no pudo oír debido al ruido del motor.

—Yo también estoy encantado de haberle conocido —dijo Boyd, metiendo la marcha atrás. Y sintiéndose casi decepcionado cuando ese bastardo se apartó de su camino.

Eran cerca de las seis y media cuando Boyd salió del ascensor frente a la sala de enfermeras. No reconoció a la mujer vestida con

una bata rosa que estaba trabajando con el ordenador ni al chico interno con grandes ojeras que estaba tomando una taza de café.

Boyd se acordó de sus años de interno, en los que trabajaba mucho y cobraba poco. Viendo frustradas sus esperanzas, albergadas durante los últimos años de la carrera, cuando pensaba que por fin iba a ver recompensado su esfuerzo. Boyd deseó que al menos el chico hubiera dado con una mujer que no fuera como Karen.

Kerwin Waverly, su padre la abrió una cuenta a su nombre cuando se casaron. Pero ella se gastaba todo el dinero en caprichos. Y Boyd llegaba a casa hambriento y cansado, deseando salir de esa vida que lo convertía en poco más que un robot.

Él había aceptado la casa de Mill Works Ridge porque a su mujer le encantaba el lugar y porque el trabajo de restauración podría hacerlo Boyd, como modo de pagar su parte por la casa.

Pero más tarde se llevó un gran disgusto al enterarse de que Karen había decidido cambiar su viejo coche por un deportivo, que consumía la gasolina como si fuera agua. Después del accidente, él donó el dinero de la herencia para un centro de acogida de vagabundos.

La puerta del cuarto de Stacy estaba abierta y se encontró con que ella estaba levantada, mirando por la ventana. Era la primera vez que la veía de pie.

Aunque estaba todavía demasiado delgada, su barriga había aumentado durante la semana que había pasado en el hospital y también sus pechos parecían más llenos bajo la enorme bata del hospital. Le recordó a una diosa de la fertilidad que había visto en una revista.

Se acordó de nuevo del camisón de seda que había metido en la maleta. Antes de que lo pudiera evitar, comenzó a imaginarla con él puesto.

Apretando los dientes, llamó a la puerta y se fijó en la sorpresa de ella. Los cardenales casi habían desaparecido, aunque todavía podía verse cierta preocupación en sus maravillosos ojos verdes y su piel estaba demasiado pálida.

—He estado observando a un pájaro, que creo que es una hembra cuidando a sus polluelos porque no deja acercarse a ningún otro pájaro a menos de diez pies. Incluso hace pocos minutos

consiguió asustar a un pájaro el doble de grande que ella…

Debía de parecerse a esa mujer pálida y pequeña, con un corazón de fuego, que Boyd tenía frente a él.

—¿Y dónde estaba el papá durante la refriega? —preguntó él, con una sonrisa en los labios.

—Me temo que debe ser una madre soltera.

—Me parece que eso empieza a ser bastante habitual últimamente —dijo Boyd, dirigiéndose al armario metálico que había al fondo de la habitación.

—Oye, eso que llevas ahí parece mi maleta.

—Es probable. Porque es tu maleta. Dentro van tu bolso y el correo.

—¿Estuviste con Prudy en mi apartamento? —dijo ella, frunciendo el ceño. Y él sintió cierta culpabilidad como si hubiera hecho algo inadecuado.

—Prudy tenía que trabajar. Me pidió que la ayudara —explicó, mientras dejaba la maleta en el armario—. He metido todo lo que apuntaste en la lista.

Stacy le dio las gracias y pensó en esas enormes manos masculinas tocando sus braguitas y sujetadores, que ningún otro hombre había ni siquiera visto. Igual que ningún otro hombre había tocado su vientre hinchado. Se le saltaron las lágrimas al acordarse de la delicadeza con la que la había tratado después del accidente.

—¡Maldita sea, juré que esto no sucedería! —murmuró ella, mientras las lágrimas comenzaban a fluir.

Boyd se acercó hasta ella y sin saber muy bien qué hacer, comenzó a secarle las lágrimas con su mano. La piel de ella parecía de seda bajo sus dedos. Un deseo incontenible lo invadió.

—Stacy… —su voz se convirtió en un gemido y sin poder resistirse, la besó. Él sintió la boca trémula de ella contra la suya.

Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo resistirse, y la abrazó con fuerza, sintiendo su vientre hinchado y sus pechos suaves y calientes contra él. Ella colaboraba, y Boyd, al darse cuenta, sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Y sintió que ese beso le hacía renacer. Su cabeza daba vueltas. Esa mujer no era su esposa ni tampoco su amante y ni siquiera alguien a quien conociera bien.

Pero sus labios eran suaves y su sabor era dulce. Stacy se había

acercado a él de un modo que ninguna otra mujer lo había hecho. Sus ojos, sus labios y la forma de temblarle la barbilla, ante todos los problemas que tenía…

Él no sabía cómo manejar esa situación. No quería ofrecerle su ayuda. Lo que le movía era la necesidad de tumbarla sobre esa cama dura del hospital y quitarle la bata para hacerle el amor. Pero ella no necesitaba un amante, sino un amigo.

Capítulo Seis

—¡Maldita sea, todavía está torcido! —murmuró Boyd, echándose hacia atrás, con las tijeras en la mano, para ver el resultado de cuatro horas de trabajo.

El borde del seto, que en el comienzo tenía la altura de sus hombros, había sido reducido a una altura más manejable y la parte de arriba estaba tan lisa como una pista de aterrizaje. Se agachó y vio algunos bultos que no deberían estar. Y estaba peor en el lado del jardín de Prudy, donde aquellas flores grandes que tanto le gustaban quedaban pegadas a los arbustos como copos de nieve rosas y azules.

Se acordó del ramo que le regaló a Stacy.

Miró los capullos con el ceño fruncido, tratando de no pensar en los labios rosados que habían formado una maravillosa sonrisa de sorpresa y agradecimiento.

Las palabras que había soltado procedían de sus días de adolescente, cuando vivía en los bares de aquella pequeña ciudad en la montaña donde había crecido. La dureza de la maldición no ayudaba. Seguía sintiéndose un canalla.

Ver el apartamento donde Stacy había vivido, tocar sus cosas, le había hecho dar un paso más hacia la intimidad que no quería. Y aun queriéndolo, sería algo que no podría manejar.

¿No se había pasado tres años evitando relacionarse con otras personas? Y lo había conseguido, era un experto. Su vida era predecible, sus decisiones limitadas por su propio deseo. Las únicas responsabilidades que aceptaba se referían a su trabajo. Si cometía un error en el trabajo, asumía la responsabilidad con filosofía y buscaba otro. Si calculaba mal el tiempo que le llevaría terminar un proyecto, trabajaba horas extras sin dinero extra, para terminarlo a

tiempo. Si, cometía un fallo, cualquier fallo, pagaba el precio. El y nadie más que él.

No quería una mujer en su vida. Especialmente una mujer con ojos verdes llenos de dolor y una boca sensual. No quería admirarla ni preocuparse porque vivía sola en un apartamento barato. ¡Tampoco la quería encontrar sensual ni atractiva o misteriosa! Y por supuesto, no quería volver a soñar con ella.

Era demasiado fácil preocuparse por una mujer cuando siempre había estado en su mente, demasiado fácil sentirse unido a alguien que llenaba tus sueños tan intensamente que despertabas bruscamente lleno de anhelo. Un hombre toma decisiones equivocadas cuando permite que su cuerpo controle su mente.

Veinte minutos después había llegado al final del seto y estaba a punto de dar por finalizado el día cuando oyó el Volvo de Prudy aparcar a su lado.

Prudy apagó el motor, pensando en que sólo Boyd era capaz de trabajar en el jardín en uno de los días más calurosos del año. Ella sabía que a Boyd le gustaba castigarse con situaciones difíciles.

Deseaba decirle que eso no iba a ayudarlo. Los recuerdos seguirían allí cuando su cuerpo estuviera al borde de la extenuación y su mente no pudiera apenas pensar. Los recuerdos nunca desaparecían por completo, nunca se podían enterrar a una profundidad suficiente.

—Juro que mañana lo primero que haré será presentar mi despido —declaró, después de cerrar la puerta del coche—. Incluso trabajar contigo sería más satisfactorio que ese hospital.

—¿Por qué dices incluso? —preguntó Boyd, provocador, estirando los músculos de su espalda cansada.

Ella esquivó la carretilla llena de recortes y se unió a él, observando la línea recta de plantas.

—Te quiero mucho, Boyd, pero como jefe serías una pesadilla.

—Eso quiere decir que no me pedirás que te ayude a reformar tu cocina.

—¿Te he pedido ayuda?

—No hace falta que la pidas. Recuerdo el suelo que pusiste el año pasado. Perdón, el suelo que yo puse después de que estuvieras a punto de cortar un buen trozo con la segadora que yo te presté.

Prudy tomó un capullo truncado de color rosa y lo miró con

tristeza.

—Espero que Stacy no esté esperando otro ramo, porque parece que no has dejado suficientes flores ni para llenar un jarrón.

Boyd se puso nervioso. Tenía que haber conseguido las malditas flores en cualquier floristería.

—¿Qué tal sigue? —preguntó, como sin darle importancia.

Hacía dos días que no la iba a ver. Y se había pasado las dos últimas noches dando vueltas en su casa de mal humor.

Prudy se puso la flor detrás de la oreja y esbozó una sonrisa.

—Creo que está bien… o lo estará una vez que haya conseguido trabajo.

—¿Qué?

—Está llamando a anuncios intentando encontrar trabajo. Lo último que escuché es que sólo había conseguido algunas promesas amables.

Boyd recordó la pintura amarilla que cubría los deslucidos armarios, dando muestras de lo valiente que era aquella mujer, decidida a salir adelante a cualquier precio.

—No me dijo nada de que quisiera encontrar trabajo.

—¿Para qué? ¿Tienes trabajo que ofrecerle?

Boyd maldijo entre dientes, luego se inclinó a recoger sus herramientas. Stacy Patterson necesitaba alguien que la cuidara hasta que la hija que tanto amaba estuviera a salvo.

—Si estás pensando en ir a visitarla al hospital, no lo hagas —dijo Prudy. Él se incorporó y la miró a los ojos—, Jarrod le dio el alta ayer por la mañana.

Veinticinco minutos después Boyd subía las escaleras del apartamento de Stacy. Luego, tomando aire, levantó el puño para llamar a la puerta. Cuando ella no contestó, llamó más fuerte. Al ver que no abría, agarró el tirador e intentó moverlo. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Stacy? Abre la puerta. Soy Boyd.

Una voz masculina enfadada gritó una obscenidad, un minuto antes de que la puerta se abriera. El hombre que salió era delgado, iba sin afeitar y tenía ojeras. Boyd le echó unos veinticinco años y, por el acento, debía proceder del sur.

—Oiga, no me interesa nada de lo que venda —dijo, comenzando a cerrar la puerta.

—¿Dónde está la señora Patterson? —preguntó Boyd, con un tono de voz poco amistoso.

—Y yo qué demonios sé. Pregunta al canalla de allá. Es quien me alquiló esta pocilga ayer por la mañana.

—¿Y qué ha pasado con las cosas de la señora Patterson? ¿Su ropa y las cosas del bebé?

La mirada sorprendida del hombre fue la respuesta que Boyd necesitaba.

—Vuelve a la cama —le aconsejó, al tiempo que bajaba de dos en dos los escalones.

Cuando llegó abajo, el propietario estaba saliendo de su casa. Boyd esperó, a punto de estallar.

—¿Qué se le ha perdido, vaquero?

Boyd pensó que el hombre buscaba pelea, pero que él iba a tener paciencia hasta conseguir lo que necesitaba.

—Me llamo MacAuley. ¿Y usted?

El hombre entornó los ojos al notar el matiz educado en la voz de Boyd.

—Wattchel. Aunque no creo que sea de su incumbencia.

—Le diré, señor Wattchel, que me crié con mi abuela, que era una persona a la que le gustaba mucho la educación. No creía que se tuviera que pelear con nadie hasta que no hubiera otra elección. Tampoco creía que fuera educado pegar a alguien al que no habías sido presentado debidamente.

El hombre soltó una maldición.

—Quiero la dirección de la señora Patterson. Ahora mismo.

La respuesta de Wattchel fue grosera y bastante gráfica. Boyd decidió que no era tan paciente.

—Qué lástima, Wattchel, cuando comenzábamos a llevarnos tan bien…

Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Boyd le empujó contra el camión y le inmovilizó poniéndole un brazo en el cuello.

El hombre lo miró furioso.

—No sé de qué demonios está hablando. Yo tengo un negocio aquí, no una casa de caridad. La señora sabía bien cuáles son las reglas. Los alquileres hay que pagarlos a tiempo. No puedo permitir que mis huéspedes se retrasen con los pagos.

—¿Dónde está? —insistió Boyd, apretando más el cuello del

hombre. Cuando el pánico apareció en los ojos del hombre, Boyd aflojó.

—Está en el Motel Budget, en el este —contestó, tomando aire.

Boyd retrocedió y bajó el brazo. Como había sido muy delgado y un poco bajo hasta que terminó la universidad, solía pegar con la izquierda al estómago y con la derecha a la mandíbula, combinando ambos

golpes con suma rapidez. Pegó a Wattchel como cualquier delincuente, con brutalidad y sin delicadeza.

Wattchel se giró y lanzó un puñetazo a la nariz de goyd, que se agachó con rapidez y le dio a Wattchel en el vientre. Este se cayó al suelo con la boca abierta y los ojos abiertos de par en par. Boyd lo miró durante unos segundos para asegurarse de que sólo estaba atontado por el golpe y se dirigió apresuradamente a su camión. Sólo cuando agarró el volante se fijó en que se había roto tres nudillos de la mano derecha.

A pesar del nudo que tenía en el estómago, Stacy sabía que tenía que comer. Por Tory y por ella misma. Pero después de pagar al taxista que la llevó del hospital a su apartamento y luego al motel, tras la discusión humillante con el propietario del apartamento, no tenía suficiente dinero ni para un cartón de leche.

Cansada de caminar de un lado a otro de la habitación, casi tan caliente como una sauna, se sentó en la cama desvencijada y trató de pensar. Por el momento tenía un techo donde cobijarse, una maleta de ropa y un frasco de vitaminas que Boyd le había llevado. Bueno y también tenía la factura del hospital…

Luego estaba la habitación del hotel, que era un robo. Y robar era exactamente lo que iba a tener que hacer si no conseguía rápidamente dinero. Hasta ese momento no había vislumbrado ninguna posibilidad de obtener trabajo. Tendría, por mucho que le incomodara, que pedir una ayuda al gobierno. Pero eso tendría que esperar hasta el lunes.

Mientras tanto…

Un fuerte golpe en la puerta la sobresaltó. Asustada, miró a su alrededor, pero la deslucida habitación tenía sólo una puerta y no tenía teléfono.

—¿Quién es?

—Soy Boyd. Déjame pasar.

—No conozco a ningún maldito Boyd —dijo, con el corazón palpitante, mientras abría la puerta.

El hombre al otro lado no se estaba riendo con la broma. Ni siquiera sonreía. De hecho, por la expresión violenta de sus ojos y la tensión en su boca, parecía estar furioso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber ella. —Vengo a sacarte de aquí. —¿Cómo me has encontrado? —Wattchel.

—¿Fuiste a mi apartamento? ¿Por qué? —Ni siquiera lo sé.

—Boyd…

—Recoge tus cosas. —Pero…

—No discutas conmigo, Stacy. No estoy de humor

—dijo, pasando a su lado con tanta brusquedad que ella tuvo que retroceder para apartarse.

Con una economía de movimientos que la sorprendieron en un hombre tan alto, Boyd recogió las pocas cosas que acababa de desempacar y las metió en la maleta.

—Vamos. —¿A dónde?

—A buscarte otro apartamento.

—No es necesario —dijo, pensando en su dinero. —No puedes quedarte aquí. —¿Por qué no? Está limpio. El apartó la mirada.

—¿No lees los periódicos? En esta zona han tenido lugar dos asesinatos y por lo menos una violación en lo que va de año.

Ella conocía esos datos perfectamente. —Tendré cuidado.

Él murmuró algo entre dientes antes de desaparecer dentro del cuarto de baño. En dos segundos reapareció llevando el pequeño neceser de la mujer, que metió en la maleta abierta.

—Ahora escucha, Boyd MacAuley. Éstas son todas mis posesiones.

Ignorando sus protestas, cerró la maleta.

—No te vas a quedar aquí.

Diciéndose que no podía hablarla tan bruscamente, llevó la maleta al camión y volvió. Desde la puerta le hizo un gesto.

—¿Lista?

Stacy tomó aire.

—Boyd, agradezco mucho que me quieras ayudar, pero ya te he causado demasiadas molestias.

—Eres tan cabezota como una mula —murmuró, antes de tomarla entre sus brazos.

Stacy no sabía si quería darle una bofetada o abandonarse en sus brazos. Como no podía decidir, lo llamó bruto y tirano.

El la miró divertido con sus ojos grises antes de dirigirse hacia la puerta.

—Mi bolso —dijo finalmente Stacy, al asumir que se marchaba, le gustara o no.

El la esperó pacientemente y luego la llevó al camión. Momentos después, ambos estaban sentados en el camión.

—Espera —gritó, de repente, cuando él encendió el motor—. No he pagado la habitación.

El la miró y se encogió de hombros.

—Ya me ocupé de ello cuando pregunté al encargado cuál era el numero de tu habitación. Ya me lo devolverás.

¿Cuándo? ¿Dentro de una semana? ¿De un mes? ¿Cuánto tardaría en conseguir una ayuda mensual?

—Necesito la factura —dijo, con una sonrisa que quiso ser confiada, pero que resultó algo rígida.

Sin decir nada, el hombre levantó la cadera izquierda para sacar su cartera del bolsillo trasero de los vaqueros. Ella notó entonces que sus nudillos estaban llenos de sangre seca.

Movida por una urgencia que no entendía del todo, tocó aquella mano. Él la miró.

—¿Qué ha pasado?

—Me di con una puerta en tu apartamento.

Stacy imaginó instantáneamente esa mano cerrada golpeando la mandíbula de Griff Wattchel. Sintió un enorme regocijo, seguido de un fuerte sentimiento de culpa. Sin duda Wattchel era un canalla, pero la verdad era que le había avisado de que tenía que pagar la renta puntualmente. ¿Por qué iba a hacer una excepción en su caso?

—¿Te duele?

—Sólo cuando me río —contestó él, al tiempo que sus labios duros se suavizaban, como si esperaran sonreír.

—Lo siento —murmuró, tocando la piel hinchada.

No debería haberle tocado, pensó cuando el sentimiento de gratitud se convirtió en algo mucho más primitivo. Más amenazador. Algo muy cercano al amor. Demasiado cercano.

Boyd también se alegró cuando ella apartó la mano. Se aseguró que sólo pensaba en el bienestar de ella y en el de su hija. Se dijo

que no había notado el dulce consuelo de sentir la mano de ella sobre la suya.

—La factura —dijo, dejándola en el hueco que había entre ellos.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo, metiendo de nuevo la cartera en el bolsillo.

¿Y ahora qué?, pensó Boyd, mientras arrancaba el motor.

Capítulo Siete

Stacy miró cuántos kilómetros habían recorrido. Llevaban dieciséis desde el motel. Y habían ido casi todo el tiempo en silencio. Al principio ella había intentado hablar sobre el tiempo, sobre el trabajo de Boyd, sobre el tráfico de los domingos. Boyd había contestado educadamente con monosílabos, como si estuviera preocupado. Finalmente ella había dejado de intentarlo. Después de todo estaba en su camión, de acuerdo a sus reglas.

El instinto le decía que Boyd MacAuley no era el tipo de hombre que impusiera su voluntad a nadie. ¿Por qué entonces intentaba encargarse de su vida? Frunciendo el ceño, Stacy lo observó de reojo. Boyd MacAuley, el doctor convertido en carpintero… Un hombre solitario con un corazón de oro escondido dentro de una gruesa muralla. Una formidable combinación. Un hombre impresionante.

Le ponía nerviosa y aún así le daba seguridad. El era casi un desconocido y le parecía que se conocían de toda la vida. Era como si pudiera confiar en él completamente. Como si pudiera contar con su fuerza serena y su silencio.

Y aún así, tenía miedo de estar a solas con él. No con el mismo miedo que había sentido hacia Len, pero de una manera que podía ser más peligrosa por su incapacidad para controlarlo. Como sucedía cuando pensaba en volverlo a besar.,

Era un error, lo sabía. No tenía que pensar en ello. No tenía que empezar a hacerse ilusiones ni fantasear por un par de besos y alguna que otra mirada de deseo de aquellos ojos grises.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo un poco cansada.

Estaba acostumbrada a siestas frecuentes en el hospital. Y eso

también tendría que cambiar cuando comenzara a trabajar. Lo que iba a hacer al día siguiente mismo, pensó firmemente, aunque terminara sirviendo hamburguesas.

—Si hace un poco de frío, dímelo y bajaré el aire.

—No, me sienta bien el frío.

Boyd la miró unos segundos, antes de volver a concentrarse en la carretera. Stacy cerró los ojos hasta que notó que el camión reducía la velocidad.

Intentando aumentar su atención, Stacy se incorporó y miró alrededor. Estaban en una calle que no conocía, cerca del río Columbia, descubrió poco después. El ruido suave del río daba calma al lugar.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Mill Works Ridge.

Boyd miró atentamente y luego giró por una calle de tres carriles que iba paralela al río. En la parte izquierda había un parque con juegos para niños. Aunque se apreciaba la similitud de las viviendas, cada una tenía su propia personalidad y encanto. Stacy se dijo que sería feliz viviendo en una de ellas. Pero faltaba mucho tiempo hasta que ella pudiera pagar algo que no fuera un pequeño apartamento.

—Había un molino donde ahora está ese centro comercial —explicó Boyd, al ver que Stacy miraba con curiosidad—. Chester Waverly construyó dos docenas de casas para sus empleados a lo largo de esta calle. Sólo quedan seis.

¿Waverly? Stacy frunció el ceño, tratando de recordar dónde había oído aquel nombre. Luego recordó que se lo había mencionado Prudy, cuando habían estado hablando de la mujer de Boyd.

«Ella era de la familia Waverly».

Stacy se mordió los labios y lanzó a Boyd una mirada suspicaz.

—No veo edificios de apartamentos —dijo, cuando él la miró.

Boyd llevaba unas gafas de sol de aviador y su bronceada mandíbula mostraba una barba de varios días. —Este barrio es de viviendas unifamiliares. —¿No será una de estas casas tuya? —Así es.

—¿Es donde vamos? —Sí —contestó.

Stacy creyó detectar cierto rubor en las mejillas del hombre. Ella

frunció el ceño y se miró las manos. —Es curioso, no recuerdo haber aceptado tu invitación.

—No esperes cuatro estrellas —contestó él—. Incluso tres serían demasiadas.

Stacy reprimió una sonrisa. Él estaba lamentando haber ido en su rescate y en ese momento no sabía qué hacer con la viuda. «Pobre Boyd», pensó, «más generoso de lo que querría». Y el mejor hombre que había conocido.

—Lo siento, pero no acostumbro a bajar de tres estrellas. Tendrás que llevarme de nuevo al motel. Boyd vio la risa, que brillaba como el agua del río, en sus ojos verdes y sintió que algo en su interior se rompía. Esa mujer estaba en una situación dura y todavía tenía ganas de reír. Él llevaba años sin reírse.

Se había estado lamentado de su suerte demasiado, pensó, volviendo a concentrarse en la carretera.

—Lo siento, este taxi sólo va en una dirección. Stacy rió suavemente, casi con tristeza.

—Por lo menos no se choca contra los árboles. —¿Te vienen malos recuerdos? —Algunos.

Por el rabillo del ojo, Boyd vio que ella se tocaba el vientre y luego apartaba la mano.

—Siempre he oído que el tiempo ayuda a cicatrizar las heridas —murmuró Stacy, tras unos segundos de silencio.

Llegaron al aparcamiento, que Boyd compartía con Prudy, y apagó el motor, después de aparcar el camión junto al coche de la enfermera.

Luego miró a Stacy, que miró nerviosa al coche, antes de mirar de nuevo a Boyd.

—Las enfermeras se lo hacen por turnos —dijo Stacy.

—¿Perdón?

—La pegatina del parachoques. En el Volvo. Seguro que es el coche de Prudy.

Boyd asintió, pensando que ella se sentía más segura con él sabiendo que Prudy estaba en la puerta de al lado. Menos mal que no podía leer en sus pensamientos, ni entrar en sus sueños, decidió el hombre, mientras bajaba del camión.

Stacy dio un suspiro profundo antes de quitarse el cinturón. Los acontecimientos del día la habían fatigado y se movía torpemente.

Necesitaba una bebida muy fría y una siesta, aunque sabía que no podría quedarse en casa de Boyd por mucho tiempo. Si se prolongaba, sería como aceptar caridad y eso hería su orgullo. Le costó trabajo bajarse del camión y Boyd la ayudó. La agarró con sus manos fuertes y calientes, que colocó sobre sus costillas, sólo unos milímetros debajo de sus senos hinchados.

Por un segundo sus ojos se encontraron frente a frente. Los de él eran de un gris profundo con motitas plateadas y tan oscuras como una tormenta. Y su boca, cerca de la de ella, era tan suave que la hacía estremecerse. La boca se curvó un segundo y luego volvió a tensarse, antes de dejarla en el suelo suavemente. Distraída, no se dio cuenta de poner el peso en el tobillo sano, y no pudo reprimir un grito de dolor.

Entonces se encontró de nuevo en sus brazos, contra el pecho sólido y ancho de él. Su cuello bronceado olía a jabón. Boyd dijo algo en voz baja y se dirigió hacia la casa con pasos largos y seguros.

La llevaba con facilidad, sin apenas alterar la respiración. Ella reprimió a duras penas la tentación de abandonarse en su calor. Pero sería peligroso. Sería demasiado fácil depender de su fuerza, y demasiado fácil enamorarse.

La palabra «amor» flotó un instante en la mente de Stacy, haciéndola estremecerse. Era imposible, protestó en silencio. Estaba confundiendo gratitud con… cariño. Era normal. Boyd había estado a su lado cuando ella más sola y asustada se sentía. Su mano grande y dura había agarrado la suya para darle fuerzas. Ella se había sentido a salvo, protegida, adorada…

Parpadeó y se estiró. Otra vez estaba acercándose a la fantasía.

—Puedo caminar —protestó, contra su hombro.

—Cállate —su voz fue casi un gruñido, aunque ella presintió que su rabia se dirigía hacía sí mismo.

Stacy reconoció su frustración. Ella había sentido bastante en el pasado como para no saberla reconocer.

Si había suerte, faltaban sólo seis semanas hasta que Tory naciera. Dio un suspiro y trató de ignorar el dolor que sentía en la sien. Los dolores de cabeza que había sufrido en el hospital habían ido disminuyendo su frecuencia, aunque no su intensidad. El doctor Jarrod le había aconsejado mucho descanso y nada de situaciones

agitadas. Aunque no le había explicado como hacerlo con cuarenta centavos en la cartera.

Cuando Boyd subió los tres escalones que iban al porche trasero, Stacy había conseguido controlarse perfectamente. El hombre la sostuvo con un brazo, mientras con el otro metía la llave en la cerradura.

Stacy sintió los músculos flexibles y fuertes y pensó de nuevo en el ancho pecho bronceado, cubierto de vello rubio que había visto desde la ventanilla del coche de su marido. Es extraño los detalles que la mente selecciona, pensó, mientras él abría la puerta.

El interior de la casa estaba muy fresca, lo cual era un alivio con aquel sol brillante. Stacy creyó ver paredes amarillas y electrodomésticos blancos, mientras era llevada a través de la cocina hacia el salón. Suavemente y sin ningún esfuerzo, la depositó en el sofá mullido de color crema. Las manos de él se apartaron de su cuerpo despacio, como si no quisiera dejarla marchar. Ella a su vez, sintió un estremecimiento.

—Siéntate mientras voy a por tus cosas —ordenó—. Luego negociaremos.

Dicho lo cual salió de la habitación, antes de que ella pudiera pensar en una respuesta adecuada.

¿Negociar qué? Se preguntó. ¿Un trato? ¿Un préstamo? ¿En tu casa o en la mía?

En su casa, por supuesto, pero sólo momentáneamente, pensó con una mueca cansada, mirando a su alrededor. Ella esperaba… ¿Qué? ¿Desorden? ¿Muebles feos? ¿La guarida de un hombre? «Incluso tres estrellas serían demasiadas».

Sin embargo, Stacy se sorprendió al encontrarse en un sereno oasis de tonos azules y cremas, con toques de gris metálico y malva. Una habitación que se acercaba a la elegancia clásica, incluso en aquella casa tan pequeña. Mirara donde mirara veía perfección: candelabros de plata pesada y adornada que deberían de ser muy antiguos y probablemente muy valiosos. Alfombras de felpa y grabados con firmas conocidas y el signo de sus limitadas ediciones.

Un espacio brillante y lustroso para un hombre que llegaba con serrín en el cabello. Una casa que, se daba cuenta con tristeza, debió de haber sido creada para su esposa. Prudy lo había mencionado.

Sintiéndose extraña y fuera de lugar en una habitación que muy bien podría aparecer en una revista de decoración, Stacy imaginó a Karen MacAuley como una mujer esbelta, deslizándose por la vida en un coche lujoso. Su cabello rubio recogido artísticamente y sus ojos azules reflejando la confianza que la belleza y el dinero llevan implícitos. La hija de un hombre rico. La esposa de un doctor. Tan perfecta como la casa que había creado. Y después de todo, nada de aquello tuvo la más mínima importancia.

Stacy no pudo evitar sentir cierto cariño por la mujer que nunca conocería. Y por el hombre solitario que había mantenido la casa exactamente como ella la había dejado.

Cerrando los ojos, se permitió recordar los días vacíos y las noches inquietas que había pasado cuando los doctores le revelaron que el hombre al que había amado y que había sido su marido había desaparecido para siempre. Aunque su locura le había encerrado en una cárcel tan dura como la tumba y le había convertido en un desconocido peligroso.

Los amigos de ella siempre la habían ayudado. Los compañeros de la escuela o las esposas de los compañeros de Len. La habían ayudado en cada doloroso paso, soportando su llanto, abrazándola cuando gritaba de impotencia, escuchándola con infinita paciencia mientras ella rememoraba los años maravillosos con su marido.

Según Prudy, Boyd simplemente se había encerrado en sí mismo. Cumplía penitencia sobreviviendo sin alegría, sin amor…

Stacy frunció el ceño y el dolor explotó en su cabeza, antes de pasar a convertirse en un martilleo agonizante. Mordiéndose el labio para no gemir, buscó en su bolso el frasco de analgésicos que el doctor Jarrod había insistido en recetarle después de convencerla de que no iban a perjudicar a Tory.

La visión le disminuía con cada aumento de la intensidad del dolor, con lo cual no era capaz de destapar el frasco. Impotente y luchando contra una repentina náusea, cerró los ojos; confiando en poder así aclarar la vista. Los abrió cuando una mano fuerte se cerró sobre ella.

—¿Por qué no me has llamado, Stacy? —su voz fue seca, pero la mujer pudo notar el pánico en ella. Estaba asustado.

Ella intentó sonreír, pero en vez de ello sólo pudo parpadear. El hombre se puso pálido y quedaron al descubierto en su rostro arrugas que el bronceado escondía.

—¿Estás con dolores de parto? Cuánto…

—No, me duele la cabeza —murmuró.

Boyd murmuró algo grosero, luego se disculpó.

Tomó el frasco y giró la tapa.

—Al hombre que inventó estos malditos tapones deberían de… —declaró ella.

Boyd leyó la dosis en alto y se puso dos píldoras en la palma de la mano.

—¿Cómo sabes que fue un hombre? —preguntó, mientras tapaba el bote y se lo dejaba en el sofá.

—Tiene que ser.

Él tomó la mano de ella, le puso la palma boca arriba y las dos píldoras en ella.

—Guárdalas mientras yo te traigo agua.

Stacy cerró los ojos debido al dolor y obedeció.

Cuando él volvió, la encontró inmóvil, con el rostro pálido por el dolor y los labios apretados. La respiración de Boyd se tornó entrecortada, su rabia hacia Luke Jarrod se podía leer en ella. Ese hombre no debería de haberle dado el alta, aunque la compañía de seguros le hubiera dicho lo contrario.

—Stacy, abre la mano, cariño —dijo, haciendo un esfuerzo por disimular la rabia.

Ya la descargaría cuando se encontrara cara a cara con Jarrod.

—Métetelas en la boca —ordenó suavemente.

Ella separó los labios para él. Sus largas pestañas se movieron hacia arriba, descubriendo unos ojos opacos debido al dolor.

Le dio el vaso de agua y ella bebió ávidamente, agarrando la mano de él, como para encontrar apoyo.

—Termínalo.

—Voy a vomitar —musitó ella, humedeciéndose los labios, dejándolos brillantes y apetecibles.

Boyd reprimió un gemido. Era un canalla por tener pensamientos eróticos sobre lenguas y labios mientras Stacy estaba sufriendo tanto.

—Maldito Jarrod —murmuró, al tomar el vaso de agua.

Pero sabía que Luke era un doctor magnífico, cuidadoso y responsable. Stacy había tenido la mejor asistencia médica y ahora sólo necesitaba descansar.

—Tranquila, cariño —murmuró él, sentándose a su lado con el máximo cuidado.

El cojín se hundió bajo su peso, haciendo que Stacy se desequilibrara hacia él. Le parecía tan natural como respirar y Boyd le pasó un brazo por sus hombros estrechos y la apretó contra sí.

Ella murmuró algo que él no entendió, antes de relajarse finalmente. Se sentía frágil en sus brazos, a pesar de su vientre abultado. El, por su parte, recordó un cuadro de un ángel que había visto en un museo de Nueva York, donde Karen lo llevó durante la luna de miel.

Sin pensar, le acarició el cabello, antes de peinárselo hacia atrás, para quitárselo de la cara. El cabello suave y frío se deslizó en su mano antes de caer.

Ella se agitó ligeramente, luego suspiró y se apretó un poco más contra él, como un niño que se prepara para dormir. O una mujer que da su confianza a un hombre al que apenas conoce.

Él se sintió pequeño y orgulloso a la vez. Sentimientos que sólo una vez había sentido anteriormente cuando Karen le ofreció su corazón y su inocencia en una noche lluviosa, hacía una eternidad.

No era un hombre que confiara demasiado en las segundas oportunidades. Un hombre tenía suerte si conocía el amor una vez en la vida, y mucha más suerte si ese amor era correspondido. Encontrarlo dos veces no estaba escrito en el destino. O por lo menos no en el que le habían destinado a él.

Despacio, con mucho cuidado, con la mano todavía en la cabeza de Stacy, Boyd se echó hacia atrás para apoyar la espalda en el respaldo, quedando ella en parte sobre él. El cuerpo de Boyd entonces adquirió una sensibilidad enorme. Su sangre comenzó a circular al ritmo de la respiración de ella. Entre ellos, el bebé se apretaba contra las costillas de Boyd.

Boyd cerró los ojos y rezó una oración. Pidió que se le concediera algo, aunque no creyera de verdad que le estuvieran escuchando.

«Un mes más. Un mes nada más es todo lo que pido. Da una oportunidad al bebé, ¿de acuerdo?».

«Por favor».

Capítulo Ocho

Stacy se despertó al sentir la agitación de su vientre. Con los ojos cerrados todavía, imaginó a Tory moviéndose impaciente y esbozó una sonrisa.

—Buenos días, pequeño guisante —murmuró, todavía medio dormida.

—¿Cómo te encuentras? —replicó una voz profunda.

Sorprendida, abrió los ojos y miró rápidamente hacia donde había oído la voz. Para su sorpresa, vio que no era por la mañana, sino por la tarde, aunque estaba demasiado atontada para saber cuánto tiempo había estado durmiendo. No demasiado atontada, sin embargo, para darse cuenta de que estaba en una cama extraña, en una habitación extraña y que estaba casi oscuro. La única iluminación procedía del vestíbulo. Boyd estaba de pie en la entrada, con una toalla alrededor del cuello, mirándola con sus intensos ojos grises.

Ella respiró despacio, demasiado consciente de que él llevaba solamente unos pantalones cortos de hacer gimnasia, un poco bajos de cadera, debido a que el elástico estaba dado de sí. Gastados y tan finos como la seda, el algodón no disimulaba apenas sus formas masculinas. Stacy sintió que la boca se le quedaba seca.

—Debí… de quedarme dormida.

—Está clarísimo. Me imaginé que era por el medicamento y te llevé a la cama para que durmieras mejor. Ese sofá es bonito, pero incómodo para dormir.

Ella asintió y miró a su alrededor. En contraste con el lujo del salón, el dormitorio de Boyd era de una austeridad espartana. Las paredes eran blancas y los muebles muy sencillos. Los únicos colores procedían de los libros de una estantería enorme que había

en la pared opuesta y de un precioso edredón de punto sobre la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó, al ver que la miraba con los ojos entornados.

Estaba empezando a acostumbrarse a sus miradas y sus entrecejos fruncidos. Lo hacía siempre que estaba concentrado… o molesto.

—Acaban de dar las doce.

Boyd se acercó. Por el olor que desprendía, supuso que se acababa de duchar y afeitar. Llevaba el pelo húmedo y se rizaba sobre la frente y el cuello. Su pecho estaba desnudo, a excepción del triángulo de vello rubio que lo cubría, rizándose alrededor de sus diminutos pezones, antes de convertirse en una línea sedosa que dividía su diafragma. Para llegar al ombligo, donde gotas de agua brillaban como diamantes sobre su piel bronceada. Stacy notó que agarraba la sábana con fuerza, mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—¿Qué tal la cabeza? —quiso saber.

—Todavía en su sitio.

—Es mejor que no te muevas si puedes evitarlo.

El rostro de él seguía con el ceño fruncido y parecía cansado, así como un poco tenso.

Stacy se sintió culpable y el sentimiento perduró mientras él apretaba su palma contra la frente de ella. La tocó despacio, suavemente, a pesar de que su mano era dura y rugosa. Stacy no pudo evitar preguntarse cómo sería sentirlas contra sus sensibilizados senos.

—No tienes fiebre.

—Estoy bien, de verdad —murmuró, observando la perfecta simetría de los muslos de él.

La mujer deseó tocar los rizos suaves que escapaban del borde del pantalón.

Al pensar en ello, sintió que su cara ardía y dio un suspiro hondo, para serenarse. ¡Malditas hormonas!

Si no se andaba con cuidado, haría cualquier estupidez.

Alzó los ojos y vio que él la observaba con los ojos entornados.

—¿Te apetece comer algo?

—No tengo hambre, pero mañana por la mañana seré capaz de

comerme esta almohada.

—¿No te apetecería más una papilla de avena?

—Créeme que nunca tendré tanta hambre como para comerme eso —aunque sí tendría si i}o encontraba pronto trabajo, admitió, con una repentina punzada que se asemejaba al pánico.

—¿Y un té? —insistió—. Creo que tengo alguna infusión de las que guardo para cuando Pruc1Y viene a darme sus maternales consejos.

Stacy esbozó una sonrisa e imaginó a la mujer menuda dando consejos a un hombre que era el doble de grande que ella.

—Lo único que necesito ahora es dormir sin el efecto de esas malditas píldoras.

A excepción de los zapatos, estaba completamente vestida entre las sábanas de color azul claro, pero cuando Boyd la miró, ella sintió que Se ruborizaba. Boyd no cambió la expresión de su rostro, pero Stacy sintió que el aire de repente se cargaba de tensión. Como el mar justo antes de una tormenta, pensó ella.

—No quise despertarte —dijo él, al tiempo que apartaba la vista del cuerpo de ella y la miraba a los ojos—. Karen siempre me decía que era muy poco delicado, especialmente si intentaba no hacer ruido.

Era la primera vez que mencionaba a su esposa, pero Stacy no notó más que una burla contra sí mismo.

—No te disculpes, por favor. Ésta es tu casa. Haz lo que quieras, te prometo que no me quejare-el lujo del salón, el dormitorio de Boyd era de una austeridad espartana. Las paredes eran blancas y los muebles muy sencillos. Los únicos colores procedían de los libros de una estantería enorme que había en la pared opuesta y de un precioso edredón de punto sobre la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó, al ver que la miraba con los ojos entornados.

Estaba empezando a acostumbrarse a sus miradas y sus entrecejos fruncidos. Lo hacía siempre que estaba concentrado… o molesto.

—Acaban de dar las doce.

Boyd se acercó. Por el olor que desprendía, supuso que se acababa de duchar y afeitar. Llevaba el pelo húmedo y se rizaba sobre la frente y el cuello. Su pecho estaba desnudo, a excepción del

triángulo de vello rubio que lo cubría, rizándose alrededor de sus diminutos pezones, antes de convertirse en una línea sedosa que dividía su diafragma. Para llegar al ombligo, donde gotas de agua brillaban como diamantes sobre su piel bronceada. Stacy notó que agarraba la sábana con fuerza, mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—¿Qué tal la cabeza? —quiso saber.

—Todavía en su sitio.

—Es mejor que no te muevas si puedes evitarlo.

El rostro de él seguía con el ceño fruncido y parecía cansado, así como un poco tenso.

Stacy se sintió culpable y el sentimiento perduró mientras él apretaba su palma contra la frente de ella. La tocó despacio, suavemente, a pesar de que su mano era dura y rugosa. Stacy no pudo evitar preguntarse cómo sería sentirlas contra sus sensibilizados senos.

—No tienes fiebre.

—Estoy bien, de verdad —murmuró, observando la perfecta simetría de los muslos de él.

La mujer deseó tocar los rizos suaves que escapaban del borde del pantalón.

Al pensar en ello, sintió que su cara ardía y dio un suspiro hondo, para serenarse. ¡Malditas hormonas! Si no se andaba con cuidado, haría cualquier estupidez.

Alzó los ojos y vio que él la observaba con los ojos entornados.

—¿Te apetece comer algo?

—No tengo hambre, pero mañana por la mañana seré capaz de comerme esta almohada.

—¿No te apetecería más una papilla de avena?

—Créeme que nunca tendré tanta hambre como para comerme eso —aunque sí tendría si no encontraba pronto trabajo, admitió, con una repentina punzada que se asemejaba al pánico.

—¿Y un té? —insistió—. Creo que tengo alguna infusión de las que guardo para cuando Prudy viene a darme sus maternales consejos.

Stacy esbozó una sonrisa e imaginó a la mujer menuda dando consejos a un hombre que era el doble de grande que ella.

—Lo único que necesito ahora es dormir sin el efecto de esas

malditas píldoras.

A excepción de los zapatos, estaba completamente vestida entre las sábanas de color azul claro, pero cuando Boyd la miró, ella sintió que se ruborizaba. Boyd no cambió la expresión de su rostro, pero Stacy sintió que el aire de repente se cargaba de tensión. Como el mar justo antes de una tormenta, pensó ella.

—No quise despertarte —dijo él, al tiempo que apartaba la vista del cuerpo de ella y la miraba a los ojos—. Karen siempre me decía que era muy poco delicado, especialmente si intentaba no hacer ruido.

Era la primera vez que mencionaba a su esposa, pero Stacy no notó más que una burla contra sí mismo.

—No te disculpes, por favor. Ésta es tu casa. Haz lo que quieras, te prometo que no me quejaré —la mujer se incorporó finalmente —. Lo primero que haré mañana será buscar un apartamento de alquiler.

Boyd, agarrando los extremos de la toalla que tenía alrededor del cuello, se puso rígido. Cuando se movió, los músculos lo hicieron también en una danza poderosa que fascinó a Stacy. Len era un hombre fuerte, pero Boyd tenía un cuerpo maravilloso y una fuerza controlada.

—No lo tomes a mal, pero cuando fui a tu apartamento esta tarde tu casero me dijo que no habías podido pagar el alquiler.

Stacy supo que no podía mentir.

—Admito que este mes no tenía mucho dinero. Lo que es normal después de un divorcio.

—Si necesitas ayuda…

—Tú ya me has ayudado bastante —le aseguró. Desde la enfermedad de Len, ella había perdido muchas cosas, pero el orgullo era una de las que todavía conservaba.

—Stacy, no estoy ofreciéndote caridad. Te hablo de un préstamo.

—Y yo rechazo tu oferta. Aunque te lo agradezco.

—Maldita sea, Stacy. Yo… he sido médico. Sé de sobra el daño que puede hacerte lo que acabas de pasar. Sólo hace unas horas no podías soportar el dolor. Ahora mismo tu cara no tiene más color que la pared que tienes detrás.

Stacy dio un suspiro. La rabia de él era evidente.

—Admito que estoy un poco débil, pero es a causa de las píldoras. Mañana por la mañana yo…

—Mañana por la mañana llevarás sólo tres días fuera del hospital. La mayoría de los pacientes que les ocurre lo que a ti necesitan un mes para recuperarse. Jarrod no debía de haberte dado el alta.

Stacy sintió que se ruborizaba.

—No fue culpa suya. Yo… se lo pedí —dijo, tratando de mantener la vista fija en los ojos acusadores de Boyd—. Los gastos se estaban haciendo demasiado elevados.

Iba a tener que pagar la factura del hospital durante años… y todavía estaba sin trabajo.

Él murmuró una obscenidad que la hizo parpadear.

—Es decir, que para ahorrar dinero, estás dispuesta a arriesgar la vida de tu hija.

—¡Por supuesto que no! Yo amo a Tory.

—Claro que sí, pero tienes tu orgullo, ¿verdad? Puede que no tengas un lugar donde vivir o comida, o una manta para tu hija, pero, ¡claro está!, conservas todos tus principios —el hombre hablaba muy alterado—. Tal como lo veo, sin ayuda ese bebé podrá aguantar dos semanas como mucho y estoy siendo generoso.

Stacy lo miró, incapaz de decir nada, los ojos llenos de lágrimas.

—No digas eso. No te atrevas a creerlo.

Boyd sintió una punzada en su corazón. No había querido llegar tan lejos. Pero sin saber por qué, una vez que comenzó no pudo pararse. Arrepentido por las cosas que había dicho, pero también incapaz de decirlo en alto, fue hacia la ventana y corrió las cortinas.

De niño le encantaba sentarse en el tejado que daba a su dormitorio para mirar las estrellas. Una vez las intentó contar, pero eran demasiadas. Su abuela solía decir que eran deseos que esperaban ser cumplidos. Si hubiera estrellas en ese momento, él no las podría ver.

—Karen quiso que nos quedáramos una noche más en la costa —dijo, mirando a la oscuridad—. Le encantaba el océano. Yo dije que no, que no podíamos pagar una noche más. Lo que quería decir era que yo no podía pagarla. Ella quería pagarla de su cuenta. Me negué —Boyd recordó la última y amarga discusión y todas las cosas desagradables que le dijo—. Entonces ella lloró —continuó—.

Yo le prometí que nos quedaríamos todo el día y que volveríamos por la noche a casa —Boyd sintió un nudo en la garganta—. Era una noche fría y con niebla en la que no era fácil conducir. Recuerdo intentar esquivar un ciervo y luego las luces de un coche que se chocaba contra nosotros. Karen gritaba.

Stacy notó el cambio en la voz de Boyd y se mordió los labios. Deseó decirle que dejara de torturarse a sí mismo, que no tenía por qué seguir. Pero un sexto sentido le dijo que permaneciera en silencio.

—Nos salimos de la carretera y nos caímos a un barranco. Unas zarzas nos pararon al fondo.

Boyd se quedó en silencio, agotado por los recuerdos de aquella pesadilla: su lucha por salir del coche, el camino entre las zarzas para sacar a Karen. Ella estaba aturdida, como en estado de shock y sus ojos lo miraron acusadoramente.

—Hacía frío —continuó—. Karen se disculpaba porque los dientes no le dejaban de castañetear —él la envolvió en su chaqueta y le ató la camiseta alrededor del cuello, pero era imposible detener el temblor de su cuerpo. «El bebé», gritó ella, mientras él la tomaba en brazos y la llevaba hasta la carretera, rezando por que alguien llegara pronto. Un camión, un turismo, alguien que regresara a una de aquellas casas perdidas en aquel paisaje salvaje.

Pero no llegó nadie. Nada más que una niebla helada y una carretera que no terminaba nunca. Luego le dijeron que había caminado cinco kilómetros con Karen en brazos. Kilómetros fríos, interminables. Tomó aire y trató de terminar.

—Las contracciones empezaron antes de llegar al hospital. Nunca perdió la conciencia. Luke hizo todo lo que pudo, pero era demasiado pronto.

Stacy se dio cuenta de que apenas respiraba para no hacer ruido. Por alguna razón Boyd se había abierto a ella y le había dicho algo que, sospechaba, no le había contado a nadie más. Entonces sintió un nudo en la garganta, porque se daba cuenta de que él le estaba ofreciendo algo que raras veces daba: su confianza.

—Si hubiéramos estado cerca del hospital, si Karen hubiera sido atendida inmediatamente…

Stacy se mordió el labio inferior para no gritar.

—La causa oficial de su muerte fueron las heridas provocadas

por el accidente, pero yo sé que hubo algo más —sus palabras eran casi imperceptibles, no le quedaba nada dentro, sólo lo justo para acabar la .historia—. Karen murió porque yo no me tragué mi maldito orgullo y no la dejé pagar otra noche en la costa. Eran ocho dólares, Stacy. Sólo eso.

Boyd cerró los ojos mientras su garganta intentaba luchar contra las emociones que Stacy imaginaba llevaban mucho tiempo encubiertas.

—Me despierto todas las mañanas sabiendo que maté a mi esposa y mi hijo —añadió, cuando pudo hablar de nuevo—. No quiero que tú vivas con esa angustia.

—Boyd, no fue…

Él no la dejó terminar.

—Te estoy ofreciendo un lugar hasta que te recuperes totalmente para poder luchar tú sola. Y un trabajo si quieres: que me ayudes a hacer ciertos trabajos burocráticos que he ido retrasando. Te pagaría nueve dólares a la hora, que es lo que se paga oficialmente.

Con el rostro serio, la mandíbula apretada, Boyd pasó hacia la puerta y se metió dentro de la habitación que tenía como ropero. Segundos después salió con unos vaqueros y una camisa de algodón abierta sobre el pecho. Llevaba los zapatos en una mano, una toalla azul en la otra. Con un movimiento de muñeca lanzó la toalla sobre una silla que había al otro lado de la habitación.

—¿Dónde vas? —quiso saber Stacy.

Boyd vio en su rostro la fatiga, así como las lágrimas que cubrían las mejillas.

—Tú necesitas descansar y yo necesito darme un paseo.

Abrió un cajón y sacó de él un par de calcetines. Luego se sentó para ponérselos. Cada movimiento que hacía estaba perfectamente controlado y su cuerpo delgado irradiaba tensión. Stacy sólo podía entrever la angustia que le había provocado abrir las viejas heridas.

La mujer se levantó y se acercó a él.

—Siento muchísimo lo de Karen y el bebé. Pero tienes que saber que no fue culpa tuya.

—Sí lo fue —dijo, intentando apartarse de ella, pero Stacy lo tomó del brazo.

—Yo… Estoy asustada, Boyd —admitió, temblando—. Tengo

miedo de que puedas tener razón, de que pudiera también yo perder a mi hija. Sé que debería de haberme quedado en el hospital, pero… juro que no tenía otra alternativa.

Él, sin decir nada, la abrazó y le puso la cabeza sobre su hombro. Ella cerró los ojos y descansó, mientras lo abrazaba por detrás. Boyd era sólido y caliente, una pared contra el miedo terrible.

—Ya pasó, cariño —murmuró, su aliento contra la sien de ella —. Llora si quieres, puede que te haga bien.

Ella tragó saliva y se limpió las lágrimas.

—No, no es bueno para Tory. He leído que los bebés son tan sensibles al estado de ánimo de la madre como a los estímulos físicos.

—Puede que entonces debamos hacer algo para cambiar el tuyo —replicó él, tomando su cabeza entre las manos.

Ella abrió los ojos y vio que él la estaba mirando. Los ojos de Boyd eran oscuros. Amables. Finalmente la boca de él rozó la suya.

—Déjame que cuide de ti —susurró—. Que os cuide a las dos hasta que estés lo suficientemente fuerte como para manejar tú sola tu vida —dijo, rozando de nuevo la boca de ella.

Ella saboreó la compasión. Parecía que hasta ese momento su mundo había estado dividido entre la locura de Len y las exigencias que ella misma se había impuesto de ser fuerte para proteger al bebé. Era tan agradable tener unos brazos más fuertes que los de ella donde apoyarse… Aunque sólo fuera un momento, después de todo aquel horroroso día.

Boyd por su parte sintió que ella se abandonaba en él y se dijo a sí mismo que tenía que mantener una distancia prudencial, a pesar de que algo se abría en su interior. Pero ella estaba asustada y débil, todavía posiblemente bajo el efecto de la desgracia ocurrida. Necesitaba consuelo y apoyo, no mantener relaciones sexuales con un canalla que acababa de darse una ducha fría de veinte minutos repitiéndose a sí mismo consejos sobre moral.

Había estado a punto de congelarse cuando por fin consiguió reducir la intensidad de libido. Mientras Stacy estuviera en su casa, no la tocaría. No importaba lo cálido e invitador que sintiera el cuerpo de ella contra el suyo. No importaba lo dulce que sus labios supieran.

No importaba que él no pudiera respirar adecuadamente cuando ella estaba en la misma habitación o que ella sólo tuviera que mirarlo con sus ojos verdes para que él la deseara.

Stacy todavía se estaba recuperando de un trauma y había estado a punto de perder a su hija. Si permitía que él la ayudara, tenía que mirarla como a una madre, como a una amiga.

Reprimiendo el impulso que estaba a punto de hacerle estallar de pasión, Boyd apoyó su mejilla contra el cabello de ella y la acarició con una mano que no era tan firme como hubiera deseado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó, cuando supo que podía controlar su voz.

Sonriendo, ella se apartó un poco, aunque el vientre seguía rozando el vientre de él. Con cierta inseguridad, ella subió la mano hasta su cara y dibujó su contorno y su mandíbula dura.

—Oh, Boyd, ¿cómo podré agradecerte esto? ¿Qué habría hecho sin ti?

—Ya me lo has agradecido con creces, así que no vuelvas a decirlo, ¿de acuerdo?

—Pero…

—Confía en mí, Stacy. Yo te necesito más de lo que tú me necesitas a mí.

Ella lo dudaba y así se lo dijo.

—No has visto el desorden de mi escritorio —contestó él, con una mueca.

Boyd se apartó un poco para poderla mirar a los ojos. Pero al estar de frente, sus muslos se rozaron y ella deseó abrir sus piernas para él. Entonces sintió que se ruborizaba y decidió que era simplemente una subida de estrógenos. Es la manera que tenía la madre naturaleza de empujar a una mujer hacia un hombre que podía protegerla. Evidentemente su cuerpo consideraba a Boyd como un candidato de los mejores.

—Quizá debería pedir un aumento de sueldo

—dijo, intentando soltarse.

Las manos de él no la dejaron marcharse. —Tómelo o déjelo, señora Patterson —contestó, riendo.

Ella sonrió y en ese momento se sintió rejuvenecer y capaz de cualquier cosa. Cuando estaba en los brazos de Boyd el futuro no parecía tan sombrío.

—Creo que lo aceptaré, pero sólo si dejamos una cosa clara: que no voy a acostarme en tu cama.

El hombre lanzó una mirada sobre las arrugadas sábanas.

—Si te preocupa que te esté haciendo alguna proposición extraña, olvídalo.

—Eso no es lo que quería decir —le aseguró.

El dolor de cabeza le volvía, y se sintió bruscamente muy alejada de su cuerpo—. Sé que tú… que yo… que… lo que quiero decir es que me quedaré sólo si no te saco de tu cama.

—¿Eso quiere decir que me invitas a compartirla?

—Por supuesto que no.

—¿Aunque prometa no acaparar las sábanas o hacerte cosquillas en los pies? —replicó él, en tono de broma.

Estaba tan cerca de ella, que podía ver que las pestañas de él tenían las puntas doradas y que sus ojos grises tenían motitas verdes.

—Quiero decir, creo que estaré suficientemente cómoda en el sofá —contestó con firmeza.

Él negó con la cabeza.

—Es muy estrecho para las dos. Lo más probable es que terminéis en el suelo antes de que llegue la mañana.

Boyd miró el vientre de ella. Por travesura o porque la niña estuviera de acuerdo con él, en ese momento dio una patada. Stacy parpadeó y luego dio un suspiro.

—De acuerdo, lo he entendido.

—Te ha dado una patada, ¿verdad?

Stacy sonrió.

—Una buena. Estoy empezando a pensar que va a ser futbolista —la mujer sintió otra patada y rió—. Además es una persona que le gusta la noche. Está todo el día durmiendo y quiere divertirse por la noche. He hablando con ella muy seriamente varias veces, pero no hace ningún caso.

—Parece un desafío —contestó él con voz hueca, como si estuviera todavía atrapado en algún lugar intermedio entre el presente y la pesadilla que acababa de revivir. ¿No le había dicho Prudy que el hijo que había perdido era una niña?

—¿Te… te gustaría sentirla?

Y antes de que pudiera contestar, tomó su mano y se la puso

donde descansaba el pequeño pie de Tory. El bebé respondió a la presión dando otra patada, que dio en la palma de Boyd.

Una mirada de profunda tristeza ensombreció la cara de éste. Cerró los ojos un instante y dejó caer los brazos. Antes incluso de que se apartara, Stacy supo que había traspasado una línea. Como si hubiera entrado en un día frío o en una habitación estéril.

—Boyd, lo siento —murmuró rápidamente, antes de que él se fuera—. Me debería de haber dado cuenta…

—Demasiado tarde. Necesitas dormir y yo necesito una copa.

Un segundo después él se marchó de la casa.

Se alejó de Stacy y de los intentos de ella por consolarlo.

Stacy se despertó a las cuatro en punto. Durante el último mes, en que Tory había ocupado casi todo su vientre, no había sido capaz de dejar de ir al baño como mínimo cada tres horas. Era otra de las virtudes del embarazo, se recordó, tocándose el abdomen. El cuarto de baño era la primera puerta a la derecha. Un poco más allá, en el pequeño vestíbulo, había otra puerta firmemente cerrada.

¿Sería el estudio de Boyd? Se preguntó, al cerrar la puerta. Unos minutos después retrocedió, todavía cegada por la luz del baño.

Estaba a punto de meterse de nuevo en la cama, cuando oyó un sollozo que procedía del salón. Era Boyd, que luego comenzó a murmurar incoherencias y maldiciones. Debía de estar luchando contra los demonios del pasado que había desatado en su intento de ayudarla, sospechó Stacy. Temblando por el frío de la noche, la mujer fue hacia la voz.

El salón, sumido en la oscuridad, estaba tenuemente iluminado por las luces de la calle que entraban por la ventana. Stacy extendió la mano, mientras se dirigía hacia el sofá donde Boyd estaba tumbado de espaldas. Tenía un brazo sobre el pecho y el otro colgaba sobre el suelo. Estaba de nuevo en pantalones cortos, que llevaba por debajo del ombligo.

Estaba a pocos centímetros de él, cuando se chocó con algo. Miró y vio tirado uno de los cojines del sofá. Boyd lo había tirado al suelo para hacerse más sitio en el sofá. Era evidente que no tenía suficiente espacio.

Stacy intentó tocarlo, pero él no quería su compasión. Y no sólo eso, no estaba dispuesto a que la mujer traspasara las murallas dentro de las cuales se había protegido.

Decidida, se inclinó sobre él y murmuró su nombre en voz baja. Como él no respondiera, lo llamó de nuevo, subiendo la voz. Él murmuró algo, una protesta, luego gritó. Al mismo tiempo, abrió los ojos, como si el sonido de su propia voz le hubiera sacado de sus sueños.

—¿Qué te pasa? —preguntó Boyd—. ¿Te duele la cabeza?

Stacy no recordaba haberse sentido tan emocionada hacía tiempo. Allí estaba él, con los ojos todavía atormentados por la pesadilla que ella había interrumpido, preocupado sólo por los problemas de ella. Stacy tardó unos segundos en hablar, ya que no quería que su voz traicionara sus sentimientos.

—Tenía problemas para dormir y pensé que podía hacerme una de esas infusiones que mencionaste.

—¿Un té? —preguntó, mirándola fijamente.

—Siento despertarte, pero no quería entrar en tu cocina y revolverlo todo sin tu permiso.

Él miró a la cocina, luego a ella. Stacy esbozó una sonrisa, que se apagó cuando él la tomó por los hombros.

—Yo te lo haré. Vete a la cama, aquí hace frío.

¿Frío? La habitación debía estar a treinta y cinco grados, incluso a pesar de la ventana abierta. Iba a protestar, cuando vio la firmeza en el rostro del hombre. Como le había despertado, que era lo que quería, volvió silenciosamente al dormitorio.

—Vamos —dijo él, como si estuviera hablando con una niña de cuatro años que estaba haciendo una travesura.

Pero la desesperación en sus ojos, provocada por la pesadilla, había desaparecido.

—Dos azucarillos —dijo, antes de irse al cuarto de él, donde las sábanas olían al hombre que normalmente dormía allí.

Y si tenía que beberse una infusión, cosa que siempre había odiado, por lo menos que estuviera dulce.

Capítulo Nueve

Stacy estaba soñando con una merienda en el campo en un día de primavera, junto al cuerpo de un hombre que la apretaba contra la hierba suave, cuando se despertó por un ruido apagado y una maldición.

La mujer de Boyd tenía razón. A Boyd le costaba ser una persona delicada, a pesar de que al salir del cuarto de baño pareció esforzarse para no hacer ruido.

Llevaba puesta una camiseta ceñida sobre sus músculos pectorales y los vaqueros de siempre con un solo botón abrochado.

Al ver que ella estaba despierta frunció el ceño, haciendo que aumentaran los surcos de su frente.

—Lo siento. Tenía problemas con las malditas botas.

Ella, sonriendo, permaneció inmóvil, sintiendo todavía el olor de las flores de primavera.

—No te preocupes —musitó, restregando la mejilla contra la almohada.

En su sueño aparecían el sexo, la piel y el sol, y las manos grandes de él habían estado acariciando su vientre hinchado. Sus ojos la miraban con deseo y no con la preocupación que comenzaba a relacionar con él.

Stacy dio un suspiro e intentó aclarar su visión.

—Por lo menos hace sol —declaró, sin querer abandonar la sensación de unos minutos antes.

Luego se echó el cabello hacia atrás y comenzó la trabajosa tarea de sentarse. Dio un bostezo. Siempre

le había costado mucho pasar del sueño a la vigilia, y ella tenía una tendencia a retrasarlo lo más posible. Desde el accidente y el golpe en la cabeza le costaba mucho más.

—Me imagino que necesitarás algunas cosas del mercado, así que me pasaré por aquí a mediodía y te llevaré —prometió Boyd, al tiempo que se sentaba y dejaba las botas en el suelo para ponerse la camisa.

—No te preocupes, de verdad.

Boyd se abrochó dos botones antes de meter los bordes de la camisa por el pantalón.

—Necesitarás leche y verduras frescas —continuó, como si ella no hubiera hablado—. Algún zumo…

—Boyd, no te molestes.

El la miró con impaciencia, antes de pasar a abrocharse el cinturón con aquellas manos que ella deseaba tocaran sus senos.

—Creo que Prudy está trabajando de día, así que no va a estar por aquí y no hay teléfono donde trabajo, así que… si necesitas algo, llama a urgencias. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Prometido?

—Lo prometo.

Boyd notó un cierto tono irónico en su voz y decidió no hacer caso, aunque apuntó mentalmente la compra de un teléfono móvil en su lista. Con la boca tensa, se abrochó el cinturón y se puso las botas, consciente de que Stacy había subido las rodillas y apoyaba en ellas su barbilla, mirándolo con una mezcla de curiosidad y admiración que le estaba poniendo nervioso.

Recordó que había pasado la noche entre juramentos, maldiciones, sin poder dormir, pensando en cómo ayudarla sin herir su maldito orgullo. Se le habían ocurrido ideas tan estúpidas, que había decidido hacerse un café. Se había ido a la cocina y había recordado repentinamente que no había sacado ropa limpia de su habitación, con lo cuál tendría que ir a trabajar con una camisa oliendo a sudor y cerveza derramada de la noche anterior, o meterse silenciosamente en el dormitorio para buscar otra.

Se había dicho que no era un gran problema. ¡Demonios, no sería la primera vez que viera una mujer dormida! Demasiadas veces jóvenes, viejas, bonitas, feas… La mayoría habían sido pacientes del hospital, pero también había tenido alguna amante antes de conocer a Karen. Incluso a Prudy, que tenía la manía de quedarse dormida en medio de una frase cuando había tenido un

día particularmente agotador.

Stacy era diferente. Especial. La locura le había arrebatado a su marido y podía haberla destruido a ella, si no hubiera tenido el coraje de marcharse a tiempo. Luego volvió a perderlo en un segundo, entre hierros retorcidos. Y aún así, había sido capaz de salvarse, o si no del todo, había sido capaz de salir adelante para hacer frente a nuevos problemas. No tenía dinero, no tenía casa donde vivir, estaba esperando una hija y todavía era capaz de hacer bromas y alegrar su casa de un modo que lo emocionaba.

¡La admiraba! Y lo que más deseaba era protegerla del dolor que le produciría si perdiera a su hija. Una vez decidido, iría hasta el final.

Su cuerpo, a pesar de todo, estaba decidido a comportarse de manera diferente. Su cuerpo, que hacía que su sangre hirviera y apenas pudiera soportar el deseo que sentía.

Verla dormir había hecho renacer su deseo embotado hasta convertirse en un filo capaz de cortar el acero. Se le ocurrieron un sin fin de pecados, antes de que se decidiera por la botella de whisky. Fue un error, incluso para él.

¡La deseaba! Deseaba sumergirse en su dulzura y su calor. Desahogar toda su soledad y tristeza en un violento segundo. Su cuerpo lo necesitaba, incluso aunque pensara que se merecía ser quemado en el peor de los infiernos.

Incluso en ese momento, a la luz brillante del día, viendo sus ojos cansados y su cara pálida, deseaba meterse bajo las sábanas y tomarla en sus brazos.

Sintió que su cuerpo despertaba y sabía que debía controlarlo. Así que frunció el ceño, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—He hecho té —afirmó, por encima del hombro—. Te traeré una taza antes de salir.

Boyd arrojó el ejemplar atrasado de National Geografhic sin terminar el artículo sobre el descubrimiento reciente de un cementerio Inca y miró su reloj.

Era temprano, casi las ocho. Era la única persona en la pequeña sala de espera del Hospital General. Había ido a ver a Luke Jarrod.

Hombre de costumbres, como él mismo, Luke siempre comenzaba su visita a las seis, a menos que tuviera que atender un parto. Era mala suerte, pensó Boyd, mientras miraba las puertas

dobles de color naranja brillante que tenía delante.

Aquellas puertas eran azules la última vez que él había estado allí. Justo después del accidente de Karen. Trató de evitar los recuerdos, pero le fue imposible. La ambulancia dejó a Karen y rápidamente fue llevada a la sala de partos. El bebé tenía la cabecita fuera. Estaba completamente formada. Estaba cubierto de un vello rubio y cuando él la tomó en su mano, abrió los ojos para dirigirle una mirada lechosa. Esa mirada no lo abandonó durante meses.

Anna Elena MacAuley vivió unos diez minutos. La tecnología más avanzada no fue capaz de compensar el trabajo de los pulmones, todavía sin completar. Karen estaba muy débil para llorar por ella y él demasiado enfadado. Diez minutos después también perdió a Karen.

Recordó la angustia de Luke, las caras sorprendidas de las enfermeras, las voces, las miradas de lástima. Alguien, quizá Luke, lo llevó a una sala vacía y le puso un café caliente en las manos.

No recordaba que dijo cuando abandonó el hospital. Le dijeron que caminó durante mucho tiempo

en aquella mañana fría y húmeda. Caminó hasta que no le quedaron fuerzas. Llegó, sin saber cómo, a casa

y durmió durante dieciocho horas.

El hospital le dio un mes de permiso para que se recuperara. El director del hospital le habló con una amabilidad que nunca olvidaría. Descansó dos semanas, luego volvió al trabajo. Estaba demasiado tenso como para relajarse. Después de un período bastante difícil, consiguió llegar a una familiar rutina. Nadie le habló de Karen o la niña, algo que agradeció.

Pasaron los meses y el invierno dio paso a la primavera. Los narcisos se abrieron y él pintó su casa y aprendió a cocinar a su manera. En Semana Santa la temperatura bajó de repente y la lluvia apareció. Y pronto comenzaron a llegar al hospital víctimas de accidentes de tráfico. Hacia la medianoche no quedaba apenas sangre para las trasfusiones.

La paciente era una mujer joven en estado grave, con una hernia en el bazo. El abrió su vientre y cuando iba a operar en el órgano herido, sin ninguna razón, miró el rostro y vio a Karen.

Semanas después le dijeron que había terminado la operación y

había desaparecido sin decir nada. Cuando no apareció al día siguiente, llamaron a Prudy para que fuera a verlo. Lo había encontrado sentado en la mecedora del cuarto del bebé, con un osito que había comprado unos meses antes.

Ya estaba tranquilo y controlado, pero durante mucho tiempo se le nublaba la visión de repente y sus manos comenzaban a temblar.

Ese fue el motivo por el que dejó el hospital y a los amigos. Evitó a todo el mundo, excepto a Prudy. Era difícil evitar a una vecina.

Boyd se levantó y caminó hacia el vestíbulo. Allí había un surtidor y bebió agua. Oyó un teléfono en la distancia y el sonido de unas puertas, a continuación se oyeron voces.

Su corazón empezó a palpitar y sintió un nudo en el estómago. Sintió el deseo de escapar. Apretó los dientes y volvió a sentarse donde antes, donde estaba seguro de ver a Luke.

Eran casi las ocho y cuarto cuando las puertas se abrieron y apareció Luke. Seis o siete años mayor que Boyd, se mantenía delgado y en forma. Al ver a Boyd se detuvo y esbozó una amplia sonrisa. Su cabello negro estaba comenzando a llenarse de canas en algunos lugares y sus ojos eran de un color gris profundo. Karen solía decir que tenía los ojos de Paul Newman.

—¡Caramba, Boyd, qué alegría verte!

—¿Tanto como para romper ciertas reglas? —Depende qué reglas y qué razones haya para ello

—dijo, entornando los ojos.

Boyd dio un suspiro. Nunca había pedido un favor a nadie.

—Stacy Patterson. Me gustaría ver su diagnóstico. —Claro, no hay problema.

Las puertas volvieron a abrirse para dar paso a una camilla, donde iba una mujer. Por la cara de felicidad del hombre que iba a su lado, agarrándola de la mano, acababa de dar a luz.

—¿Un parto tuyo? —preguntó a Luke.

—Sí. Tres desde ayer por la mañana. Todas niñas. —¿Algún… problema? —preguntó educadamente

Boyd.

—Gracias a Dios no —respondió Luke. A continuación miró hacia la máquina de café—. ¿Tienes algunas monedas? lloyd metió la mano en el bolsillo.

—Suficiente para dos tazas de ese veneno.

—Así que te has enamorado de una de mis pacientes, ¿no? —preguntó Luke.

Boyd miró a su amigo y vio que éste alzaba las manos en señal de rendición.

—Está bien, lo admito. Sé que es bastante improbable.

Boyd le ofreció una taza de líquido oscuro, de la que emergía un olor extraño. Luke dio las gracias antes de comenzar a beberlo.

—Esto sabe a barro de motor —murmuró, mientras Boyd sacaba su taza de la máquina.

Como de común acuerdo, los dos hombres caminaron hacia un pequeño jardín entre paredes de cemento. Dos mesas de metal y unas cuantas sillas de diferentes modelos descansaban bajo sombrillas deslucidas, a pesar de que el sol que lograba esquivar el alto tejado del hospital era débil.

—¿Cómo está Marlyssa? —preguntó Boyd, mientras se sentaba en una de las sillas.

Luke hizo una mueca.

—Lo último que sé de ella es que se casó con un empleado del ministerio de economía y se está gastando alegremente el dinero del pobre hombre.

—¿Debería de sentirlo?

—Yo quería tener hijos. Ella no —contestó Luke, encogiéndose de hombros.

Marlyssa había ido a la misma escuela privada de Karen y había sido la dama de honor en su boda. Allí conoció a Luke y la atracción entre ellos había sido suficiente para iluminar la ciudad entera. Aunque los compañeros del hospital apostaban que sería una aventura de una semana, la relación había durado cuatro o cinco años. Más que el matrimonio de Boyd.

—Bueno, pues cuéntame entonces qué hay entre tú y la señora Patterson —preguntó Luke, cuando el silencio de ellos comenzó a resultar incómodo.

—Nada especial. Lo único, que voy a cuidar de ella hasta que esté en condiciones de valerse por sí misma.

Luke estudió el contenido de su taza con expresión grave.

—¿Te comentó que salió de aquí contra mi voluntad?

—Sí, me lo dijo. Me imagino que te molestaría.

—Estuvimos discutiendo durante casi una hora. Le puse todos los impedimentos. Le di una explicación médica detallada de los efectos que podía conllevar el golpe. Le avisé de que el cansancio y la agitación podía provocar problemas en el bebé —movió la cabeza y dio un suspiro—. Esa mujer es encantadora y la persona más terca que he tenido la desgracia de encontrarme.

—No tiene dinero. Acababa de divorciarse —me contó. Boyd recordó el estado de su apartamento.

—Así que todo era por… la factura. En fin, Boyd, no hace falta que me invites a un café para convencerme de que no le cobre.

—No, hay que hacerlo. Si no, pensaría que era caridad —explicó, mirando al hombre que lo observaba atentamente.

—¿Tienes una idea mejor?

—Haz una cuenta que parezca verdadera, luego envíame a mí el resto —Boyd se llevó la taza a la boca y bebió el resto del líquido. Necesitaba la cafeína.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Nada más. ¿Crees que tendrá un parto normal?

—Si sigue las recomendaciones del médico y evita esfuerzos, largos viajes con coche o levantar pesos, todo irá bien. Si no hay complicaciones en las próximas dos semanas, no habrá más problemas y podrá volver a sus actividades normales, aunque con moderación.

—¿Te importaría ser más concreto?

—Viajes cortos en coche, trabajo de casa que no exija mucho esfuerzo, ejercicio moderado y un trabajo sedentario. Relaciones sexuales suaves con una pareja cuidadosa… por si te interesa.

—No sigas, Jarrod.

—Esos son los mejores consejos. Para ambos.

Boyd se puso rígido. Había preguntado casi todo lo que quería, pero faltaba algo.

—¿Qué me dices del bebé? —preguntó, después de tomar aire.

—Según las pruebas, está perfectamente sano. Los análisis han sido positivos y tiene el corazón fuerte.

Parece que el niño es tan fuerte como la madre —la voz de Luke tenía una seguridad en la que Boyd había aprendido a confiar.

—Una pregunta más. ¿Por qué querías que se quedara unos días más?

—Por precaución, principalmente —contestó Luke—. O por lo menos, eso es lo que puse en la nota.

—¿Qué quiere decir eso?

—Puede que no lo hayas notado, pero es una mujer bastante atractiva.

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero es tu paciente.

—Ya, algunos hombres tienen mucha suerte. —También está embarazada.

—Menos mal. De otro modo no podría haber sido mi paciente.

—Lo cual quiere decir que es intocable, canalla. —Es triste, pero tienes razón… en las dos cosas que has dicho —dijo Luke, levantando el rostro hacia el sol—. Desde luego, si no fuera mi paciente, intentaría algo con ella.

Boyd lanzó una maldición y Luke estiró las piernas y cerró los ojos.

—Como estás tan dormido, quizá no hayas notado lo guapa que es a pesar de los moretones. Tiene una piel suave, también —abrió un ojo y volvió a cerrarlo, después de observar el rostro de Boyd—. Creo que cualquier hombre se sentiría feliz si pudiera besar su boca una sola vez en la vida. Aunque tú ya lo sabes, canalla —Luke dio un suspiro y abrió los ojos—. ¿Ya te has olvidado del hospital? ¿No sabes que aquí no hay intimidad?

Boyd sintió que los músculos del estómago se comprimían por la rabia.

—Creo que la enfermera Schultz está haciendo apuestas sobre el día exacto de la boda.

Boyd se puso en pie.

—Acepta mi consejo: no malgastes tu dinero —dijo, al tiempo que dejaba la taza en la mesa y se daba la vuelta para salir.

En ese momento entró Prudy.

—¿Es una fiesta privada o puedo participar? —dijo, aproximándose con una taza de café en la mano.

En la otra llevaba un papel con bollo. Boyd notó que estaba cansada.

—Buenos días, preciosa —saludó Luke, incorporándose—. Siéntate y cuéntanos.

—¿Llegas o te vas? —preguntó a Boyd. —Me voy.

Prudy notó la irritación en la voz de Boyd y se preguntó qué

habría dicho Luke para conseguirlo.

—En ese caso ten un buen día y no te caigas de ninguna escalera.

Eso le hizo ganarse una mirada de advertencia.

Luego la mujer dejó la taza y el bollo sobre la mesa, al tiempo que se dibujaba una sonrisa en los labios. —Lo está pasando mal —dijo a Luke, cuando Boyd desapareció—. Tiene todos los síntomas del hombre que está a punto de enamorarse y lucha con todas sus fuerzas para evitarlo.

Luke asintió, con los ojos brillantes.

—Me imagino que está en la fase terminal. Riendo, la mujer se sentó.

—A menos que haya perdido toda mi habilidad para hacer diagnósticos, la mujer en cuestión está loca por él.

—¿Crees que ya ha superado lo de Karen?

Prudy se dispuso a desenvolver el bollo, mientras pensaba que Stacy y Boyd hacían buena pareja… eran los dos encantadores y habían sufrido mucho.

—¿Recuerdas su cara en el funeral? —preguntó Prudy, recordando su rostro pálido y sus ojos asustados.

Luke asintió.

—No te ilusiones demasiado, Prudy, porque me da la impresión de que no va a haber ningún final feliz.

Capítulo Diez

No era una comida de gourmet, decidió Stacy, mientras añadía un poco de queso cheddar a la ensalada de lechuga, guisantes de lata y huevo cocido. El aliño era mayonesa y ketchup.

Se limpió las manos en una toalla que había encontrado en uno de los armarios y frunció el ceño al observar la comida: una pizza que había descongelado, la ensalada y para postre mantequilla de cacahuete que encontró en la despensa.

En cuanto a la cocina, era el sueño de cualquier cocinero. Contaba con todos los electrodomésticos y un orden que realzaba la perfección del armario de plata.

Mordiéndose el labio, trató de limpiar la ya limpia encimera con la bayeta mojada mientras recordaba la imagen de la habitación que había abierto, creyendo que era el estudio de Boyd, para encontrarse con lo que una vez había sido un cuarto infantil destrozado.

Sorprendida y acongojada, sólo pudo imaginar el dolor de Boyd mientras destruía la cuna y la mecedora hasta no dejar más que astillas de color blanco. Había una lámpara rota y figuras rotas esparcidas sobre la alfombra como confeti después de una fiesta en la que se ha bebido mucho alcohol. Imaginó las manos grandes de Boyd retorciendo y rompiendo los ositos, los tigres y los pingüinos cuyo propósito había sido conseguir sonrisas de una niña amada.

Stacy no pudo evitar estremecerse de nuevo, igual que lo había hecho al entrar en la habitación y ver cómo la había dejado Boyd.

Actualmente él se dedicaba a reparar casas en vez de cuerpos. Se había convertido en un hombre que lloraba en sueños y se odiaba a sí mismo por estar vivo. Un hombre que la había tomado en sus brazos con una ternura que todavía le llenaba los ojos de lágrimas y

que la había besado con una pasión que estaba decidido a negar.

Vio algo que se movía y se dio la vuelta, descubriendo que Boyd se acercaba por el paseo con una gran caja.

Había algo bello en un hombre en pantalones viejos y camiseta manchada por el sudor del trabajo, decidió Stacy, mientras el corazón le palpitaba a toda velocidad. Había algo primitivo y poderosamente masculino que muy pocas mujeres podrían resistir. Por lo menos ella era incapaz, pensó, tomando aire.

—Hola —saludó Stacy—. Llegas justo a tiempo para comer.

—Me imaginé que comeríamos fuera.

Stacy sospechaba que él odiaría salir. Que se sentiría muy solo entre las personas.

—No sabía de qué tiempo disponías, así que decidí improvisar —dijo, señalando la mesa puesta.

—Bueno, ya sólo nos queda preparar la pizza. Según esta etiqueta estará lista en dieciocho minutos.

Stacy la metió en el horno, mientras Boyd dejaba la caja en el suelo, al lado del frigorífico. Todavía estaba sorprendido de habérsela encontrado esperándolo en la cocina. Y también se había emocionado al ver la sonrisa de ella, tan suave y tímida como la de una virgen. Su sangre se había alterado de un modo que él no podía controlar.

Había estado pensando en ella toda la mañana en el trabajo. Tratando de no imaginársela tumbada en su cama. Tratando de que su piel no se enervara ansiando volver a tocar el cuerpo de ella.

Había acabado exhausto, al trabajar más rápido de lo habitual. Pero eso no había funcionado. Así que decidió ir a ver a Wattchel con el deseo de desahogarse con él, pero el casero de Stacy no había sido tan tonto como para darle otra excusa para pegarle de nuevo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, cuando ella se volvió hacia él con el rostro levemente sonrosado por el calor del horno.

—Sorprendentemente fuerte. Y muy limpia. Me he dado un buen baño.

Boyd no pudo evitar imaginársela desnuda con la piel llena de espuma e invitándolo a meterse en la bañera con ella.

—Yo —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos traseros, en un gesto nervioso—… me pasé por tu antigua casa y recogí las cosas que Wattchel no había tenido tiempo de vender.

Ella lo miró agradecida y se acercó a ver que había en la caja.

—¡Oh, mis cuadros! ¡Y la mantita de la niña! Es lo primero que hice para ella —curvó los labios al sonreír, mostrando el hoyuelo que él había estado tratando de olvidar—. Bueno, de hecho ha sido lo único que tengo para ella.

—Me temo que Wattchel ha vendido todo lo demás. Y consiguió más dinero del que le debías. Así que me dio lo que había sobrado. Doscientos dólares —dijo, sacando un fajo de billetes de veinte dólares—. Siento que no sea más.

—Es toda una fortuna. Lo suficiente para comprar pañales y ropa a la niña —ya se iba a guardar el dinero cuando, de pronto, dudó—. ¿Estás seguro de que este dinero me lo envía Wattchel?

—Palabra de Scout.

—¿No me digas que fuiste Scout?

—Sí, hasta que me echaron por pelearme.

—Bueno, pues en ese caso, aceptaré el dinero. Pero sólo si me dejas darte algo de dinero por estar en tu casa.

—Nada de eso.

—¿Y se puede saber por qué?

—He dicho que no, Stacy. No voy a aceptar tu dinero. —Insisto que quiero pagar mi parte. ¿Qué te parece si te doy cincuenta dólares a la semana? Y aparte te daré algo para la comida.

—No.

—Muy bien, mi última oferta es de sesenta dólares

—tomó tres billetes de veinte y se los metió en el bolsillo de la camisa. Luego se guardó el resto del dinero. —Esto no fue lo que hablamos anoche.

—Bueno, pues entonces me marcharé —Stacy hizo intento de salir de la cocina, pero una pared de músculos se puso delante de ella.

—¿Es que te has propuesto volverme loco?

—Mira, yo podría estar ahora perfectamente en el motel Budget de no haber sido por ti.

—¿Se puede saber que tiene de malo este lugar? —Nada que un poco de sano desorden no pudiera arreglar.

—Pues a mí me gusta tal como está.

Stacy sintió ganas de reírse, pero se esforzó por permanecer seria.

—Es demasiado… aséptico, pero supongo que eso es normal en la casa de un doctor.

—De un carpintero.

—Sí, claro —replicó Stacy, con una sonrisa angelical. Luego miró el reloj del horno y vio que la pizza ya debía estar lista—. Mira, vamos a hacer un trato. Tú me dejas revolver un poco en tus armarios y yo te dejaré que me sigas dando órdenes.

Él se echó a reír.

—Anda, ve a sentarte, que yo serviré la maldita pizza.

Stacy obedeció encantada. Ésa era la primera vez que veía reír a su sombrío caballero.

—Stacy, no tienes que hacerme la comida. Con que lleves las cuentas es suficiente.

Al oír un tono de desaprobación en las palabras de Boyd, ella levantó la mirada de la tostada en la que estaba untando mantequilla de cacahuete y mermelada y le sonrió. Aunque para una noctámbula como ella era demasiado temprano para sonreír.

Stacy había descubierto después de tres noches en su casa que Boyd también era un noctámbulo. Le había oído merodear por la casa mientras ella leía por la noche.

—Lo cierto es que después de descifrar tu caligrafía, merezco un descanso —bromeó ella.

Él la miró preocupado mientras llenaba el termo con la jarra de café recién hecho.

—Mira, todos esos papeles han estado aparcados durante meses, así que pueden esperar un poco más.

—Todo lo que he hecho ha sido trabajar un poco en ese ridículamente pequeño escritorio de la sala de estar.

—Jarrod te dijo que debías descansar.

—Yeso es lo que estoy haciendo.

—Nada de subir escaleras, ni de largos viajes. Debes llevar una vida tranquilla…

—Boyd —Stacy dio un suspiro—, ¿vamos a tener la misma discusión todas las mañanas? Porque si es así…

—Se te está cayendo la mermelada.

—¿Qué? —preguntó ella, frunciendo el ceño. Luego se fijó en que se le estaban manchando los dedos de mermelada.

Boyd fue a buscar una servilleta, pero ella se lamió los dedos,

limpiándoselos.

A Boyd se le escapó un gemido. Se dio la vuelta y fingió que estaba ocupado tapando el termo. Sintió que bajo la cremallera de los vaqueros su cuerpo se excitaba. Por mucho que se quisiera engañar, tenía que reconocer que deseaba a esa mujer.

Incluso en ese momento, en el que se podía ver todavía el sueño en sus ojos, él se moría por meter la mano bajo la delgada bata de algodón de ella, agarrando sus pechos llenos y acariciando su redondeado vientre. Se moría por tocar su piel suave y cálida. Deseaba tanto saborear su boca y respirar su olor y juntar su sudor con el sudor de ella…

Apenas había podido dormir las últimas noches pensando en ella. La noche anterior, después de conseguir al fin dormirse, se despertó envuelto en sudor y dolorido por el fiero deseo que lo invadía.

—¿Boyd? He pensado que me gustaría trabajar hoy en la mesa de la cocina en vez de en tu escritorio, si no te importa.

—Claro, como quieras.

—Y si me dejas la chequera, puedo ir rellenando los cheques del dinero que debes por los materiales de carpintería. Así sólo tendrás que firmarlos a la noche.

—La chequera está en uno de los cajones de la parte izquierda del escritorio.

Stacy se mordió los labios, al fijarse en sus anchos hombros. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no lanzarse sobre él y perderse entre sus músculos.

Luego se fijó en que él parecía angustiado y se sintió mal al pensar que podía ser por culpa suya.

—¡Maldita sea! —exclamó él—. Vamos a tener que poner ciertas reglas antes de que la situación se nos vaya de las manos.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó, perpleja, Stacy.

—He cometido algunas estupideces en mi vida, pero pensar que podría parar después de unos pocos besos sería la peor.

—¿Y por qué supones que yo te iba a pedir que pararas? De hecho, creo que ya te dije lo mucho que me gustó que me besaras. Y pienso que también a ti te gustó.

—Me gustó demasiado.

—¿Y entonces? —preguntó ella, sin poder evitar reírse.

—Pues que la última cosa que tú necesitas ahora es tener relaciones sexuales.

—Ya me imaginaba que eso era lo que te sucedía. Pues debes saber que si el doctor Jarrod da su visto bueno, yo por mi parte no tendría ningún inconveniente.

—¿Por que yo, Stacy? ¿Porque te sientes en deuda conmigo?

—No me vengas con ésas. Tú lo sabes mejor que yo —dijo ella, tratando de no indignarse.

—¿Yo? Pero si sólo nos conocemos desde hace un par de semanas…

—¿Ah, sí? ¿Y sueles besar a todas las mujeres que conoces?

—A la última mujer que besé antes que a ti, fue a mi mujer — dijo él, sonrojándose.

Stacy vio la expresión sombría de los ojos de él y sintió ganas de consolarlo.

—Boyd, no pasa nada por ser humano —dijo ella, con voz suave y acercándose a él.

—No.

—¿No, qué? —Stacy le agarró la cara con ambas manos.

—Yo no puedo ofrecerte lo que tú estás buscando. —Lo que quiero es que te perdones por seguir vivo

—subió la cabeza hacia él, de modo que sus bocas casi se tocaron—. No te mereces este purgatorio que tú mismo te has creado.

Su expresión cambió.

—Mira, si las cosas fueran diferentes… —Haz que sean diferentes.

—¿Cómo? ¿Pretendiendo que yo puedo darte la felicidad que tú te mereces?

—Boyd, sé que tú amabas a Karen. Y yo también amaba a Len. Pero ellos se han marchado para siempre. Desgraciadamente es así y privarnos del consuelo que podemos darnos el uno al otro no hará que ellos vuelvan.

—Stacy…

—Abrázame, Boyd. Por favor.

—Esto es un error —dijo antes de abrazarla.

Sus bocas se juntaron. Los labios de él eran suaves, pero todavía estaban algo tensos. Ella necesita estar más cerca de él y rodeó con

sus manos su poderoso cuello. Stacy sintió el calor que irradiaba el cuerpo de él, al tiempo que su beso se hacía más profundo.

Boyd sintió que ella abría sus labios y que su lengua invitaba tímidamente a la suya. Luchó contra la necesidad de apretarla fuertemente contra él. El esfuerzo para contenerse lo dejó casi sin aliento. Luego metió su lengua en la boca de ella, saboreando su aroma. La cálida bienvenida de ella hizo que el deseo de él se hiciera incontenible. Comenzó a acariciarle la espalda, notando que ella se estremecía.

Él bajó las manos hasta agarrarla por las caderas y la oyó soltar un gemido. Sus lenguas se movían rítmicamente, mientras ella se juntaba más contra él. Boyd sintió tanto placer como dolor y notó como su carne incendiada respondía. Por más que lo intentó, él no pudo contener un gruñido que se escapó de sus labios.

Boyd comenzó a acariciarle los pechos por encima de la fina bata. Luego le abrió la bata y le tocó los pechos desnudos con la punta de los dedos.

Stacy se estremeció, sin poder controlarse. Se le endurecieron los pezones al sentir las manos de él. Y él, comenzó a masajear sus pechos con el mismo ritmo que seguían sus lenguas.

Él deslizó una mano hasta su vientre redondeado. Luego acarició sus contornos y se sintió maravillado al sentir que ahí dentro había una vida.

Luego sintió que la culpa lo inmovilizaba. Debería de ser a Karen a quien él estuviera besando. Debería de ser Karen la que se estuviera estremeciendo con el contacto de él. Y debería de ser el vientre de Karen el que estuviera apretado con el suyo. Se echó hacia atrás, respirando entrecortadamente.

A Stacy le llevó un rato darse cuenta de que él se había apartado de ella.

—No, no voy a volver a pasar por este infierno. Hay que sufrir demasiado cuando se ama a alguien —dijo Boyd bruscamente. Luego agarró el termo y se marchó.

A media tarde, a Stacy le empezó a doler la cabeza. Y los ojos le quemaban por el esfuerzo de tratar de descifrar la letra de Boyd. Como la mayoría de las personas zurdas torcía en exceso la letra

hacia atrás y era difícil diferenciar las consonantes de las vocales. Su firma era todavía peor.

—Si fuera inteligente, debería de pedir que me subieran el sueldo.

Si fuera inteligente, pensó, dejando a un lado el bolígrafo, se iría de allí cuanto antes.

Se levantó de la mesa. Era ya hora de merendar. Tomaría algo de fruta y otro vaso de leche. Iba camino de la nevera cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de atrás.

Stacy, extrañada, se dirigió a abrir y se encontró con que era Prudy, que tenía en sus manos una bandeja con pasteles.

—Si me invitas a tomar un café, quizá me deje convencer para compartir esto contigo.

—¡Qué bien huele! Si fuera católica, escribiría al Papa para que te santificara —dijo Stacy, echándose a un lado para dejar pasar a la otra mujer.

—Hmmmm. Santa Prudence. Suena bien, ¿no te parece?

—Puedes ir preparando los platos mientras yo hago el café.

Diez minutos después estaban sentadas una enfrente de la otra masticando ansiosamente.

—Boyd me dijo ayer, cuando nos encontramos, que estabas ordenando sus cuentas —dijo Prudy, tomando un trago de café.

—Estoy intentando hacerlo, pero con su letra es casi imposible —Stacy bebió de su café, mucho más claro que el de Prudy, siguiendo las órdenes del doctor Jarrod.

—Te comprendo perfectamente. Yo también he tenido que descifrar los garabatos de Boyd.

—¿En el hospital?

—Sí. Y por increíble que te parezca hay gente que tiene peor letra. De hecho, si siguiera ejerciendo la medicina, seguro que su letra sería todavía peor.

—Tiene que echarlo de menos, ¿verdad? Lo de ser médico…

—Puedes estar segura.

Stacy se metió otro pastel en la boca, pero ése le supo amargo.

—¿Y crees que volverá alguna vez?

—Creo que eso puede depender de ti. O mejor aún, de ti y del bebé.

—No estoy segura de…

—Comprenderme —Prudy terminó la frase por ella. Luego dio un suspiro—. Lo sé. Mi ex marido decía que estos saltos míos en la conversación le volvían loco. Creo que fue uno de los motivos por los que se divorció de mí para servir a las fuerzas del orden.

Stacy captó la nota de dolor que había en su voz y comprendió que el divorcio no había sido idea suya.

—¿Tu marido es policía?

—Ex marido, en diciembre hará cinco años que nos divorciamos. Y sí es policía. Seguramente, por eso me sentí tan identificada contigo cuando escuché tu historia.

—Así es, las esposas de los policías tienden a juntarse. Hablando de eso, he estado pensando en volver a Wenatchee Falls cuando el doctor Jarrod me de permiso para viajar. Tengo allí algunas amigas que me pueden ayudar hasta que mi economía se recupere.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Prudy. Luego comenzó a gesticular—. Lo siento, no quería decir eso. Lo que quería decir era que me apenaría mucho verte marchar, ahora que puede que Boyd MacAuley vuelva a ejercer como médico.

—¿Insistes en esa idea?

—Sí. Mira, Boyd presentó su renuncia después de una intervención quirúrgica. La paciente era una chica de California que tuvo un accidente de coche. Boyd estaba operándola cuando de pronto se quedó blanco como la cera. La ayudante me dijo que nunca había visto una cara de angustia semejante.

—Pero qué…

—Parece que la paciente se parecía ligeramente a Karen —Prudy tragó saliva y se mordió el labio. Luego siguió hablando con voz solemne y triste—. Todo el mundo andaba diciendo lo valiente que había sido Boyd, volviendo a trabajar solamente un par de semanas después del accidente. Lo bien que se lo había tomado, lo fuerte que estaba siendo…

Stacy se dio cuenta de que estaba agarrando su taza con demasiada fuerza y trató de relajarse.

—O sea, que en vez luchar contra sus sentimientos, trató de esconderlos…

—Exacto. Excepto la rabia que sentía por no haber podido salvar a Karen y al bebé.

—El me estuvo hablando de la noche del accidente.

—Yo estaba de servicio cuando los ingresaron a él y a Karen. Todos veíamos que ella no iba a salvarse.

—¡Qué horrible! —exclamó Stacy, mientras los pasteles que había devorado comenzaban a formarle una bola en el estómago, al tiempo que el dolor de cabeza se hacía más y más grande.

—Nadie vio llorar a Boyd. Ni en le hospital, ni en el funeral. Ni siquiera cuando destrozó el cuarto de la niña.

—Abrí el cuarto, pensando que era el despacho de Boyd y vi. ese cuarto.

—¿Así que sigue todo revuelto?

—Igual que si hubiera habido una batalla en él.

—Me acuerdo que ese día —comentó Prudy, después de aclararse la garganta—, yo acababa de volver del trabajo cuando oí un ruido como de cristales rotos. Me dirigí a la puerta y abrí con una llave que Karen me había dado tiempo atrás. Me encontré a Boyd en el cuarto de la niña. Estaba fuera de sí. No se había afeitado en días y parecía un salvaje. Le sangraban las manos, y sus ojos… ¡Dios! Nunca he visto esa expresión de desesperación en ninguna otra persona.

Prudy tomó aliento, antes de llevarse la taza a los labios.

—Intenté detenerlo, pero no me oía. Y cuando ya no había nada que destrozar, pasó a mi lado como si no me viera. Desapareció durante semanas. Cuando volvió, estaba muy delgado y sus ojos parecían los de una persona mayor, igual que a veces ahora.

—¿Dijo dónde había estado?

—No, y yo no le pregunté. Estaba tan contenta de verlo… —Prudy hizo una pausa y miró a Stacy fijamente a los ojos—. Tú te preocupas mucho por Boyd, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Entonces quédate. Deja que él cuide de ti si eso es lo que quiere hacer.

¿Y luego qué?, pensó Stacy. ¿Irse como si nunca se hubieran conocido, con el corazón roto?

—¿Es que piensas que puede ser una especie de catarsis para él?

—Eso es.

Stacy se mordió el labio al recordar el deseo que había expresado el rostro de él, después de separarse de los brazos de ella. Pero ¿estaría su alma tan hambrienta como su cuerpo? ¿Podría

volver a emplear su destreza y su compasión del mismo modo que antes?

—Si creyera que el hecho de quedarme iba a suponer alguna diferencia…

—¡Seguro que sí! Confía en mí. Tú eres exactamente lo que Boyd necesita en estos momentos —Prudy se acabó el café y se puso de pie—. Ahora, tengo que volver al trabajo.

Stacy se puso de pie con dificultad.

—¿Cuánto te queda? ¿Seis semanas?

—Cinco.

—Eso no es nada, con Boyd cuidándote como lo hace.

Stacy miró el talle de Prudy, sintiéndose inmediatamente fea e incómoda.

—Sí, aunque no puedo aumentar de peso.

—Eso es el producto de una buena herencia genética y una tendencia a la preocupación —replicó Prudy, mientras Stacy abría la puerta para dejarla salir.

—Eres una buena amiga —afirmó Stacy, mientras se daban un beso de despedida.

—Tú también.

Prudy se dio la vuelta y estuvo a punto de pisar a un pequeño gato que había allí. Ambas se agacharon.

—¿No es precioso? —murmuró Stacy, al tiempo que extendía la mano para acariciar al cachorro.

Éste se frotó contra su mano antes de girarse para lamerle la mano con su lengua rosa.

—Encontrarás una bolsa de comida para gato y un par de platos bajo el fregadero —explicó Prudy.

—No sabía que Boyd tuviera un gato.

—No tiene. Simplemente tiene un modo particular de atraer a los extraviados. Algunas veces pienso que hay un letrero en la autopista que sólo los gatos pueden leer: Por aquí, al paraíso.

Stacy acarició al gato por detrás de las orejas y fue premiada con un repentino ronroneo.

—¿Te has perdido, pequeño? ¿O has salido a correr una aventura?

—No le tomes demasiado cariño, Boyd nunca los tiene más de unos cuantos días.

Stacy sintió un escalofrío.

—¡No los llevará a… !

—¡Nada de eso! Siempre les encuentra una buena casa —contestó Prudy, incorporándose. Su cabello brilló como una llama —. Hasta pronto.

Sonriendo, Stacy levantó al pequeño y frotó su cara contra el suave animal. El cachorro maulló, después de tocar la cara de ella con una de sus patas.

—Veamos, ¿cómo voy a llamarte?

—¿Stacy? —le dijo Prudy desde la puerta de al lado—. ¡No le pongas ningún nombre!

—Es demasiado tarde. Ya me ha dicho que se llama Sunshine.

Capítulo Once

Stacy estaba tumbada en la mecedora que Prudy le había prestado, aprovechando la sombra de un nudoso roble en el jardín trasero, cuando oyó el camión de Boyd entrar en el garaje.

—Ya está bien, Sunny —murmuró al gatito que echaba una siesta sobre sus muslos desnudos—. Es muy serio, pero tiene un corazón muy grande en su pecho.

Sunshine levantó sus orejas y abrió un ojo. Stacy rió y pasó la mano por el lomo del animal.

—Estamos aquí —gritó a Boyd, cuando éste se dirigía a la puerta trasera, con aspecto cansado y preocupado.

«Este hombre podía hacer un anuncio de pantalones vaqueros», pensó la mujer. O de cualquier otra cosa, corrigió, observando el abultamiento de sus increíbles bíceps bajo las mangas de su camisa lisa de algodón.

—¿Estamos? —preguntó él, encaminándose hacia la sombra.

El cabello de Boyd estaba atractivamente despeinado, insinuando la melena de pillo que una vez tuviera. Aunque Stacy sospechaba que hacía mucho tiempo que aquellos ojos no se iluminaban con la chispa de la travesura. Demasiado tiempo.

—Boyd, te presento a Sunshine —dijo, levantando las pequeñas patitas cuando Boyd se detuvo—. El diminutivo es Sunny.

—¡Oh, Dios, otro! —murmuró, haciendo un gesto con la cabeza.

Stacy dio un suspiro de alivio: el mal humor de la mañana parecía haber pasado.

—Prudy dice que tienes un truco para atraer a los que se pierden.

Boyd se quedó unos segundos dubitativo. Luego se agachó al lado de ellos y extendió un dedo hacia el gato.

—Eres un mendigo muy bonito —murmuró, tratando de sonreír ante la curiosidad del animal.

—Le he dado un poco de la comida que tienes bajo el fregadero.

Stacy iba con unos pantalones cortos con dibujos de figuras geométricas, que estaba seguro de haber visto puestos a Prudy alguna vez, y una de las camisas que él mismo había metido en la maleta. Ninguna de las dos cosas eran provocativas, pero él sintió su sangre arder.

Boyd apartó la mano del gatito, consciente de los muslos suaves donde estaba tumbado.

—¿Cómo estás? —preguntó, imaginando salvarse si se concentraba en el rostro de ella.

Pero se equivocaba. Por mucho que lo intentara, no podía evitar notar la curva de sus labios que había saboreado sólo unas horas antes. No podía evitar recordar la sensación de delicadeza al hacerlo. No podía evitar, en fin, su propia torpeza al rechazar lo que ella le había ofrecido.

—La verdad es que me siento tan mimada y perezosa como Sunny —murmuró, con un suspiro de felicidad—. Prudy me trajo pastas y Linda, la vecina del otro lado, una cacerola de algo que huele a gloria.

Boyd miró hacia el chalet de los Ladd. Una hilera de pañales colgaba de la cuerda que Marshall había puesto ante la insistencia de Linda, cuando los mellizos nacieron el día después de Navidad. Linda, una ecologista militante, reciclaba absolutamente todo.

—Me gustan tus amigos —aseguró Stacy, reclamando su atención—. Y te cuidan mucho. Prudy ya me ha avisado de no enamorarme de ti y Linda me ha dicho más o menos lo mismo, aunque con diferentes palabras.

Stacy vio la expresión enfurruñada que adquiría el rostro de Boyd.

—A mí me parece que te están cuidando más a ti que a mí.

—Pero no hay necesidad, ¿verdad? Tú no estás interesado en tener una relación conmigo y yo sé marcharme cuando no intereso a un hombre.

—¡Maldita sea, Stacy, no…!

—Boyd, no te preocupes. Entiendo lo que te pasa y por qué. No quieres enamorarte de mí, y no quieres que yo me enamore de ti. Es

normal. Yo haré lo posible para que no ocurra, aunque te aviso que va a ser difícil, ya que de momento me gustas bastante, sin mencionar la atracción que siento por tu cuerpo maravilloso —dijo, alzando los ojos en un gesto zalamero, antes de adquirir un tono remilgado—. Así que, como insistes y estamos en tu casa, sugiero que mantengamos nuestra relación en un plano estrictamente platónico.

Boyd sintió que una extraña emoción lo invadía. Se dijo que era alivio.

—Por mí de acuerdo —dijo, levantándose.

Iba a ofrecerle una bebida fría, cuando ella lo tomó de la mano.

Entonces es un trato —declaró ella, con una sonrisa llena de feminidad… y orgullo.

—Sí, claro —replicó él, extendiendo su mano y tratando de dársela como si fuera un trato de negocios.

—Y ahora, si me ayudas a levantarme, iré a poner esa maravillosa fuente de cangrejos en el horno.

«¡Demonios!», pensó Boyd mientras se metía la cabeza bajo el chorro de la ducha y dejaba que el agua se derramara por los músculos tensos de su cuello. Había estado toda la tarde ensayando lo que le iba a decir: que no quería hacerla sufrir y que tenían que mantener la relación sobre una base estrictamente amistosa. Es decir, platónica. Pero justo cuando ella lo estaba diciendo, una voz interior se burló de él y de sus buenas intenciones.

Porque era un idiota, se dijo, alzando el rostro para que le diera el agua. Un idiota que se acababa de condenar a cinco semanas de infierno.

Durante las siguientes semanas aprendieron a convivir.

Stacy aprendió a no ponerle nunca hígado para comer o a no hablarle nunca de sus años como médico. Boyd aprendió a mantenerse distante por las mañanas, hasta que Stacy se tomaba la taza de café solo, que el doctor Jarrod le permitía.

Boyd compró un teléfono móvil y le dejó apuntado el número, junto con el del trabajo, así como el de Jarrod. Tanto el de casa como el del hospital.

Siempre que discutían sobre temas diarios o cuestiones más importantes, se sentían a gusto el uno con el otro. Pero cuando uno de ellos traspasaba las reglas que habían establecido, la atracción

entre ellos se encendía como agua que está a punto de hervir.

Por un acuerdo del que no habían hablado, ella esperaba hasta que él salía para ducharse. Él se duchaba por la noche, mientras ella veía la televisión o visitaba a Prudy.

Stacy cocinaba y él limpiaba. Y aunque intentaban tener cuidado, no podían evitar chocar en la pequeña cocina. O rozarse las manos cuando se daban los platos.

Después de una semana de tensión, Boyd sugirió que ella se relajara en el salón mientras él terminaba de recoger. La mirada hambrienta de él obligó a Stacy a marcharse al salón tan pronto como terminaron de comer.

Desde aquel día las cosas mejoraron. Para alegría de Stacy, Boyd compartía su pasión por el béisbol y pasaban horas discutiendo los partidos. De niño, Boyd había seguido a los Gigantes de San Francisco y había jugado en la misma posición que su ídolo, Willie Mays.

A Boyd le gustaba hablarle de béisbol y también de otras cosas. Por ejemplo del problema que había tenido para hacer una réplica de una pieza de pan de jengibre para unos amigos o los que había tenido para que las cañerías de la casa funcionaran.

Stacy no tardó mucho tiempo en descubrir que

Boyd exigía un nivel cercano a la perfección en cada trabajo que hacía, y también en sí mismo. Cuando no llegaba, su frustración y su autocompasión eran dolorosas de ver. Siempre que era posible, ella hacía sugerencias para mejorar algo y se alegraba sobremanera si él alababa su ingenuidad.

Durante el primer mes, Boyd la llevó dos veces a cenar al restaurante italiano D'Agostino, donde los manteles siempre estaban limpios y el ambiente era distendido. La segunda vez le dijo que era para agradecerle lo bien que estaba llevando sus papeles.

La tercera vez que aparecieron por allí, el propietario, Mario D'Agostino, los saludó con un guiño de satisfacción. El robusto italiano y su delgada esposa Sofía vivían encima del restaurante con cuatro hijos. Según Boyd, Sofía también era paciente de Luke Jarrod. Su último hijo, un adorable niño con los mismos ojos marrones que su padre, acababa de cumplir ocho meses.

—Acababa de decir a Sofía que al ser miércoles esperaba ver de nuevo a mi amigo Boyd y a su encantadora amiga —dijo Mario,

cuando se sentaron en la mesa que daba a la ventana.

Era la mejor mesa del lugar, había dicho el primer día a Stacy, con una sonrisa en los labios.

A pesar de que Boyd había tenido cuidado de presentarla como una amiga que lo estaba ayudando con la contabilidad, para Stacy era evidente que Mario deseaba que su amigo Boyd se enamorara de ella.

_¿Sigue su hijo molesto con los dientes? —quiso saber Stacy, al tiempo que se sentaba con cuidado de no golpear su vientre.

_¡No me lo recuerde! Llora toda la noche. Primero voy yo y luego Sofía.

_¿Ha probado a ponerle whisky en las encías?

Mario asintió y dio un suspiro.

—Primero whisky, luego vino. Pero el pobre llora más. Así que me terminé yo el vino y el niño siguió llorando más aún —explicó, con una sonrisa en su rostro de color aceituna, mientras abría el menú y se lo ofrecía—. Los espagueti con salsa de almeja son una maravilla.

—Eso me suena bien —contestó Stacy, sin mirar al menú—. Y también una doble ración de ravioli con…

—Pimientos —terminó Mario, que conocía ya los gustos de ella.

—Yo tomaré el especial —dijo Boyd.

—Buena elección, amigo. ¿Y el vino de siempre?

Boyd asintió. Luego frunció el ceño y se puso rígido. Llevaba una camisa que ella había planchado, a pesar de sus protestas, y unos pantalones de tela, no vaqueros como siempre. Como era habitual, se había peinado con los dedos, y aunque estaba limpio y brillante, su estilo era bastante informal. Le daba un aire para Stacy irresistible.

—Y para mi encantadora amiga leche, ¿no es así? —preguntó Mario, volviéndose hacia Stacy.

Stacy asintió y esbozó una sonrisa que llevaba implícita cierta tristeza. Una vez que Tory naciera y ella se recuperara completamente, tendría que hacerse fuerte y volver a Wenatchee Falls.

Después de hablar durante unos momentos más, Mario tomó los menús que ninguno de los dos había leído y se apresuró hacia la cocina. Stacy tomó la servilleta.

—Parece que tienes problemas con la mesa —dijo Boyd, tomando su servilleta

—Sólo si la silla tiene brazos —dijo, riendo de mala gana.

Llegaron las bebidas y las ensaladas, de manos de una camarera gruesa que Stacy no había visto nunca. —¿Ravioli con pimientos? —preguntó, con el mismo acento que Mario.

—Para mí —contestó Stacy.

Mientras Boyd bebía tranquilamente el vino, ella se concentró en los ravioli.

—Se te mueve el estómago. A Tory le deben degustar los ravioli.

Stacy se miró el vientre. Seguramente los golpes que ella estaba notando se podían ver bajo la camisa. —El doctor Jarrod dice que si el niño es inquieto, suele haber un parto sencillo.

Boyd miró a la mesa de al lado, donde Mario había sentado a una joven pareja.

—O sea que si el bebé está inquieto… ¿significa que está bien?

Stacy pensó en que él parecía inquieto. Todos los miércoles por la mañana la llevaba a la consulta del doctor Jarrod, pero no entraba con ella. Se quedaba esperándola en el camión y en el camino de vuelta le preguntaba por su estado. Aunque esa era la primera vez que le preguntaba por la niña.

—El bebé está perfectamente.

Y ella también lo estaba. El doctor Jarrod le había dicho que podía hacer vida normal de nuevo, excepto por las restricciones propias del parto.

Boyd recuperó la sonrisa. Aunque sus ojos mostraban que ese hombre seguía sufriendo, sin poder superar los recuerdos.

Ella sufría por él de un modo que a él no le hubiera gustado. Stacy había leído que en la situación de Boyd lo mejor era liberar toda la tensión acumulada. Necesitaba gritar su dolor. Y golpear cualquier cosa o llorar hasta que no le quedaran más lágrimas. por lo que decía Prudy, Boyd no había llorado en ningún momento, pero había destrozado el cuarto del bebé. Lo que podía ser un primer paso.

El problema era que ella no sabía cómo ayudarlo a que diera el siguiente. En algún momento había parecido tener éxito con su intención de que él pudiera olvidar el pasado, pero en otros se cerraba a ella como si hubiera una pared entre ambos. Yeso le hacía

sentirse muy mal a Stacy.

Pero peor aún habían resultado esos momentos en los que él la miraba con indisimulado deseo, dejándola sin aliento y encendiendo su sangre. Incluso en ese preciso instante, en el que él levantaba el vaso y se lo llevaba a los labios para beber, Stacy todavía podía sentir esa boca sobre la de ella.

Sintió un impulso casi irresistible de inclinarse hacia él y saborear el vino en sus labios. En vez de eso, levantó su propio vaso.

—Por el éxito de la restauración de la casa de los Gilmartin —dijo ella, sonriendo—. Esta mañana los he mandado la última factura.

—Entonces hice bien recogiendo mis herramientas ayer —bromeó él, mientras chocaba su vaso contra el de ella—. Y gracias a mi contable todo está en orden —mientras bebían sus ojos se encontraron en medio de la luz tenue del restaurante. Ella sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Ya has decidido qué trabajo vas a aceptar ahora? —preguntó ella, mientras de fondo se oía un aria de Puccini.

—Estaba pensando tomarme unas vacaciones —comentó él.

—¿Unas vacaciones? ¿Y ya sabes dónde vas a ir?

—A ningún sitio en especial —dijo en un tono despreocupado. Eso la hizo sospechar.

—Boyd, es muy amable de tu parte el que te preocupes por nosotras, pero todavía me quedan dos semanas y media para salir de cuentas. Quizá más, por lo que dice el doctor Jarrod.

—Sí, ya me lo has dicho —se concentró en la comida, pero al rato levantó la cabeza—. Bueno, supongo que no he sido muy sutil, ¿verdad?

—Más bien no, pero agradezco la intención —Stacy estuvo a punto de decirle que no necesitaba que nadie cuidara de ella ni de la niña, pero se acordó de que Prudy le había dicho que le dejara cuidarlas si él quería hacerlo.

Tomó otro trago de leche y al levantar la vista, se fijó en que Mario los estaba observando. Le hizo un gesto de que se acercara, sonriéndole.

—¿Le han gustado los ravioli?

—Mucho, de hecho, quería encargarle comida para llevarnos

mañana a un picnic. Mi jefe va a tomarse unas vacaciones y he pensado que sería una buena idea pasar un día de campo.

Boyd no podía recordar la última vez que había ido de picnic. Pero cuando se pasó las manos por detrás de la cabeza y se quedó observando perezosamente cómo la brisa movía las hojas de los árboles, tuvo que admitir que había sido una buena idea.

De joven no había tenido casi nunca tiempo libre. En el colegio y luego en la Universidad siempre había estado ocupado. Y después de casarse había tenido que hacer las cosas que le gustaba a Karen. Ir a conciertos y a cenas de etiqueta. Asistir a bailes de caridad y a la ópera.

Todavía podía ver a Karen delante del espejo decidiendo qué pendientes iba a ponerse. Finalmente, solía preguntarle a él, al borde de las lágrimas, ante la incapacidad de decidirse.

Cerrando los ojos, respiró el aire cálido que olía a agua de río e intentó imaginarse a Karen tumbada sobre una manta con los pies descalzos y el pelo despeinado por el viento. Pero no pudo.

Capítulo Doce

Su mujer era una mujer acostumbrada al lujo por nacimiento y hubiera odiado los insectos, el polvo y el sudor. Como había odiado las inconveniencias del embarazo. Boyd estaba seguro de que a veces le había odiado incluso a él por haberla dejado en estado. Y él también se había odiado a sí mismo algunas veces. O para ser más exactos, se había odiado a sí mismo todo el tiempo. Hasta que la mujer que estaba a su lado en ese momento, entró en su vida.

Sonriendo para sí mismo, se volvió hacia Stacy y se quedó mirándola. Ahí estaba una mujer con una

clase que el dinero no podía comprar. Una mujer valiente que lucharía hasta la muerte para salvar a su bebé.

Él nunca había sido un sentimental. Ni solía utilizar esas palabras románticas que a las mujeres les gustaba oír. Aunque en ocasiones, ésa, por ejemplo, le gustaría poder describir con esas palabras lo que sentía por Stacy.

Por esa mujer que no necesitaba maquillarse para estar guapa. Las semanas pasadas al sol habían bronceado su piel, haciendo desaparecer la excesiva palidez de cuando estaba en el hospital. Lo que más le gustaba de ella era su sonrisa. Hacía que se le parase el corazón y que le hirviera la sangre. Le hacía morirse por saborear sus labios.

Llevaba unos pantalones cortos de Prudy y una camisa fina de color sandía. Las piernas desnudas estaban ligeramente bronceadas y su cuerpo, exceptuando el vientre, era deliciosamente delgado.

¡Cómo la deseaba! Cada día más. Yeso hacía que no se pudiera concentrar en nada y que le costara realizar hasta la más sencilla de las tareas. Incluso respirar.

Eso le había hecho considerar la oferta de la hermana de Marion

Gilmartin, que se había divorciado recientemente. La semana pasada le había invitado a cenar y a lo que surgiera después. Boyd, finalmente, había rechazado la invitación. No podía soportar la idea de volver a casa con Stacy, con el olor de otra mujer en la piel.

—Ahora sé por qué le gusta tanto este sitio a Prudy —murmuró Stacy—. Me cuesta pensar que millones de personas viven a poca distancia de sitios como éste.

—Millones de personas que trabajan mucho —asintió Boyd, mientras lanzaba otra piedra sobre el agua del río.

Stacy observó cómo la piedra golpeaba un banco de la otra orilla. En esa parte de Eagle Creek el agua era cristalina. Provenía de la nieve que caía en las más altas cimas.

Habían llegado a ese sitio siguiendo las detalladas instrucciones de Prudy. Se habían parado al ver las vacas pastando bajo el enorme roble, rodeado por campos llenos de zarzamoras. Y ni un ser humano a la vista.

Con la comida que les había preparado Mario se podría alimentar un ejército entero, pero a media tarde ya casi se habían acabado todo.

—¿Seguro que no quieres lo que queda de tarta?

—Seguro. Estoy a punto de explotar.

Stacy se alisó la camisa en la zona de su abultado vientre y lo miró con curiosidad.

—Me parece que he notado cierto acento del sur. ¿No será la influencia del campo?

—Bueno, mi familia viene del sur de Carolina. De allí era mi abuelo. Él me enseñó el empleo de carpintero. Él apenas sabía escribir su propio nombre, pero trabajaba la madera como no le he visto hacerlo a nadie —dijo Boyd, algo emocionado.

—¿Y tu padre? ¿Era carpintero también?

Boyd agitó la cabeza, mientras se desvanecía la sonrisa de su rostro.

—No tenía paciencia para eso. Trabajó en un molino en las afueras de Roseburg durante treinta años, hasta que su hígado explotó.

—¿Era alcohólico?

—Al final, sí. Después de que muriera mi madre, su único deseo era reunirse con ella. Pero como era un hombre fuerte, le costó

bastante alcanzar su objetivo. Aunque finalmente, lo consiguió. Una noche murió junto a la tumba de mi madre —hizo una ligera mueca con la boca—. Mi abuela decía que era su procedencia irlandesa la que le había hecho afligirse de ese modo hasta que murió.

Stacy sintió un escalofrío.

—¿Qué edad tenías tú cuando tu madre murió?

—Doce años —respondió, arrojando otra piedra hasta la otra orilla.

—¿Y cómo fue?

—Mi madre estaba embarazada de gemelos —dijo con expresión sombría—. Ella y uno de los niños murieron en el parto y mi hermano Cullen estuvo al borde de la muerte. Pero finalmente sobrevivió y ahora es más alto que yo.

Stacy trató de imaginarse una versión más joven y grande de Boyd, con los mismos hombros poderosos y el mismo torso duro. Decidió que su hermano podía ser más alto que él, pero difícilmente sería más fuerte.

—¿Y tus hermanas?

—Felizmente casadas o, al menos, eso dicen —de pronto, se puso de pie y le tendió la mano con gesto impaciente—. Vamos, tenemos que resolver cierto trauma.

Stacy le dio la mano, disfrutando de la fuerza de la de él, así como del calor que desprendía. Luego él la levantó sin ningún esfuerzo. Era la primera vez en semanas que ella se sentía ligera.

—Gracias —le dijo, cuidando de no chocarse con él—. Tengo que tener cuidado al cambiar de posición. Pierdo el equilibrio con demasiada facilidad.

—Eso es que ha cambiado tu centro de gravedad.

—Sí y creo que la comida de hoy ha contribuido a ello.

Boyd se echó a reír y Stacy se sorprendió cuando vio que él, en vez de soltarle la mano, entrelazaba sus dedos con los de ella, mientras echaban a andar. Sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo.

—¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza, sonriéndole.

—¡Qué limpia está el agua! —exclamó ella.

—Ten cuidado. Estas piedras resbalan —advirtió él, mientras se acercaban a la orilla del río.

—Me gusta el tacto que tienen. Son muy suaves.

—Yo solía pescar en un riachuelo como éste.

—¿Y se te daba bien?

—No se me daba mal —contestó él, con una sonrisa. Stacy se distrajo observando volar sobre el agua a una libélula y resbaló al pisar una piedra cubierta de musgo. Se tambaleó y se hubiera caído de no haberla agarrado el fuerte brazo de Boyd.

—Oops. Creo que no estaba mirando dónde pisaba.

—¿Estás bien?

—Eso creo —dijo, con un hilo de voz, al tiempo que él la abrazaba.

—Me estás volviendo loco —el tono de frustración de la voz de Boyd, hizo que a Stacy se le acelerara el corazón.

—No es mi intención —murmuró ella. Él la besó debajo de la oreja.

—Entonces deja de ponerte ese perfume —susurró contra su piel. Ella sintió otro escalofrío y cerró los ojos.

—Es sólo jabón. El mismo jabón que usas tú.

—No puede ser —dijo él, mordisqueándole la oreja. —Y otra cosa, deshazte de ese camisón tan provocativo que te pones por las noches —la lengua de él se introdujo en el oído de ella.

—Si es una de tus camisetas viejas —dijo ella, echando hacia atrás la cabeza, mientras se moría de placer—. ¿No te acuerdas que te la pedí prestada?

Él comenzó a besarle el cuello.

—Debo haberme olvidado. Seguramente estaba concentrándome para no imaginarte en mi bañera, llena de burbujas.

—Nada de… burbujas —le confió ella, mientras

Boyd tocaba el labio inferior de ella con su lengua. —Bésame, Stacy.

—¿Y qué pasa con nuestro acuerdo? —preguntó ella, casi sin aliento.

—¡Olvídate de nuestro acuerdo! Y salva a este pobre tonto de su sufrimiento —dijo, con tono de broma, aunque sus ojos delataban su deseo.

—Sólo si tú me salvas a mí también —dijo ella, casi sin aliento.

Sus bocas se juntaron. El beso fue delicado al principio, aunque pronto comenzó a hacerse más intenso. Stacy sintió que se

tambaleaba. Apenas tenía fuerzas para agarrarse a la cintura de él.

A ella le encantaba sentir el cuerpo enorme y duro de él contra el suyo, mientras la acariciaba. y también le gustaba sentir las manos de él sobre sus brazos desnudos.

Ella le pasó los brazos por detrás del cuello y el gruñó de placer, hundiendo el rostro sobre el cuello de ella. Luego comenzó á besarla el cuello, justo debajo del lóbulo de la oreja, para luego volver a introducirle la lengua en el oído.

El calor la invadió y se apretó más contra él, de modo que sus senos se juntaron al pecho duro de él, haciendo que sus pezones se pusieran duros. Un gemido de placer se escapó de su boca, mientras sentía lo mucho que amaba a ese hombre y comenzaba a acariciarle los hombros. Luego bajó las manos y le atrajo más hacia ella.

El metió la lengua entre los labios de ella. Entonces sus lenguas se encontraron y ella gimió de nuevo.

Boyd se quedó rígido de repente. Seguidamente se apartó de ella.

—Nosotros… yo te juré que esto no volvería a pasar —susurró con voz ronca—. Estás embarazada casi de nueve meses… el bebé…

—Está bien —murmuró ella en voz baja.

—Podría hacerte daño.

Stacy sintió la tensión en los fuertes brazos de él y en su rostro.

—Seguro que no.

El gruñó roncamente y hundió su rostro en el cuello de ella.

—Te necesito, Stacy. Te necesito tanto…

—Yo también a ti —en ese momento ella le pertenecía. No importaba lo que pasara en el futuro.

Boyd la tomó de la mano en silencio y la condujo hacia la alfombra de tréboles. La luz del sol se colaba entre las ramas de los árboles, formando dibujos dorados sobre el suelo verde.

—Iremos despacio —prometió él, metiendo las manos bajo la camisa de ella. Su piel era cálida y delicada e hizo que el deseo dentro de él se volviera irrefrenable.

Boyd comenzó a desabrocharle la camisa lentamente y abrió el sujetador, cubriendo los pechos desnudos con sus manos. Ella sintió el aire fresco sobre su piel, pero los labios de él estaban calientes. Primero le besó un pezón, ya duro, y luego el otro.

Ella jadeó mientras él seguía acariciándola. Le encantaba lo

delicado que era él.

Boyd se echó hacia atrás para contemplar el cuerpo desnudo de ella. Sus pechos y su vientre redondeados con la maternidad. Quería decirle lo guapa que estaba.

Pero en vez de eso, puso una mano sobre el vientre y se agachó para besar la carne cremosa. Él sintió cómo se estremecía ella y al levantar la vista vio lágrimas en sus ojos.

—¡Oh, Boyd!

Con la mirada fija en ella, él se desnudó. Luego le quitó a ella el pantalón y las braguitas. Y una vez desnudos ambos, la abrazó de nuevo.

—¿Estás segura?

Ella asintió y él la volvió a besar. Le besó los labios, los párpados, el lóbulo de la oreja. Y ella lo besó a él, disfrutando de su aroma.

—Apenas me sostienen las piernas —murmuró ella, riendo.

—Creo que podemos arreglar eso —él la tumbó delicadamente sobre la manta verde y luego se tumbó a su lado. Luego volvió a saborear sus pezones, gimiendo de placer. La miró a la cara, que reflejaba el placer que ella sentía. Entonces acaricio su vientre de nuevo.

Stacy sintió moverse al bebé bajo la mano de Boyd y eso la llenó de placer. Luego notó la hierba tupida y fresca bajo ella. El aire estaba cargado del sensual perfume del verano.

—¿Estás bien? —murmuró él.

—Estupendamente —contestó ella.

El comenzó a acariciarla de nuevo y ella, sin poder aguantar más, le agarró con sus manos, animándolo a que la penetrara.

—Tranquila, cariño —susurró Boyd, casi sin poder contener su propio deseo. Luego le puso la mano delicadamente sobre el sexo, acariciándoselo hasta que ella gritó de placer.

Y mientras ella temblaba, él echó su peso sobre los brazos y la penetró despacio, cuidadosamente, observando el rostro de ella. Mirando sus ojos y sus labios, que temblaban mientras murmuraban su nombre. Él se comenzó a mover lentamente, luchando contra su deseo de aumentar el ritmo. Pero en vez de eso, se movió cuidadosamente, sintiendo las paredes de terciopelo que lo envolvían y muriéndose de placer. Hasta que no pudo contenerse

más.

Observó el rostro de ella y murmuró su nombre. Cuando alcanzó el clímax, tenía lágrimas en los ojos.

Capítulo Trece

Un calambre en la pierna despertó a Stacy que, al frotarse el músculo, vio a Boyd sentado a su lado. Su torso desnudo contra la luz de la luna.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Me ha dado un calambre en los gemelos.

—Espera, déjame a mí —dijo, apartando la sábana y tomando su pierna decidido.

Notó la calidez de sus manos acariciándola con sabiduría y cariño. Sintió que el nudo desaparecía y dio un suspiro de alivio.

—¿Mejor?

—Sí —murmuró, cerrando los ojos.

Le encantaba sentir las manos de él sobre su cuerpo, fuera cual fuera la razón.

—Tu piel parece leche a la luz de la luna —murmuró con voz ronca, casi reverente.

—La tuya es oscura —respondió ella, extendiendo una mano para tocar su hombro Parece cuero suave sobre acero —añadió ella, deslizando la palma de la mano sobre su hombro fuerte.

Boyd silbó en voz baja, mientras se inclinó hacia adelante para rozar, con sus labios, los muslos de ella. Los músculos de ella se estremecieron de placer y su corazón comenzó a palpitar con fuerza. Las manos tocaron el lugar que habían rozado los labios, dejando una estela de fuego.

—Hueles a melocotones maduros —murmuró él, calentando la piel de ella con su aliento—. Lista para comer.

Boyd le dio un pequeño mordisco, luego lamió la zona.

Stacy soltó un gemido que provocó que él la mirara.

—Tranquila, cariño. Esto es sólo el comienzo.

Las manos de él subieron un poco, hasta el cordón del camisón que él mismo metió en la maleta sólo unas semanas antes.

—¿El comienzo? —preguntó ella, antes de que otra oleada de placer la invadiera.

—Ya que estamos los dos despiertos, creo que podríamos aprovechar mejor el tiempo —susurró, acariciando la curva de su cadera—. A menos que prefieras seguir durmiendo.

Stacy dio un suspiro, como pensándoselo, pero cuando las manos de él se apretaron contra su piel desnuda, su respuesta llegó en forma de gemido entrecortado.

Boyd se tumbó a su lado y besó su hombro, antes de pegar su pecho a la espalda de ella.

—Me encanta tocarte. Tu piel es tan suave que parece un trozo de satén.

La voz de él fue un susurro en la noche plateada, que se mezcló con la respiración agitada de ella. Boyd pasó las manos por la tela que cubría su vientre y luego tocó sus muslos, para subir de nuevo. Las lentas caricias eran acompañadas de pequeños mordiscos sobre la nuca de ella, sobre su hombro y sobre los brazos.

Cada vez que su mano viajaba hacia sus muslos, rozaba la zona humedecida entre ellos. Luego, volvía a subir cada vez más, hasta que las manos cubrieron sus pechos hinchados. Los pezones de ella estaban sensibilizados y deseaban que la boca de él los poseyera. Stacy gimió. Muy suavemente, lentamente, fue acercándola hasta que la mujer quedó acurrucada contra él, que entrelazó sus fuertes muslos con los de ella. El sexo excitado de él quedó entre sus nalgas, muy cerca del sexo excitado de ella.

La respiración de Stacy se hizo entrecortada cuando las manos de Boyd se movieron suavemente de un seno al otro, acariciándola, excitándola. Cuando esas manos se metieron bajo la tela del camisón y subieron hacia arriba, ella contuvo el aliento.

—¿Más? —preguntó Boyd.

Ella consiguió hacer un sonido afirmativo que hizo a Boyd gemir.

El hombre pasó una mano por la parte superior de los muslos antes de tocar el vello rizado de su pubis. Incapaz de permanecer tumbada y quieta por más tiempo, Stacy se movió inquieta y en el movimiento se frotó contra la excitación de él, provocando en

ambos un estremecimiento de placer. Sin pararse a pensar, ella comenzó un movimiento ondulado y sintió que el calor y la necesidad de él quemaban su piel.

Boyd no pudo evitar dar un gemido. Ella era tan suave, tan femenina, tan entregada… Que él se sintió de repente humilde y al mismo tiempo protector.

—Eres tan dulce —murmuró él, acariciando el pelo sedoso de ella.

Ella gimió y tomó la mano de él con fuerza.

El saber que ella lo necesitaba con aquella pasión, encendió el cuerpo de él, que apretó su sexo contra las nalgas de ella hasta sentir cada latido de su corazón.

La respiración de Stacy se convirtió en un grito quedo cuando Boyd deslizó un dedo en su zona más íntima con un ritmo firme. La espalda de ella se arqueó instintivamente contra él.

Él notó su temblor, luego su gemido y la voz de ella gritando su nombre. Incapaz de soportar por más tiempo la necesidad que lo arañaba por dentro, Boyd se echó hacia adelante despacio, con los dientes apretados contra la urgencia de enterrarse profunda y rápidamente. En vez de ello, se dispuso a preparar lentamente el camino hacia la delicada intimidad de ella.

Stacy se movió inquieta, desesperada por absorber más del placer salvaje y primitivo. El hombre que amaba la excitaba sabiamente, para detenerse justo cuando estaba en el límite. Ella agarraba la almohada con las manos crispadas, sollozando de placer y frustración.

—¿Estás bien? —preguntó Boyd, con voz tensa.

—Oh, sí —susurró ella.

Boyd gimió su nombre, al tiempo que desahogaba parte de la urgencia que le rasgaba por dentro. Ella era suave, dulce y frágil y él tenía que tener paciencia. Cubrió los senos de ella con sus manos, mientras sentía pequeños temblores que recorrían todo su cuerpo. El sonido que ella hizo fue tan involuntario como la forma en que se apretó contra él.

El grito de Boyd desapareció enterrado entre las sensaciones maravillosas que experimentaba por primera vez.

Stacy se despertó con una sonrisa en los labios y una sensación de calma absoluta. Dio un bostezo y se dio la vuelta. Allí estaba el cuerpo desnudo de su amante, ocupando las dos terceras partes de la cama.

Era temprano y el sol que entraba por la ventana abierta era suave sobre el rostro oscuro de él. Tenía pobladas patillas contra la piel morena y su cabello crecido tenía un aspecto salvaje debido al sueño. Era suave y crespo a la vez, una fascinante mezcla entre arena y plata con mechones del mismo color dorado que formaban sus cejas y sus espesas pestañas.

Stacy extendió una mano llena de ternura para tocar su frente. Aunque estaba segura de que su roce era suave, él abrió los ojos y la miró con una expresión aturdida.

—Buenos días, cariño.

Stacy amaba la voz ronca que tenía por las mañanas.

—Buenos días.

—¿Cómo habéis dormido mis dos niñas? —Regular. Yo he hecho mis visitas al cuarto de baño y Tory ha practicado el Lago de los Cisnes

_contestó sonriendo, estirando una pierna y arqueando la espina dorsal.

Boyd puso una mano en el vientre hinchado de

Stacy y arqueó una ceja.

—De manera que va a pasar de futbolista a prima ballerina, ¿no?

Stacy tomó la mano de él y asintió solemnemente. —Mucho más femenino, ¿no crees? —Claro, pero no tan interesante. —Una cuestión de opiniones, doctor MacAuley. —Ya no soy doctor —replicó, frunciendo el ceño. —Fred Ivans no piensa eso.

—¿Fred? ¿Desde cuándo os habéis hecho tan amigos? —Desde que he contestado a cuatro de sus llamadas telefónicas en las dos últimas semanas. Llamadas que he de añadir tendrías que contestar.

—He estado ocupado ayudando a Prudy a colocar los armarios que hizo para una mansión en un espacio del tamaño de una postal.

Stacy sonrió imaginándose a Boyd y Prudy discutiendo de ángulos y posiciones mientras compartían una cerveza en medio de un caos de muebles. Ninguno de los dos permitió que ayudara, excepto para beberse el vaso de leche obligado.

—Puedo llamarlo por ti —dijo,, sin darle importancia—. Quizá podría establecer una cita para que os veáis. Mejor que eso, ¿por qué no lo invitas a cenar? Boyd hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tú tienes cosas mejores que hacer que entretener a desconocidos.

—Pero él no es un desconocido para ti.

A pesar de que Boyd acarició un mechón del pelo de Stacy, ésta notó que las murallas que protegían el alma de él volvían a colocarse alrededor de su alma.

—Déjalo, Stacy. No voy a volver a la medicina. Eso es parte de mi pasado.

—¿Me estás diciendo que no lo echas de menos? —preguntó ella, con cautela.

—¿Qué puedo echar de menos?

—La satisfacción de ayudar a los demás —sugirió ella con cariño.

—Di mejor vivir tan agotado que te duelen los ojos. Con un nivel de ansiedad que destrozaría a un hombre de acero.

La sonrisa de ella se apagó. No estaban hablando en broma, estaban metiéndose en una discusión que ella esperaba más pronto o más tarde.

—¿Y qué me dices de la sensación de borrar el dolor de otra persona? —murmuró ella, con una seriedad y una firmeza que se había hecho más fuerte desde que vivía con él—. O quizá la alegría de salvar una vida que quizá se apagaría si tú no estuvieras allí.

—No siempre es así, Stacy. Si estás demasiado cansado, si trabajas bajo mucha presión, si te distraes, un error puede hacer que una persona que debería vivir, muera.

—Pero eso nunca te ocurrió.

—Pero pudo haber ocurrido.

—Tienes miedo…

—Sí, tengo miedo. ¿Y ahora, podemos dejarlo ahí?

Boyd se levantó de la cama rápidamente y salió. Unos segundos después Stacy escuchó la puerta del cuarto de baño cerrarse y al instante el grifo de la ducha.

«Puedes escapar de mí, pero no de ti mismo, amor mío», pensó la mujer con tristeza, antes de levantarse. Se negaba a sentirse culpable por haber comenzado la conversación aquélla. No sólo por Boyd, sino por los pacientes a los que podía tratar.

Pacientes que, sospechaba, cuidaría igual que cuidaba de ella. Mimándola y haciendo todo lo posible para que se sintiera bien.

No, Boyd había nacido para ser doctor. Y si no fuera tan terco, lo admitiría.

«Después de todo, si estaba en contra de volver a la medicina, ¿cómo es que leía las revistas de medicina que le llegaban mensualmente con la misma voracidad que un adolescente leyendo el Play boy?».

«Porque llevaba la medicina en la sangre», se dijo a sí misma, quitándose el camisón que había sido su regalo de cumpleaños del año anterior. «Porque la ama, de la misma manera que yo amo la enseñanza», añadió, mientras abría dos de los cajones de la cómoda.

Se vistió tan rápidamente como su cuerpo hinchado le permitió, luego fue a la cocina descalza. El café estaba ya hecho, gracias al aparato que Boyd dejaba preparado todas las noches antes de acostarse. Tan pronto como ella diera a luz y dejara de amamantar, se abandonaría a una verdadera orgía de cafeína, decidió, mientras tomaba un sorbo de su primera y única taza de café permitida.

Un grito lastimero procedente del exterior interrumpió su suspiro de satisfacción. Evidentemente Sunny estaba despierto y quería comer. Stacy tomó otro trago de café antes de dejar la taza y abrir la puerta del armario que había bajo el fregadero.

—Eres un glotón —musitó, sacando el paquete de comida allí almacenado.

Boyd había fruncido el ceño cuando días antes, en el supermercado, Stacy había puesto dos bolsas de comida para gatos en el carrito, pero no habían hablado nada sobre el futuro del animal.

Sunshine daba vueltas impacientemente en el jardín. Cuando Stacy abrió y lo llamó, el animal la miró agradecido y se acercó trotando alegremente a por su plato.

Stacy se aseguró, antes de abrirle y a través del cristal de la puerta, que el animalito no llevaba ninguna sorpresa. Una mañana la mujer había descubierto aterrorizada que llevaba un ratón entre

las pequeñas patas. Otro día una serpiente.

Stacy había conseguido que Sunny soltara el ratón. La serpiente se la guardó a Boyd, que se enfadó y dijo que las mujeres eran la perdición de los hombres y otros comentarios por el estilo que Stacy imaginó se dirigían más a Sunshine que a ella.

—Hoy es día de compras, así que te buscaré latas con sabor a ratón —le informó solemnemente al cachorro, mientras llenaba el recipiente.

Y quizá una cama, decidió, mientras se desperezaba. En ese instante Stacy no pudo evitar un nudo en la garganta al recordar la cunita que Boyd había preparado a Sunny sin decir nada. Ese hombre era cariñoso y generoso con todos menos con sí mismo. ¿Por qué demonios se había vuelto loca por él?

Soltando un suspiro, abrió la puerta del frigorífico y sacó un cartón de huevos. «Loca» era la palabra exacta, se dijo, mientras sacaba un plato hondo del armario.

No quería empezar a enumerar las razones por las que enamorarse de Boyd MacAuley sería un error nefasto. Aunque tampoco le importaban.

Abrió los huevos uno a uno y los metió en el plato. Los mezclaría con jamón, uno de los platos favoritos de Boyd, para ponerle de mejor humor. Y es que pensaba aquella misma mañana limpiar la habitación infantil e ir a comprar una cuna en buenas condiciones que había visto en una tienda de segunda mano.

—Siento haberme enfadado tanto —dijo la voz de Boyd, desde detrás.

Ella dejó el plato y se dio la vuelta. Se había afeitado, notó, y había cepillado su cabello para conseguir algo semejante a un peinado.

—Tienes que dejar de ponerte esa loción de afeitar tan viril —replicó ella provocativa.

—Es sólo jabón —contestó él.

Ella se rió y él pasó las manos alrededor de su cintura, hasta que sus vientres se rozaron.

—No puede ser sólo jabón —respondió ella, encantada de sentir su abrazo.

—Palabra de honor —replicó él, antes de darle un beso en los labios—. Pero me alegra que tú opines que es viril.

—Increíblemente viril —murmuró ella, abandonándose al placer de descansar su cabeza en el pecho de él.

Bajo la camiseta se escuchaba el latido de su corazón y Stacy se preguntó si la echaría de menos cuando se fuera de allí.

Ella sí lo echaría terriblemente de menos, pensó, cerrando los ojos y abrazándolo más fuertemente.

—¿Estás segura de que te sientes en forma para salir hoy? —preguntó él, dándole pequeños besos sobre la frente.

—Estoy bien —aseguró ella, concentrándose en el masaje suave que estaba recibiendo en la espalda—. Además, el hombre de la tienda de segunda mano me prometió guardarme la cuna hasta hoy por la mañana.

Stacy oyó que Boyd daba un suspiro, antes de incorporarse.

—Stacy, déjame que te compre una cuna nueva. Será mi regalo a Tory.

—Te repito que no. Pero podrías pintarla. Creo que quedaría bien de un color rosa claro.

—De acuerdo. Pintaré la maldita cuna, pero es un regalo patético.

—Para mí no.

—¿Qué te parece una de esas cosas para cambiarle? Esas que tienen cajones. ¿Y una mecedora? Todas las madres necesitan una mecedora.

—Algún día tendré una, cuando yo pueda comprarla.

—Maldita sea, Stacy, otra vez estás siendo terca. Y sin ninguna razón lógica.

—Las mujeres embarazadas no tienen que tener razones —murmuró, mirando su vientre—. Es una de las ventajas de estar esperando un bebé.

—Ah, pero una de las ventajas de ser amigo de una mujer embarazada es justamente darle caprichos y mimarla —dijo, dándole un beso en la nariz—. Si no haces una lista de lo que necesitarás, la haré yo por mi cuenta.

—Boyd, ni siquiera sé dónde voy a vivir o cuánto espacio tendré —explicó—. Estoy pensando en volver a Washington cuando el niño pueda viajar.

—Ya lo planearemos cuando des a luz —contestó él, con una expresión diferente en el rostro.

Ella suspiró, luego colocó las dos manos sobre los hombros de Boyd.

—Boyd, si por mí fuera, estaría deseando tener la oportunidad de hacer cualquier plan contigo.

La sonrisa de él se hizo más amplia de lo habitual. —Eso suena muy bien. ¿Por qué no empezamos con esto? —dijo él, acariciando sus hombros y bajando la cabeza para mordisquear la oreja femenina. Ella se estremeció y trató de soportar el placer. —¿Más?

Ella gimió y él bajó las manos para cubrir la redondez de sus senos.

—Ven a la cama, amor mío.

—Tenemos cosas que hacer —protestó débilmente. —Después.

Ella se abrazó a él, con el pulso acelerado. La boca de Boyd buscó la suya momentos antes de que el teléfono sonara. Boyd gimió y se apartó.

—Maldito Alexander Grahan Bell —declaró, al tiempo que se apresuraba a contestar. —¿Sí?

Mientras Boyd hablaba, Stacy se concentró de nuevo en los huevos que tenía a medio batir.

—Doctor Ivans, sí, me dieron sus mensajes y agradezco…

Stacy miró de reojo y vio que Boyd se pasaba nerviosamente la mano por el pelo. El hombre la miró y frunció el ceño. A continuación apartó la vista. Finalmente cerró los ojos y se encogió de hombros.

—Sí, señor, lo entiendo. Mañana a las doce en Mallory.

Cuando colgó el teléfono, Stacy sonreía, mientras batía los huevos. Estaba tan contenta, que ni siquiera parpadeó cuando él soltó una maldición.

Capítulo Catorce

Había sido un error comprar la cuna.

Todavía nerviosa, mirando el mueble de mimbre que acababa de desinfectar con jabón, Stacy se preguntó cómo podía haber sido tan insensible. ¿Cómo no había previsto que la propietaria de la tienda daría por hecho que el hombre que acompañaba a una mujer embarazada sería su orgulloso marido y futuro padre del bebé?

Boyd había aceptado las felicitaciones de la mujer mayor con dignidad estoica. Mientras Stacy contaba el dinero, él había escuchado pacientemente a la señora Mulddon, que le había descrito efusivamente sus seis embarazos, completado con la detallada relación de edades y ocupaciones de los seis vástagos, así como de sus numerosos nietos.

«¿Es éste el primero?», le había preguntado inocentemente la mujer, mientras él se hacía cargo de la cuna.

De camino a casa Stacy se había disculpado por ponerle en una situación tan comprometida. Él, por su parte, había asegurado que había disfrutado de la conversación de la señora Mulddon. Stacy quería creerlo, pero la tristeza en la mirada y la tensión alrededor de los ojos demostraba que estaba sufriendo.

Habían entrado a la casa en silencio y Boyd dejó la camita en una esquina del salón. Luego ayudó a Stacy a colocar las compras y se cambió de ropa para trabajar en el jardín.

La mujer se quedó en la casa, pensativa y triste.

Impotente por todas las cosas que no podían cambiarse.

Mordiéndose los labios, miró hacia la habitación infantil. Seguía cerrada, desde que ella la había abierto aquel primer día pensando que era el estudio de Boyd. Este nunca entraba. La capa de polvo que cubría los muebles sugería que la habitación llevaba sin usarse

durante años.

No sabía si sería muy acertado hacerlo aquel día, pensó, mientras se dirigía decididamente hacia allí. Quizá si comenzara ella, Boyd se sentiría más cómodo terminando. Y el acto le serviría para sentir que finalizaba un período de su vida.

No creía que se enfadara con ella, se dijo, mientras abría la puerta. Aunque puede que se pusiera serio a su modo, pero el enfado, aunque fuera dirigido a ella, podría manejarlo porque entendía el dolor y la culpa que Boyd sentía.

Tocándose la espalda, que le había empezado a doler mientras limpiaba la cuna de mimbre, se colocó en medio de la habitación y miró a su alrededor despacio. Comenzaría del centro hacia los bordes, se dijo con un suspiro.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Stacy estaba sentada en medio del cuarto. No le había hablado con un tono de voz muy alto, pero sí con mucha furia contenida.

Se incorporó, a pesar del dolor de su espalda, y lo miró. Le llevó unos segundos recuperarse, debido a la expresión gélida que había en sus ojos oscuros.

—Necesitas un despacho y esta habitación no se usa —le dijo tranquilamente, cuando pudo hablar.

—Tengo una esquina del salón, una mesa y un archivador. Es lo único que necesito.

—Necesitas dos archivadores por lo menos y una mesa lo suficientemente grande para poder extender los proyectos. Si quieres seguir trabajando como contratista —la mujer miró los trozos de porcelana que tenía en las manos. Eran los restos de una lámpara infantil con un sol—. Si vuelves a la medicina, que sería tu deber, necesitarás un despacho.

Stacy nunca habría imaginado que aquellos ojos la pudieran mirar más peligrosamente, pero un escalofrío en su espalda le demostró que se equivocaba.

—No sigas, Stacy. He aceptado comer con Fred Ivans por cortesía, nada más.

—Como quieras.

Boyd tomó aire y trató de reprimir su impulso agresivo. «Sal fuera», se dijo. «Sal antes de que hagas algo que puedas lamentar». Pero su impulso lo llevó a entrar en el cuarto.

No fue rabia lo que dirigió sus actos. Eso habría sido demasiado fácil de desahogar.

No, fue la impresión de volver a estar de nuevo en aquella habitación. Y la expresión en los ojos de Stacy le dijo que ella entendía perfectamente lo que sentía. Entendía y estaba decidida a ayudar.

A cuidarlo.

Sin embargo, la rabia sólo era una parte.

—Cuando te dije que podríamos hacer planes no te estaba dando permiso para que te hicieras cargo de mi casa o mi vida.

El dolor en los ojos de Stacy le hirió aún más, pero las palabras, una vez dichas, no podían ser borradas.

—¿No es exactamente lo que me dijiste hace un mes? ¿Que me hiciera cargo de tu vida? —protestó ella, tirando los trozos de cristal que tenía en la mano con tanta fuerza, que se rompieron aún más.

—No seas ridícula.

—¿Ridícula? Ja! Lo que soy es sincera. Esta casa sigue en pie gracias al gran Boyd MacAuley. Un hombre que está tan ocupado de sentir pena de sí mismo, que no aprecia la suerte que tiene.

Boyd la miró fríamente, con el rostro pálido.

—Tú crees que puedes venir a mi habitación del motel y sacarme contra mi voluntad. Crees que puedes contarme una historia sobre que necesitas que te hagan la contabilidad para darme dinero. Y luego, lo peor de todo, hacer que me enamore de ti cuando sé perfectamente que es una estupidez.

El rostro de Boyd se sonrojó violentamente. Pero fue el dolor en sus ojos lo que emocionó a Stacy.

—Pero ése es mi problema, no el tuyo —continuó, decidida a terminar—. El problema de los que te quieren ayudar para que superes la tragedia que sufriste. Y es una tragedia, Boyd. Sólo hay que mirar este cuarto para ver lo que amabas a tu hija.

Stacy sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Pero tú no dejas que nadie te ayude. Tú me hablas a mí de orgullo, pero el tuyo no te deja vivir, Boyd.

—¿Orgullo? ¿Sólo porque no voy llorando a mis amigos cuando estoy triste, no soy la persona que tú acabas de describir?

Stacy miró a su alrededor, antes de mirar de nuevo a Boyd.

—Un hombre que vive con esto durante tres años no se siente triste simplemente, Boyd. Y tienes que admitirlo. Tú necesitas ayuda. Ayuda profesional.

Stacy tomó aire y rezó por que los ojos de él mostraran alguna señal de esperanza.

—Tuve ayuda profesional. Me internaron, me pusieron una chaqueta de fuerza. Lo hice todo.

—¿Qué? —preguntó Stacy, sintiendo un escalofrío.

—Me volví loco, Stacy. Mi cabeza no lo soportó. Terminé en un hospital psiquiátrico cerca de Roseburg.

—Pero… ¿cuándo?

Cuando volvió a mirarla de nuevo, su expresión era resignada.

—El cuándo y el por qué no importan. Fui al psiquiatra justo después de que viera a mi mujer en la paciente a la que estaba operando. Incluso oí su voz, tan claramente como oigo la tuya, pidiéndome que la abriera para sacarle a la niña.

Stacy se quedó inmóvil, incapaz de pensar en nada debido a lo que acababa de escuchar.

—Prudy me dijo que te habías ido —dijo en voz baja, con una sensación de arrepentimiento que le iba a acompañar el resto de su vida.

—Fui a visitar a mi hermana Marty, que vive en Roseburg. Estando allí, una mañana me encontró sentado en el porche mirando al vacío. Había estado allí toda la noche. Eso me dijo ella. Yo no lo recuerdo.

—¿Te dieron medicamentos en el hospital?

—Claro que me dieron. Me daban pastillas cada cuatro horas.

—No todos los psiquiatras dan medicamentos. Conozco una mujer en Washington…

—Ya es demasiado tarde, Stacy. Hace mucho tiempo que estoy resignado.

Antes de que Stacy pudiera encontrar las palabras adecuadas, él se dio la vuelta y se marchó, dejándola allí sentada, en medio de las ruinas de su vida. Y de la ruina de los sueños de Stacy.

Prudy se acercó a la puerta de Boyd preocupada.

Tres horas antes se había cruzado con ella en la entrada, pero ni siquiera la había mirado. Si hubiera ido con Stacy en el camión, habría pensado que iban corriendo al hospital, pero iba solo.

—¿Estás bien? —preguntó, momentos después cuando Stacy abrió la puerta.

—La verdad es que no —murmuró la mujer. —¿Estás de parto?

—Creo que sí.

—¿Cada cuánto te vienen las contracciones? —Cada siete minutos, la última vez que comprobé.

Prudy miró su reloj antes de pasar un brazo alrededor de la mujer.

—Ven, siéntate en una silla.

—No estoy preparada para esto. No lo estoy. Prudy notó el pánico en la voz de Stacy. —¿Has llamado a Jarrod? —Está ocupado en la sala de partos. Prudy asintió.

—Te voy a tumbar y luego volveré a llamarlo. Stacy sintió otra contracción en ese momento. —Toma aire —aconsejó Prudy.

—Desearía que Boyd estuviera aquí —murmuró, cuando la contracción cesó.

Prudy la ayudó a sentarse en un extremo del sofá y luego se agachó para tomarla el pulso.

—¿Y dónde está? —No sé.

—¿Volverá?

—Nos peleamos —explicó Stacy—. Oh, Prudy, esta vez lo hice mal.

—Lo dudo, Stacy.

Stacy apoyó la cabeza sobre el respaldo del sofá y cerró los ojos. Después de las primeras contracciones, el bebé había dejado de moverse.

—Me ha dado tanto… que yo quise darle algo a cambio. Pensé que si limpiaba el cuarto infantil, podría… ¡Ay, otra! —la contracción fue más larga e intensa, dejando a Stacy sudorosa y dolorida.

—Cinco minutos —murmuró Prudy, levantándose

Intenta calmarte. Voy a volver a llamar a Jarrod para decirle que vamos para allá.

Stacy se apretó el vientre con las manos. En sus sueños había imaginado a Boyd sentado a su lado en ese momento, tomándola de la mano y llevándola al hospital hablándola con aquella voz que la había dado fuerzas después del accidente.

—Oh, Boyd, creo que he estropeado todo, ¿verdad?

La única respuesta fue el latido de su corazón sobre el bebé que pronto iba a tener en sus brazos.

Boyd volvió a casa dispuesto a hacer las paces, pero se encontró una nota de Prudy en la puerta explicándole que Stacy estaba de parto y que habían ido al hospital.

Dos minutos después estaba de nuevo en la carretera, con una sensación de miedo incapaz de soportar. Según la hora que Prudy había escrito en la nota, llevaban cuatro horas fuera. Las horas que debería de haberse quedado con Stacy, en vez de salir como un animal herido y meterse en un bar.

Cuando salió de allí, ya tranquilo y sobrio, sólo tenía una cosa en la mente: tenía que agradecer a Stacy que intentara sacarle de su infierno y mirara al sol.

El sol que ella podía atraer con una simple sonrisa.

El sol que él convertía continuamente en autocompasión.

Las luces del aparcamiento estaban encendidas cuando llegó. Antes de que el motor se apagara por completo, él estaba en la puerta.

Stacy se despertó y se encontró con la habitación llena de luz y de flores. Y de repente se quedó helada, al ver a Boyd sentado en una silla. Parecía dormido.

Todavía llevaba la camiseta y los pantalones cortos que usaba para trabajar en el jardín. Necesitaba un buen afeitado y una ducha. Y por el aspecto pálido de su rostro, también unas cuantas horas de sueño. Pero fue el oso de peluche blanco que tenía en un brazo, lo que emocionó a Stacy.

La mujer extendió la mano para tocar aquella mano grande. Fue un roce, pero suficiente para que se despertara.

Por un instante los ojos de él reflejaron angustia.

—Estás… guapísima —dijo, con voz ronca—. Pero echo de menos tu vientre abultado.

Stacy sintió que se sonrojaba, mientras observaba la sábana que le cubría desde los pechos hasta los pies. Rió, ya se los podía ver.

—Yo no la echo de menos —contestó aliviada.

Boyd intentó sonreír, pero estaba demasiado nervioso. Ella estaba muy guapa con el sol acariciando su pelo y el brillo de la maternidad en los ojos.

—Las flores son preciosas —dijo ella, mirando alrededor—. ¿Son tuyas?

—No, de la señora Matsuka.

—¿De quién?

—Mary Matsuka, de la floristería que hay en la planta de abajo.

—Debes de haberla dejado sin nada —dijo, soltando una carcajada.

—No te creas. Le quedaban unos cactus que yo no quise.

Stacy volvió a reír.

Boyd se levantó y estiró sus músculos, tratando de animarse. Haber llegado al hospital cuando Stacy ya había dado a luz, no hizo más que aumentar la sensación de culpa.

—Stacy, yo…

—No lo digas. No es culpa tuya que me pusiera de parto, no es culpa tuya que diera a luz tan rápidamente y no pudieras tomar mi mano —dijo, sonriendo—. Aunque tengo que admitir que desearía que la hubieras visto cuando nació.

—Yo también. Pero la vi cuando sólo tenía una hora. Y sí, mamá, ella es la niña más guapa del hospital. Jarrod dijo que tuviste un parto fácil.

En ese momento, cuando Boyd iba a empezar a hacerle preguntas, una enfermera con una cuna de ruedas entró.

—Buenos días —dijo a ambos—. No la he oído en toda la noche —añadió, poniendo a la niña en brazos de Stacy—. Es la que mejor se ha portado.

—Oh, Boyd, es más guapa de lo que recordaba —dijo Stacy emocionada, los ojos llenos de lágrimas.

—Tan guapa como su madre —replicó Boyd, también emocionado.

La sonrisa temblorosa de Stacy dijo a Boyd que le había perdonado y que entendía.

—¿Le ha subido ya la leche? —preguntó la enfermera, obligando a Stacy a apartar la vista de Boyd.

—Todavía no.

—Algunas veces la boquita del niño estimula la secreción —

añadió la enfermera ayudando a Stacy a descubrirse el pecho—. ¿Necesita algo más?

—Nada, gracias.

—Cuando termine de amamantarla, pulse el timbre.

Stacy asintió.

—¿Pero se quedará en la habitación conmigo?

—Sí, se queda con usted. Nadie se atrevería a llevársela —contestó la enfermera sonriendo.

Luego salió de la habitación, dejando a los tres solos.

Stacy miró la carita sonrosada de su hija y, por un momento, mantuvo la respiración. Era una nueva vida. Una niña con los rasgos de Len y su mismo color de pelo.

Era preciosa.

—Sabía que la quería, pero no he sabido cuánto hasta este momento.

Boyd dio un suspiro. Tenía que marcharse.

Se incorporó y balanceó el oso que, olvidado, tenía todavía en las manos. Luego miró al suelo y de nuevo a Stacy, que lo miraba con cariño.

—Se ha terminado, ¿verdad? —dijo—. Me refiero a nuestro tiempo juntos.

Él no sabía qué decir, simplemente se quedó mirándola.

—Tú siempre me dices que no te de las gracias, así que no lo haré. Pero tienes que saber… lo importante que eres para mí. Lo importante que siempre serás.

—¿Quieres tenerla en brazos antes de marcharte?

—Estoy un poco sucio —dijo, mirándose la camiseta.

—Para nosotras no.

—Prométeme que te quedarás en mi casa hasta que te recuperes totalmente —suplicó él, con un evidente nerviosismo.

—De acuerdo.

Boyd casi esperaba que ella se negara.

—Te dejaré un cheque en la mesa de la cocina. Quiero dejarte dinero para que puedas comenzar una nueva vida. Cuando tengas trabajo y puedas, ya me lo devolverás. Puedes hasta pagarme intereses, si eso te hace sentirte mejor.

—Oh, Boyd —susurró ella.

—No estaré allí cuando vuelvas, así que te diré ahora adiós.

—¿Dónde… dónde vas a ir?

Boyd no sabía la respuesta, de manera que simplemente se encogió de hombros.

—Cuídate y cuida mucho a Victoria —dijo, dándole un beso suave en los labios.

—Boyd, por favor…

—Es mejor así, Stacy.

Finalmente besó también la carita de la niña y, por un instante, recordó a su propia hija. El dolor le golpeó con tanta fuerza, que estuvo a punto de sollozar. En lugar de ello, forzó una sonrisa y se marchó.

Capítulo Quince

Al oír unos pasos aproximándose al pequeño despacho, Boyd apartó la vista de la ventana. Había estado pensando en Stacy, claro. Se preguntó si estaría bien y sería feliz.

El doctor Skip Welibren entró en el despacho en el que Boyd había entrado diez semanas antes. No fue fácil, pero los primeros minutos con Skip lo convencieron de que estaba haciendo lo adecuado.

—Bien, Boyd. No puedo decir que esté siendo divertido, pero sí interesante.

—Está siendo horrible, y lo sabes —contestó, al antiguo compañero de facultad.

—Tú eres fuerte.

—Canalla.

Por un momento los tres años parecieron borrarse y se miraron a los ojos como si siguieran en la escuela. Luego Skip extendió la mano.

—Lo has hecho muy bien, amigo —dijo Skip, con voz seria.

—Gracias por venir a verme —contestó Boyd, conmovido.

—No tienes necesidad de estar aquí, lo sabes. Más pronto o más tarde, lo habrías superado por ti mismo. —Puede que sí.

—Es verdad. Yo simplemente te he ido mostrando la dirección a tomar. Veo que te vas con algunas canas más de las que traías.

—Es la luz —dijo Boyd, recogiendo la vieja bolsa que había llevado como único equipaje.

—¿Sigues pensando en aceptar la oferta de Ivans?

—Si quiere contratarme, sí.

—¿Y Stacy? ¿La has llamado? —preguntó Skip repentinamente.

—No —contestó, colgándose la bolsa del hombro.

Luego miró a su amigo—. No sé si estoy preparado para tener esposa e hijos. Hasta no estar completamente seguro, no quiero meterme en su vida. ¿Me entiendes? —No esperes demasiado, Boyd. Recuerda lo que te hizo llegar hasta aquí.

—Sí, claro.

—Es normal tener dudas.

Stacy estaba decidida a dejar la casa de Boyd limpia y ordenada. Dentro de dos días se iría al dúplex de dos habitaciones que había encontrado muy cerca de un colegio de primaria donde estaba dando clases con un contrato fijo.

Como tenía muy poco que llevarse, decidió limpiar primero y luego hacer la maleta, justo antes de salir. Comenzó con la cocina y a las doce, cuando acostó a Tory para su siesta de la mañana, le faltaba sólo el horno.

—Nos vamos de aquí, pequeña —aseguró a Tory, al tiempo que la metía en la cunita que pronto sería reemplazada por una nueva que Stacy había pedido y que le llevarían al día siguiente al dúplex.

La voz de Stacy pareció divertir a Tory, que comenzó a dar patadas a la colcha con la que su madre acababa de cubrirla.

—Bueno, ya está bien —protestó Stacy—. El verano se ha acabado y no quiero que te acatarres.

Stacy enterró el rostro en la tripita de la niña, que chilló encantada. Riendo, Stacy le dio pequeños mordiscos mientras Tory agarraba el cabello de su madre. Cuando acabaron de jugar, Tory había destruido el moño que Stacy se había hecho aquella mañana. Después de asegurarse de que no se le había caído ninguna horquilla en la cuna, Stacy se dirigió al baño para reparar el peinado. El timbre de la puerta la interrumpió.

Abrió la puerta extrañada. Sólo los repartidores iban por la puerta delantera.

—¡Boyd!

—Hola, Stacy. Espero no molestarte.

—Yo… estábamos jugando Tory y yo. Nosotras —dijo.

—Parece divertido.

Estaba muy guapo, decidió. Relajado y bronceado, y un poco más joven de aspecto. Incluso sus vaqueros parecían nuevos. Al mirarlo a los ojos, notó que estaba nervioso.

—Has engordado —declaró Stacy—. Te queda bien.

Los ojos de Boyd sonrieron, aunque la boca no suavizó su tensión.

—He estado haciendo planes.

—Bien. ¿Te gustaría entrar? —preguntó educadamente, luego rió—. Es una pregunta estúpida. Es tu casa, después de todo.

—Cómo está la niña —preguntó, cuando ella cerró la puerta.

—Está preciosa. Tan gordita como un Buda. ¿Quieres verla? La acabo de acostar, pero…

Él se pasó la mano por el cabello, como si buscara algo. ¿Palabras, quizá? Cuando volvió a mirarla, sus ojos tenían una expresión hermética.

—Quizá después.

—Te puedo ofrecer café o un refresco. —Nada, gracias. ¿Ya no tomas infusiones? —Convencí a Luke para que me dejara tomar descafeinado.

—Jarrod es siempre débil con las mujeres guapas. Stacy hizo una pausa.

—¿Quieres sentarte un rato? —¿Seguro que no te entretengo?

—La verdad es que iba a limpiar el horno, así que te agradezco que hayas venido y me des una excusa para hacerlo después.

—Estás más delgada —dijo, al tiempo que ambos se sentaban.

—Sí, aunque tengo que perder unos cuantos kilos.

—Creo que estás bien así —aseguró él.

—¿Te divertiste en… tus vacaciones?

—No particularmente, pero era necesario.

—Necesitabas marcharte —no era una pregunta.

—Igual que necesitaba volver.

—Terminar lo empezado.

—Algo así.

—Te alegrará saber que el final no está lejos —comentó ella, con una risa nerviosa—. Tory y yo nos vamos pasado mañana a un apartamento, así que tu medida del tiempo ha sido casi perfecta. Y también te alegrará saber que tengo trabajo con contrato fijo y buen sueldo. Y por supuesto, estoy totalmente recuperada.

—Ya lo veo —dijo Boyd, notando que le sudaban las manos.

—Y otra cosa: he llamado a la niña Victoria Patterson MacAuley. Espero que no te moleste.

La mujer puso recta la espalda e intentó mirarlo a los ojos. El la

observaba inmóvil, con la frente arrugada con ese gesto que tan familiar era para ella.

—Siempre puedo cambiarlo, si lo prefieres. Fue… un impulso… algo que no había planeado —Boyd asintió y ella hizo una pausa—. Por supuesto no tienes ninguna obligación. No quiero que te sientas atado. Ya hiciste tanto por nosotras que no sé cómo agradecértelo.

—Stacy, yo…

—Escúchame. Ya estoy cansada de que no me dejes agradecerte lo mucho que has hecho. Y no me refiero sólo al dinero, Boyd. Tú me diste el tiempo y el espacio que necesitaba. También me devolviste la confianza, con tu apoyo. No hay dinero que pueda pagar eso.

Boyd se quedó mirándola aturdido. Stacy lo tomó como una buena señal.

—Stacy, yo…

—Y si quieres negar que tienes sentimientos, está bien. Cada uno tenemos que hacer las cosas a nuestra manera y lo entiendo. Pero no me puedes quitar el derecho a que yo lo haga o decirme que son estupideces o que no estoy en lo cierto.

—Stacy, nunca quise decir eso —le interrumpió—. Tus sentimientos son muy importantes para mí. No creo que sean tonterías o que no sean ciertos. Si alguna vez hice o dije algo que…

—¿Si hiciste o dijiste algo? —repitió con incredulidad—. Cuando te dije que te amaba, me dijiste que no era verdad. Como si fuera un niño que no sabe lo que siente. Pues déjame decirte que no soy una niña, que sé lo que siento y lo que no siento.

Boyd se levantó, pero no se acercó a ella.

—Recuerdo que mi abuela siempre decía que un caballero no debe contradecir a una señorita, aunque esté equivocada.

Stacy parpadeó.

—No estoy equivocada. ¿Lo ves? Ya estás otra vez…

—En este momento tú eres la que me lo está diciendo a mí. Además, yo no iba a decirte nada. Iba a pedirte una cosa.

—¿Pedirme?

Boyd dio un paso hacia ella. Olió la colonia que llevaba, mezclada con olor a mujer.

—Sí. De hecho, de camino hacia aquí pensé que era un buen día para merendar en el campo.

—Pero creo que va a llover de un momento a otro —contestó ella, confundida.

—¿Sí? Qué raro. Yo sólo veo sol.

Stacy notó que le costaba respirar. Cuando él se acercó, ella dejó de respirar por completo. Boyd no la tocó. Su vista pareció derramarse sobre ella, calentándola como una caricia.

—Algún día, cuando todo vuelva a la calma, quiero contarte dónde estuve y qué hice.

—Me gustará oírlo.

—Te iba a pedir algo, ¿te acuerdas? Era sobre el nombre de la niña. Es un honor, claro, pero me preguntaba… si podrías cambiarlo por Victoria MacAuley Patterson.

Stacy abrió la boca, pero la cerró sin decir nada.

—Por primera vez, te has quedado muda.

Boyd levantó una mano y le apartó un mechón de la mejilla.

—Te he echado de menos, amor mío. No sólo en la cama, también en mi vida.

—Yo también te eché de menos. Cada vez que daba de mamar a Tory, me acordaba de ti. Me refiero…

Él puso dos dedos en los labios de ella, para callarla.

—Calla. Déjame terminar esto, mientras pueda seguir hablando. Aunque si no te beso pronto, voy a explotar.

Stacy sintió una alegría infinita, pero intentó mantener la calma.

—Sé que no soy perfecto. Traigo mucho equipaje que tengo que perder y no sé qué tipo de futuro puedo construir para ambos —Boyd tomó aire y continuó—. Pero creo que entre los dos podemos hacer que las cosas funcionen.

De repente, Stacy sintió miedo.

—¿Porque crees que podemos formar un buen equipo? —preguntó ella, con voz suave.

—Un gran equipo —asintió él. Luego se acercó a ella—. ¿Te puedo besar ahora?

—Todavía no.

—¿No?

—No. Tengo que hacerte una pregunta. ¿Me estás pidiendo que nos casemos?

—Creí que estaba claro. Me parece que he olvidado que las mujeres necesitan palabras.

—Esta mujer —replicó Stacy.

—Está bien, Stacy Patterson. ¿Quieres casarte conmigo? '

En vez de contestar, simplemente miró a con sus maravillosos ojos.

—¿Y tener hijos? ¿Cinco o seis?

Ella sonrió y él comenzó a relajarse, hasta que se dio cuenta de que Stacy no había contestado y sedó; pánico.

—Maldita sea, Stacy, tienes que casarte conmigo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque me haces reír, porque me haces querer: vivir, en vez de existir simplemente. Porque me' siento vacío sin ti y porque te amo.

Stacy dio un pequeño grito y se arrojó contra él. Boyd la tomó en sus brazos.

Cuando el beso terminó, Stacy lloraba y reía y los ojos de Boyd estaban sospechosamente brillantes.

—Por si no te has dado cuenta, he aceptado tu proposición.

Boyd miró dentro de los ojos de Stacy y sintió que la tensión que siempre lo invadía, desaparecía. Se sentía de nuevo vivo, libre de las pesadillas y, sobre todo, sabía que no volvería a sentir soledad.

Tragó saliva y sonrió, sintiendo la certeza de que serían felices juntos el resto de sus días. Incluso quizá más. Algunas cosas son tan profundas que ni siquiera la muerte puede acabar con ellas. Y él tenía el presentimiento de que el amor que sentía por ella era una de esas cosas.

—Y ahora creo que debería ver a mi hija.

Stacy trató de borrar sus lágrimas. Lo había dejado marchar y, por algún milagro, él había vuelto a ella. Era casi tan maravilloso que parecía irreal y, aún así, su corazón le decía que no podía haber ocurrido de otro modo. El pasado del hombre al que amaba le había impedido estar con ella durante un tiempo, pero al final él había vuelto a sus brazos, porque estaban hechos el uno para el otro.

—Las dos estábamos esperando a que nos lo pidieras —dijo Stacy.

En vez de contestar, simplemente miró con sus maravillosos ojos.

—¿Y tener hijos? ¿Cinco o seis?

Ella sonrió y él comenzó a relajarse, hasta que se dio cuenta de

que Stacy no había contestado y sin pánico.

—Maldita sea, Stacy, tienes que casarte conmigo,

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque me haces reír, porque me haces querer vivir, en vez de existir simplemente. Porque siento vacío sin ti y porque te amo.

Stacy dio un pequeño grito y se arrojó contra e Boyd la tomó en sus brazos.

Cuando el beso terminó, Stacy lloraba y reía y los, ojos de Boyd estaban sospechosamente brillantes.

—Por si no te has dado cuenta, he aceptado tu proposición.

Boyd miró dentro de los ojos de Stacy y sintió que la tensión que siempre lo invadía, desaparecía. Se sentía de nuevo vivo, libre de las pesadillas y, sobre todo, sabía que no volvería a sentir soledad.

Tragó saliva y sonrió, sintiendo la certeza de que serían felices juntos el resto de sus días. Incluso quizás más. Algunas cosas son tan profundas que ni siquiera la muerte puede acabar con ellas. Y él tenía el presentimiento de que el amor que sentía por ella era una de esas cosas.

—Y ahora creo que debería ver a mi hija.

Stacy trató de borrar sus lágrimas. Lo había dejado marchar y, por algún milagro, él había vuelto a ella. Era casi tan maravilloso que parecía irreal y, aún así, su corazón le decía que no podía haber ocurrido de otro modo. El pasado del hombre al que amaba le había impedido estar con ella durante un tiempo, pero al final él había vuelto a sus brazos, porque estaban hechos el uno para el otro.

—Las dos estábamos esperando a que nos lo pidieras —dijo Stacy.